

**BYE BYE
TENOCHTITLAN**

Digo yo no más digo

~
ARMANDO RAMÍREZ

Lectulandia

Ante el avance inexorable de la modernidad que amenaza con borrarlo del mapa, el ahora llamado «centro histórico» de la ciudad más habitada del mundo reclama a sus cronistas finales. Y uno de los primeros en responder a esta última llamada es Armando Ramírez con *Bye, bye Tenochtitlan*, un libro que no habla de edificios ni de monumentos sino de la gente de carne y hueso que vive, a pesar de todo y de ella misma, en el lugar donde le tocó, en la región que para su cronista vital es un santo y seña, un mito, un es y un será, un antes y un después. Las crónicas corresponden a un periodo de cinco años (1985-1989) y sin mucho método giran en torno a tres grupos: lugares (el Bombay, el Imperio, el Marrakeshito, la Alameda, los mercados de San Camilito y Sonora, las ostionerías), personajes (el raterillo, la vendedora de sopas, el galán, el que hace «san lunes», el reventado en Garibaldi, las prostitutas) y hechos (delincuencia, amor, sexualidad, diversión y sano entretenimiento). De este modo, la voz del autor y las múltiples voces a las que les cede el micrófono reiteran en mil formas un solo mensaje: aquí está lo que fuimos, lo que somos y lo que probablemente seremos.

Lectulandia

Armando Ramírez

Bye bye Tenochtitlan

Digo yo no más digo

ePub r1.0

orhi 30.06.15

Título original: *Bye bye Tenochtitlan*
Armando Ramírez, 1991

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

La antigua ciudad, la traza vieja, el Centro, la bella Anáhuac, la Tenoch... ¡Ya no es lo que es... es... otra... la otra... la misma y no...! ¿Cómo la ves, desde a'í?

La otra es la del otro. No la de usted, usted es yo, yo soy usted, el otro.

Su ciudad es la de su tiempo, la de su mente, la que vive y recordará, en la que se reconoce. ¿La otra? es la de los otros...

El Centro es el mito, el lugar, lo que es y lo que está: Dejando de ser, será, y lo que se va, ¡adivinó!, se queda...

En el ayer, y en el hoy estoy para ser en ese tiempo mítico que es lo que vendrá.

¿Soy o me parezco? ¿Me ves o me adivinas? ¿Qué jais, mi buen...? ¿De dónde soy? ¿En dónde de algún modo se vive?

¡Damas y caballeros, bienvenidos sean ustedes! ¡Éste es el lugar de saltapatrás! ¡Un pasito para adelante y uno para atrás! ¡¡¡Pásele, pásele, dos tandas por el precio de una!!!

... ¡¡¡Bye bye Tenochtitlan...!!! ¡Ya estás jabón Dove de Olor!, esto es tu centro, esto es tu ombligo, esto es tu Tenochtitlan...

¡Digo yo no más digo!

Las noches de México

De San Camilito a las pasarelas de San Juan

I

USTED SABE, primero un refine en el mercado de San Camilito que, remozado y toda la cosa, no ha perdido la personalidad, aunque claro, el *caché* que se botaba, en aras del *mexican curios* está hecho polvo.

Y para que vea todo esto y no crea que se le está cuenteando, puede entrar al legendario mercado de San Camilito por República de Ecuador y ahí encontrará a un policía que no deja circular a los autos por el callejón.

No se espante. La calle de Ecuador después de las siete de la noche es *cáete cadáver sin pecado concebida*. Esperamos que usted sea de los agraciados que usa automóvil, así no tendrá más trabajo que subir los vidrios del *rufo* y mirar cómo los comercios apagan poco a poco sus luces.

Por otra parte, no le exija mucho a la suerte. Directo al mercado, por las únicas puertas que quedan, las de la plaza o las de la hermana república sudamericana. Ya no es como antes, que las paredes del viejo mercado eran todo puertas. Así, si le querían robar podía gritar y alborotar todo el mercado. Ahora, con la modernización lo roban, en el callejón de San Camilito, y ni quién se dé cuenta.

Claro que ahora el mercado parece reclusorio, jardín de niños, escuela secundaria o cualquier otro centro deportivo, social o cultural del DDF. Es una especie de chorizo alonganizado, con decoración estilo mitad coyoacanense y mitad cabaret de la colonia Obrera, con un solo pasillo cual fálica pasarela de burlesque.

Se extraña el laberinto camilitesco, donde a primera vista se dominaba todo el panorama, y uno podía elegir entre los infinitos caminos que se tendían para llegar con el cocinero que anidaba en el desván de su corazón. Ahora, incluso, se tiene la sensación de que el mercado se estrechó, y al recorrerlo es como si uno entrara en una trampa, ya no existe la posibilidad de sentirse en el centro de la colectividad, sino en cajones alargados que cortan de tajo toda probabilidad de comunicación visual y auditiva con el resto del mercado. Así, si usted alquiló un grupo de mariachis, o algún trío, o conjunto jarocho, ya no puede apantallar a los circunvecinos, pues ni lo ven, ni lo escuchan, ni saben que existe, ni nada.

Este mercado de San Camilito, al polvearlo para que sea agradable a los turistas gringos, dejó de ser el folclor y el calor humano, para ser el interior de una hielera. Pero vendrá la marabunta del norte y del oriente de la ciudad para que lo ponga en forma nuevamente...

Por lo mientras termine su costilla de caballo, sus frijoles caldudos, su refresco y palme un quinientón, ahí va incluida la propina...

Ni le piense para la Plaza de Garibaldi, que aparte de redecorada no hay acción, a no ser que quiera consumir un vaso de polietileno con café; aquí, los astronautas perdieron la batalla contra los que venden café en carritos estilo supermercado. Mejor lléguele al éjele vial Lázaro Cárdenas antes calle de Santa María la Redonda casi esquina con Ecuador y ahí encontrará el teatro Colonial, quinientos pesos la entrada, pero ya sabe, los boletos de las primeras filas y al centro no los tiene el ñorse de la taquilla.

Hágales caso a los revendedores, efectivamente no hay boletos, digo, de los que usted quiere, de las localidades para ver mejor el espectáculo, están en las manos de nuestros cuates, los prestadores de servicio, vulgo revendedores, ya sabe, setecientos pesos el boleto, unos veinte minutos antes de comenzar la función, diez minutos después de empezar el desfile carnal, al precio, quinientón. Y toda la pasarela es suya jovenazo.

No espere comodidad, pues de eso no se trata, ni buena visibilidad, que de eso se trata, dése de santos que hay artistas y que ponen lo mejor de su talento para que usted se ponga firmes a la hora del acto revelador.

Que no le espanten los gritos del personal. Pero si el ambiente le repele, por parecerle que ahí puede valer un punto menos... entonces le queda, por cómodos setecientos pesos, el teatro Garibaldi, que es un poco más de categoría. Como quien dice, ahí va la raza urbanizada, la marabunta del norte de éste su México, Distrito Federal.

Si va con el afán de participar, pelee duro y macizo las lunetas del centro, justo mérito donde queda la pasarela principal. Si viene en el plan de que usted está más allá del bien y el mal, entonces lléguele exactamente a la mitad del teatro hacia arriba, donde cruza la pasarela lateral.

Y ya cómodamente instalados... ¡Tercera llamada, caballeros... comenzamos!

«Voooy, cuáles caballeros, puros changos...», se oye exclamar entre el respetable.

No se espante, joven, si de repente sintiera que ha retrocedido años en el tiempo.

Se escucha la música del Tico Tico, recordándonos el Brasil de la samba y Pelé. Aparecen en el escenario cuatro muchachas vestidas como Carmen Miranda regresando a Río y dos bailarines asemejando a dos negros salidos de Pernambuco.

El respetable ni suda ni se acongoja.

Por cierto, la noche por esas calles fue muy larga

II

SABEDOR DEL *timing* de los émulos de Antar y Germán de Funes, conoce que esto nada más es para abrir el apetito. Después de unos pasitos simpáticos y malhechos y de descubrir que dos bailarinas traen zapatos color miel, la tercera no usa y la cuarta lleva zapatos negros, el respetable eructa el sabor de la costilla con frijoles y se dispone a participar de la fiesta orgiástica.

Y el que esto escribe, se descubre en la oscuridad de la sala, al lado de dos hermosas mujeres que parecen ser también *strip girl* como reza la publicidad, aunque de repente lo dude. No de que esté sentado ahí con aquellas dos, sino que si no son aquéllas o qué transa. Mira de reojo para que vean que es hombre de mundo y no se alborota por ver a dos mujeres solas en la sala del burlesque. Una es morena, abrasileñada, con pañoleta semiocultando sus pelos teñidos del color de los pelos de elote, de unos veinticinco años de edad, con tenis de *Astroboy*, pantalones de mezclilla entallados y camiseta arriba del ombligo, a la moda. La otra es de rostro bonito, de lentes coquetos para disimular que son de aumento, pasados los treinta años de furibunda existencia, pero que a pesar de los pesares impresiona al susodicho y al personal de galería, cuando se paró en el intermedio, mostrando que ahí donde la ven la cachondería le brotaba por todos los poros de su piel. Pero volvamos al principio.

Detrás de las imágenes «volando a Río» aparecen tres *strip girls*, muy disparejo el conjunto: una morena de pelo lacio, piernas muy delgadas, caderas confundidas con la línea desparramada del estómago y los senos realmente se le caían, la otra era una semirrubia, de cuerpo bien delineado, pero cuando pasaba cerca de nosotros (las mujeres y el susodicho) se le veían en los glúteos una gran cantidad de hoyos o hundimientos, como si fueran cráteres lunares... La tercera, y que le tocaba desfilar por la pasarela central, era una morena que, jugando a las adivinanzas, se podría asegurar que era de por El Oro, Estado de México, pelo negro negro, ondulado y una sonrisa tímida, como las que esbozan las trabajadoras de las zonas residenciales. Aquí vale la pena hacer una acotación, mis estimados.

Si usted alguna vez llegó a ir al burlesque del teatro Lírico, Apolo, o sucedáneos de hace diez años, le recuerdo que los tiempos están cambiando. Haga de cuenta que es como aquel viejo chiste: al final de las películas antiguas, cuando la pareja guapa se une en un casto beso y aparece la palabra *end*, ahí, en ese momento es cuando comienzan las películas modernas.

Pues así, ni más ni menos sucede en el teatro Garibaldi. Cuando se desprendía la

dama de su último antifaz, en ese preciso momento se oscurecía la vista del respetable y fugazmente aparecía el oscuro objeto del deseo, corriendo la dama tras el cortinaje. Ahora, ahí, en ese instante, comienza la función. Todo, absolutamente todo, sucede en el escenario y sus alrededores.

En el principio del juego, la sensación que se tiene es de que la mujer que camina por las pasarelas es la denigrada, la agredida por las ganas inmensas de los jóvenes de hacer realidad sus sueños veraniegos. Pero al rato, uno cae en la cuenta (una de las dos mujeres vecinas del susodicho, la de voz ronca exclama rencorosa: ¡Me da asco la gente!). En tanto, en un rincón del escenario una de las tres damas que han salido mueve con lubricidad su cuerpo, y las manos libidinosas tentalean la tibieza femenina, que oscila y oscila lentamente hasta hacer desesperante el movimiento; la dama, al sentir la muchedumbre, hábilmente se para de frente y señala uno de sus muslos, invitando a besarlo. La segunda dama está en cuclillas haciendo genuflexiones. Y la tercera, abierta de piernas. Los jóvenes saltan como ratones hasta los cuerpos desnudos. Se puede pensar en que las van a atacar, pero tienen tal dominio sobre su público que sólo acceden a ellas dos o tres muchachos que al saciar su curiosidad bajan en son de triunfo. Sólo la morena de pelo ondulado retiene a un jovencito haciéndole quitarse la camisa, el pantalón, los zapatos, la trusa, y en puros calcetines anda sobre el escenario ante la hilaridad de los presentes; la dama tiende al joven sobre el escenario fingiendo que va a subirse sobre él, pero debajo de los cortinajes surgen unas manos que jalen el cuerpo desnudo del joven hacia el fondo, espantándolo; presuroso recoge sus ropas, que ya andan volando por la luneta. La voz conciliadora del micrófono invita al respetable a bajar del escenario y sirve a modo de calmante, ante la burla de que han sido objeto los que se atrevieron a subir al lugar de las águilas.

Después, para relajar los nervios, viene un viejo *sketch*, el del restaurant, agarrándose a alburear alrededor de la cara y el menú, que si huevos con longaniza y todas esas cosas que sirven para ejercitar la imaginación del respetable, que ya tranquilizado recibe el anuncio de la siguiente *strip*...

¡Señoras y señores ahora viene la inigualable fulanita de tal...! Y la verdad que así es, aquí no hay programas de mano y el sonido es inteligible o se anuncia en tal orden que nunca se sabe quién es quién... Aparece una güerita con un vestido de noche, color rojo. Sonríe, no se le ve lo sexy por ninguna parte. El público aguanta. Sólo mis vecinas de butaca aplauden y se alborotan al reconocerla... se desnuda, quedando sólo con una batita vaporosa cubriendo su desnudez. Va a un lado del escenario y saca una serie de aparatos a imagen y semejanza de los falos, como los que se anuncian en revistas pornográficas de Estados Unidos, se los introduce como si fueran Juan por su casa. Ni el público ni nadie se asombra... la güerita sonrío como diciendo... aaah, van a ver ahorita... llega con un cigarro encendido... se detiene en la pasarela, se lo fuma y expulsa el humo por donde se lo imaginan, así varias veces, hasta dejar apantallado al respetable.

Las vecinas, frenéticas, saben reconocer la calidad del oficio, para esto el susodicho ya se dio cuenta de que las dos damas son también del gremio. Y son las únicas que saben reconocer cuando un número es bien bailado... o tienen un grado alto de dificultad y lo aplauden.

La señora del rostro bonito se alborota en el intermedio cuando el vendedor de revistas con fotos de muchachas desnudas le vende el número donde dice que ella posó, la compra y se la enseña a su amiga.

Algunos del respetable que han tocado los cuerpos de las diosas del amor salen realizados y los demás frustrados... Las vecinas de butaca esperan a sus compañeras, muchas de ellas tienen que seguir trabajando en los cabarets.

Y caballeros, apenas son las once de la noche, y el Bombay, allá en la esquina espera, mientras, pueden ir a alguno de los cuatro cafés de chales que hay en la zona de Garibaldi y pedir un café con leche y un pan de chinos.

Caballeros, ciertamente la noche es larga.

El Bombay, sobreviviente alemanista

EN EL MOMENTO en que lo ataje con su cuerpo el portero del cabaret Bombay, usted, tranquilo, déle una moneda de cincuenta pesos y ya libró la aduana. Dentro de la oscuridad del mundo de las mentiras, instálese con precaución. De supuestos y de sombras se va poblando el universo de cualquier cabaret defeño.

El Bombay es de los últimos sobrevivientes del periodo alemanista cuando, dicen los que saben un chico rato de esto, que todo San Juan de Letrán no dormía ni de noche ni de día, a un costado de La Canción, aquel lugar que miraba de frente a la colonia Guerrero y que fue la sede de la canción romántica, vale decir de los tríos: «Usted es la culpable, usted llenó mi vida de amargos desengaños», etcétera.

Establecido a la orilla de la pista de baile, en mesa de cuatro incómodas sillas, no se deje apantallar por el mesero. Así hablan, no están enojados, ni le quieren echar bronca. Tome en cuenta que soportar borrachos desde las ocho de la noche a las cuatro de la madrugada es como para agriar el carácter más cascabelero, ni se desmaye cuando le digan que, la de a litro de ron añejo vale 4600 pesos, con sus cuatro ínfimos refrescos. Total, el beber sólo es una parte del ambiente del cabaret.

Si quiere guardar las formas sujete fuerte su complejo de Don Juan; si no, pues déle rienda suelta a sus anhelos. Claro, esto a condición de que traiga una suma respetable en la cartera, para que el sueño le dure.

Mire en redondo. A cual más. Brinque donde brinque, el chango está presente. Por supuesto que no espere del personal actitudes de cortesía. El obrero, el comerciante, el empleado, el *maistro*, y el estudiante, aquí se preparan para la santa comunión. Lo principal es acostumbrarse a la oscuridad; en las tinieblas los rostros no se ven bien, los rasgos se dulcifican, la dureza de las miradas no se percibe, las arrugas ni a cinco centímetros de distancia se descubren. Es como si entrara al universo donde los tonos en la piel no importan. En cambio, los volúmenes en los cuerpos resaltan en las tenues y fugaces luces del ambiente. Ahí reinan las minifaldas, los trajes de baño, los pantalones entallados y brillantes y, por supuesto, el colorete y el lápiz labial.

Si el cliente en la pose y el desdén alardea de Don Juan, la dama es la que hace sedosa la noche. Si quiere azul celeste, que le cueste. El acostón aquí es cuestión de gustos y de sustos. No a cualquiera se le hace merecedor de tan alta distinción. Una cosa es la prostitución en los cabarets y otra la de la calle... Todavía hay clases sociales. No porque la vean vestida de apache vayan a creer que es danzante.

Y eso se lo puede explicar mejor que uno la famosa Anita La Huerfanita, un año en las filas de tan exótico lugar, 24 años de edad, dos hijos, dejada y refugiada en el seno familiar, tráfuga de los talleres de costura. Ya sabe, lo mismo de siempre. No hay nada nuevo bajo el sol. O La Babi, los jueves, viernes y sábado en el Bombay, lunes y martes en el Burro.

Babi le dirá que es una chica tíbiri, que aprendió los artilugios del *dancing* en la calle y los menesteres del sexo en los quicios oscuros de los callejones; le sonreirá con amargura y se sorprenderá de lo guapa que es, de su hermoso y frágil cuerpo. Y sin menoscabo de su pudor, cuando la saque a bailar, sentirá cómo se le arrejunta por pura necesidad de que siga bailando usted. Cien pesos la pieza es una cantidad razonable, como para talonearle duro y contra el destino seis horas diarias en las pistas de baile.

Anita La Huerfanita, o Babi, también acompañan al cliente con un cigarrillo a flor de labio y una copa en la mano, como diría el jefe (¿cómo qué cual?, vooy éstos con su salsa, ya ni las cosas sagradas respetan. Óyeme Daniel, ¿no has visto a Linda...? Y en ese preciso instante se oye la voz del Jefe, Daniel Santos, que contesta: Yooooo no he visto a Linda. Tantas ilusiones, tantos desengaños desde que se fue... Sabrá Dios...). La Babi, al oír la perfecta imitación de la voz de Daniel Santos por el cantante del cabaret, sabe que en la letra de la canción está inscrita su vida. Sin pedos y sin bromas.

El Bombay es su centro nocturno favorito. Es pequeño pero tiene estilo. Pista de lujo con efectos de discoteca, dos orquestas que hacen actos de magia al hacer que las piezas duren menos que en las versiones originales.

Anita La Huerfanita da gracias al arreglista de estas versiones porque puede bailar más piezas. Si antes se llevaba mil pesos ahora se puede llevar mil quinientos; éstos son los días malos. De tres a cinco mil pesos un sábado o un viernes.

Anita, piernas largas, sabe de la belleza que tiene en las extremidades, y como fue costurera, todo es cuestión de encontrar tela de buena calidad; y se diseña los modelos más atrevidos para lucir su fuerza de trabajo.

Anita tiene una comadre que ríe con largueza en los brazos de un técnico en máquinas IBM, es gorda, de ojos grandes y aceitunados, senos que se desparraman, piernas morenas y huesudas. Ella fue la que trajo a Anita, quien le dijo un día, si quería conseguirle trabajo donde ella trabajaba. Le respondió que trabajaba en un centro nocturno... Anita, riéndose, confiesa que nunca se imaginó que un centro nocturno fuera un cabaret como el Bombay, Anita lleva un año de laborar, y a la distancia le quedan unos seis, siete años más; después tendrá que jubilarse pensionada por algún galán. O buscarle en la calle, porque si no le va a pasar lo que a esa señora de blusa anaranjada y brillante que permite ver lo que queda de su cuerpo; pellejos y huesos, cincuenta años de edad y ni un quinto ganado en lo que va de la noche; parece ser un poste, algo que es parte de la decoración, mientras borrachos van, borrachos vienen, y nadie se digna ya no a invitarla a bailar sino brindarle una copa; la tristeza le corroe la existencia, pero se niega a salir de las sombras... Anita la ve y se ríe.

El Imperio, martes o miércoles, es encuentro con horas extraviadas

I

BAILAR ES ÚTIL, hace trabajar la imaginación.

A espaldas del Paseo de la Reforma, saltando el arroyo, se puede dar el encontrón con el Club Imperio, desfacedor de equívocos e inventor de mitos. En el ángulo de la desgracia: Allende y Comonfort, en el mero hígado de La Lagunilla, a dos cuadras de la inmemorial calle del Órgano... ¡Caballeros, favor de ponerse de pie so castigo de no tener una nostálgica erección! Por supuesto que estoy hablando con aquellos que están cuarenteando o más, donde la imaginería erótica tiene en el teatro Tívoli su recinto sagrado.

Con tan amplias credenciales el Club Imperio se yergue, a través de los años y las noches, con sus putas y meseros, con sus orquestas y sus tragos, con sus escarnios y amarguras, en el lugar inmaculado. Ahí, donde los universitarios son detectados a las primeras de cambio. ¿Oiga joven, usted es intelectual? ¿Es comunista? ¿Viene de la Universidad? ¿Batea zurdo?

Y el joven, con la mirada de incrédulo, con su saco holgado, la bufanda enrollada en el cuello, los lentes de abuelito, el cigarro en la comisura de los labios, las manos sin maltratar, el hablar pausado, mesándose los cabellos, los zapatos sin bolear, sacando el dinero de una cartera, y en el hablar un vocabulario colgadísimo. La muchacha a la vera de su menda, rubita, con el pelo enmarañado, sin una pizca de maquillaje, los dientes cuidados, hacen una extraña fotografía a la vista del mesero, las calles cabareteras las conoce metro a metro.

—¿Por qué me lo pregunta? —interroga el joven.

El mesero sonriente los mira, murmura, a la vez que recoge los cascós vacíos de refresco...

—Pues porque no checan, luego luego se les ve, aunque de repente les da por descolgarse por acá.

—¿En qué se nos nota?

—¡En la facha, jovenazo!

Éste es el lugar donde los de Tepito, la Morelos, la Guerrero, la Michoacana, la 20 de Noviembre son mano. Primeros en solicitar las piezas con dedicatoria, o a poco usted creía que no hay estilo. Aquí las noches y de ronda son buenas para romper el tedio de media semana. Esos martes y miércoles que son como mentadas de madre para las vidas de los que le chingan en el arroyo de la luz solar, esos que se cuadran al llamado de la raza de bronce. Miércoles de excremento y martes de materia fecal,

tragarás pinole, tragarás el desperdicio de las horas extraviadas, las que te ha birlado la desgracia. Pero no hay bronca, mi buen. ¿Para qué está el grupo La Jungla? ¿Para qué es La Sonora Femenil? ¿Para qué sirve el Club Imperio? Pues para esto.

Y siguen bastos con el licenciado de la Procu que ha sido descubierto a la discreción por la Paty Mejía, quien le ha dedicado una pieza. Pero no nada más los de credencial tienen permiso para vivir, también El Cordobés que tiro por viaje dedica piezas, gasta una buena feria en dedicatorias más que si las hubiera bailado. No disfruta del gusto del danzante, pero qué tal del más puro estilo que da prestigio, el de la cartera más duradera de la comarca.

Mientras en el interior del Club Imperio se destroza el grupo La Jungla para agradar al personal, los otros tiemblan de frío recargados contra la pared de la calle de Allende, seleccionando pacienzudamente a la dama que más se acerque a su bolsillo. Damas con minifalda hasta las *nailon*. Damas partiendo plaza ante las inquisitorias necesidades masculinas. Hombres en el más frugal acto sexual. Ni diez minutos se tarda uno en el ir, bajarse los pantalones, acostarse, levantarse los pantalones y salir al aire frío de la noche. La dama, muerta de aburrimiento, hace su rutina como si maquilara moldes de aluminio.

Las patrullas, con sus torretas, vigilan abúlicamente las calles oscuras, pasan por la calle de Allende y ven *sombras nada más...* La noche va carcomiendo la existencia de los parroquianos.

En el interior del Club Imperio el calor es tenue y sólo los de Tepito y la Veinte de Noviembre siguen firmes en sus mesas; las damas agonizantes cuelgan sus piernas sobre las sillas de la mesa. Los meseros hacen bolita en alguna mesa del rincón. Y el grupo La Jungla se deja escuchar, suena bien su música, muy salseros, a ratos santaneros y a veces sacan el repertorio de la olla, las clásicas, a las que ni tan siquiera le echan un ojito a la partitura... vamos, frijoleando de la ollita: *Mata Siguaraya, Falsaria, Mi Barrio, Luces de Nueva York, Boletera*; la que algún día bajarás de precio..., pero bien tocado, la mejor música de aquí y lugares circunvecinos. Después, como hartas de la rutina, la renovada Sonora Femenil, seis mujeres que le meten a cualquier instrumento, su *jícamo*, apoyadas por dos hombres en la trompeta y las tarolas. La del saxofón lleva el diálogo con el público, que hace veinte años ya las escuchaba, no son las mismas pero como si lo fueran. El papá, el viejo, sigue al frente, o eso al menos, a lo lejos, se ve. Bajo eléctrico, piano eléctrico, timbales, tumbas, güiro y guitarra son algunos de los instrumentos que las mujeres de pantalones de colores metálicos tocan. Y al grito de ahí le va esa cubita, la del saxofón dicta el arranque: *Agua de Belén* se oye pero requetebién, además tiene la virtud de desenmorronar a los que bailan lejanamente en la pista.

Personal Femenil

Hasta las damas parecen otras, sólo una más se apunta al Personal Femenil, es morena, alta, poseedora de las miradas de los caballeros que las prefieren morenas.

El Imperio, los miércoles: Buena música y el baile contra la pereza existencial

II

LA SONORA FEMENIL es la legendaria sonora que año tras año ha tocado en el Club Imperio para que el personal siga gustando de la música bien tocada, digo, esa música que a veces duele, cuando se tienen más de cuatro copas entre garganta y cerebro. Esa música que los músicos llaman de la *olla*, porque son los clásicos del patio de vecindad, de la pista de baile, de las fiestas de 15 años, las que se escuchan en las madrugadas de Navidad y el Año Nuevo, y el 16 de septiembre, y los sábados, y ahora los viernes sociales, esa música que se ha anidado en los oídos con la voz de Beny Moré, Celia Cruz, Carmen Delia Dipini, Leo Marín, Olimpo Cárdenas, Julio Jaramillo, Carlos Argentino, Sonia López, Silvestre Mercado, y Silvestre (el de *Tocineta*), Bienvenido Granda, Celio (y basta su nombre, ¿para qué su apellido?), Caíto, Rogelio, Daniel Santos, Miguel Matamoros, Celina y Reutilio, Silvinho...

Esas canciones que irremediablemente se han vuelto pura nostalgia imperecedera. Que hasta cuando les hacen arreglos, uno no entiende cómo hay grupos y cantantes que se atreven a tocar esos clásicos: *Mata siguaraya*, *A Pinar del Río*, *Mis noches sin ti*, *Nuestro juramento*, *Ay mexicana*, *Las muchachas*, *El ladrón*, *Hilos de plata*, *México lindo*, *Ojos malos*, *Humo*, *La contestación del marinero*, *Vallen vallende*, *Bigote el gato*, *Son de la loma*, *La Virgen de la Caridad*, *Quién es...* Clásicos que si se les toca de forma distinta saben a nada y que sólo cuando los imitan permiten dar rienda suelta a la imaginación. Por eso el personal, a la hora de las complacencias, mediante una módica suma, grita que se *refifan* las del recuerdo.

Entonces la pista del Club Imperio se expande como una de las pistas de baile más grandes que existen en cualquier cabaret de esta ciudad. Y hasta se admira el escenario de módulos de plástico rojos, pero de un rojo suave, agradable, que proyecta a los músicos a la vista de todas las mesas.

Y como es el miércoles del tedio y en familia, el raspón y el apachurramiento se quedan de lado para dejar cancha libre al baile. Ése que se aprendió con la noviecita santa. Cuadrándose ante la dama y ante la música. Contando los tiempos, ya sea del uno al cuatro o del uno al ocho, medidos los tiempos musicales, para que se vea que se baila con la música. El deslizamiento se hace sobre las ondas musicales, y el posamiento de la mano del hombre sobre la curva, en la espalda de la mujer, es para guiarla en la danza, no para magullarla. Sólo los majes se arrastran torpemente bailando de a cartoncito de cerveza. Ése ya demostró que las noches son sin ti... Entonces el taconazo, el codazo o el empujón están sobre él, no da chance de bailar,

viene a cachondear. Si aprendió en el pueblo, el brinquito azancudado lo delatará, y si brinca acangurado, lo más seguro es que le guste la *Cumbia de la cadenita*, con La Sonora Dinamita.

Los miércoles, el cabaret desnuda a los indefensos, no es como los viernes o los sábados, que la muchedumbre los oculta. En miércoles, los huecos se ven como celdas, si uno no está acostumbrado a la desolación de la fiesta cabaretil.

Esa lucha interna de parroquianos y damas por acortar las horas que se quieren alargar inmisericordemente, es como si el miércoles fuera el día del castigo cotidiano a las ganas de existir. Es la noche que todos quieren que se la trague el día siguiente. Son las horas que con los tragos producen un sopor: la asfixia de volver al cantón, vamos, el hoyo, para que me entiendan.

El martes y el miércoles es el recuento de lo que se ha ido, es refunfuñar la mala suerte, es mirarse las uñas y los hoyos en las medias, revisar las suelas gastadas de los zapatos. Los miércoles en el Club Imperio es una centena de gente luchando en la oscuridad por ocultarse a sus necesidades. Es agarrarse a la amiga de estas noches y confesarle tus miedos, y ella atenta esperando el turno para devolverte el favor. El miércoles son esos días en que se está con los cuates entre copa y copa y apenas si se miran, y se pasan las piezas sin comentarse algo, abrazados y desabrazados en la soledad del cabaret.

Tal vez por eso se escucha mejor la música; los grupos dan lo mejor, las damas son consecuentes y los clientes son los viejos y buenos clientes en las malas y en las buenas, esos clientes que no manosean, ni proponen salir al hotel; son los clientes medidos, que lo único que desean es pasar el rato para zafarse de la atrocidad de la media semana, de la media vida, del desgano y la impotencia. A lo mejor por eso, el Club Imperio, esos días, se vuelve un lugar relativamente tranquilo y seguro, ninguna gaviota a la vista, ningún águila en vuelo, sólo el búho de repente ronda los alrededores. Son esas noches cuando se puede escuchar buena música y el baile lucha contra la pereza existencial.

Viernes o sábados, días perfectos para bailar por la vida y San Juan de Letrán

I

«SONNN GOLPES que da la vida... sonnnnn golpes que da la vida... sonnnnn golpes que da la vida... hora sí me voy metiendo, como mataste al garrobo, hora sí me voy metiendo como mataste al garrobo... el hombre no pierde nada, la mujer lo pierde todo... sonnn golpes que da la vida... ya se te acabó el orgullo nadie podrá consolarte... lo que ayer estaba por verse hoy lo doy por no mirarte... sonnn golpes que da la vida...». Aquí, en la frase cabalística, entra la trompeta larga, juguetona, columpiándose en la sentencia, luego da paso al piano, y caen en cascada los demás instrumentos entre aullidos de los músicos; miauuu miauuu, auuu auuu, fliuu fliuuu, y el silbido castigador, el que recuerda a los llamados del novio, para que la quinceañera salga al patio de la vecindad.

Pero, para esta prostituta, el patio de vecindad quedó en el tráfago de la existencia. Hoy para ella, ésta es la vida, larga la avenida del eje central Lázaro Cárdenas. Y los novios se quedaron con el despertar de la pubertad. Los clientes son el pan bendito de cada día, el cual ha de ganar con la resequedad de su sed...

A un lado de la academia de baile, del maestro Enrique Tapia existe una cervecería; de ahí, de vez en cuando, sale alguna dama, a medios chiles, rumbo a la cantina de enfrente, la que se encuentra a un costado del hotel. Es la siguiente parada, quien invita paga. Aquí no hay engaño, lo que se bebe emborracha, nada de agua pintada, nada de aceite de oliva o de ricino antes de trabajar, en esta faceta de la prostitución, el alcohol es el paro perfecto para no pelar si es de día o es de noche...

Tengo una guarachita que tiene un ritmo candela... la toca la Dinamita tú verás que cosa buena... para que muevas tu cuerpo con elegancia y virtud... Yo la compuse, mi negra, para que la bailes tú... ¡bomba! Para que bailes tú... mamacita de mi vida, cosa rica mi guaracha, mi guaracha...

¿Sexo?, no, que va... se busca la cama como el toro busca las tablas. La derecha nada más es para el cruce de la avenida, y que el automovilista agarre la onda de que se va hasta atrás hasta el *full*, hasta donde se está cuando ya no se está.

Y si usted es viejo libidinoso que cree que la va a tumbar para hacer de la suyas, está usted perdido, ya se podrá ir cayendo y luego levantarse y luego caerse y luego levantarse y luego volverse a caer y luego nuevamente a levantarse y le van a faltar litros del jugo de la vida, de la caña y del lúpulo y de malta para descubrir que ella tiene la extraña virtud, de entablarse, vamos que ni para atrás ni para adelante, ni lúcidas ni incróspidas, puro: «Si nos hemos de morir vayámonos enfermando...».

Son las señoras que vannn fichando de tugurio en tugurio a lo largo y ancho del viejo San Juan de Letrán. «Yo por ti tengo que sufrir... Yo por ti: tengo que llorar... Yo por ti: me voy a consumir... Yo por ti: me tengo que acabar».

Las doce del día puede marcar el reloj de la Torre Latinoamericana, o las diez de la noche, siempre habrá una buena dama que esté dispuesta a compartir la copa y luego la cama del cuarto de hotel, digo, para echar la mona.

«La niña quiere que yo la vista... la niña quiere que yo la cargue... pero no quiere la niña que yo le ponga los guantes... la niña siempre está muy contenta... de lo contenta se ha vuelto loca... pero no quiere la niña que yo le bese en la boca...».

En el tercer piso del edificio que está en la esquina del eje y la calle de Magnolia, tiene su academia de baile el maestro Enrique Tapia; decenas de jóvenes llegan todas las noches para sacarle lustre a las suelas de sus zapatos. Allí el que no masca chicle come pinole. En esta avenida y calles aledañas hay varias academias de baile, pero ninguna como la del Emperador del Danzón, inovador de rutinas, blasfemo de la ortodoxia y creador de los arpegios a la hora de soltarse con su pareja, figura lucidora cuando de programas de televisión se trata, 67 años de edad y más de medio siglo vividos entre el quiebre de cintura y el encuadre musical.

Viejo calvo de ojos pícaros y sonrisa seductora, jarocho de origen y propugnador de la estética creativa a la hora del dance. Donde le pinten la raya hace gala de buen bailarín. Sin menosprecio de los que lo precedieron en los salones de baile. ¡Quietos, que los nombres se me desgranar! Allá por los años treinta, cuarenta y cincuenta, éstos eran los que se rifaban en una pista de baile y chispas salían de sus zapatos: Ventura Miranda, Apolinar Ramos, Macho Prieto (que sí existió y pongo por testigo a Consejo Valiente, mejor conocido en este negocio por el bendito nombre de Acerina). El Guacho, El Meló, El Lunares y no le sigo porque los bailarines de ahora se van a encelar.

Porque usted ha de saber que en esto del baile, las academias o clubes de baile son el centro para surtir el repertorio, pues como bien dicen, bailar es un deporte, tan deporte que uno de mis cuates de la academia del maestro Tapia asegura que esto de los *tíbiris*, *dancings*, tocadas y Juan y *sercia* es puro ejercicio aeróbico.

«Siéntate ahí y espera a que yo pase, para que veas el fruto de nuestras entrañas, no te permito ni un beso ni una caricia... porque manchaste el nombre de ese hombre que es su padre...». Y en el exacto momento en que Óscar de León juguetea con su voz, el grupo de Los Nenes estira los brazos con los dedos extendidos en una buena sincronización de conjunto, nada más para desentumir los músculos... Ustedes saben, la noche del sábado, o del viernes, es perfecta para danzar por la vida y por las calles: «Ven sitiera por favor, ven a alegrar mi bohío y gozaremos del amor, al son del tiple y el güiro...».

Porque, en tanto la ciudad sea muchos rostros, usted nunca podrá saber cómo se divierten los jóvenes del norte y oriente de la megalópolis, por supuesto que con uno que otro hoy en el mismísimo sur.

Así, mi son montuno, las academias y clubes de baile son simplemente el lugar acabado de toda una diversión que parte en su inicio urbano en las pulquerías y figones donde se armaba el fandango, como por ejemplo, en el paseo de Santa Anita y que con la implantación de los *dancings* extranjeros surgieron las primeras danzoneras como la de Dimas y Prieto. Dimas se llamaba Amador Prieto que es el creador de *Nereidas*, y ni pedo, se tiene que quitar el sombrero, porque no cualquiera escribe *Nereidas* ¿o sí?

«Mírame cosita buena, bésame y si quieres apriétame mucho, ay mírame, ay bésame que te estoy mirando desde hace mucho rato, ay que no aguanto, ay bésame mmmm mmm mmm...».

Las lociones, para sudar sabroso y sin complejos

II

HABLAR DEL Salón México no tiene chiste, ya que de tanto hablarle al oído se perdió el ladrillo y ya no se sabe si es Chana o Juana, si fue El Indio Fernández o Aaron Copland. En vez de referirse a que allí iban todos pero no revueltos, faltaba más, para qué se inventaron las clases sociales; ahí le asignaban (según llevara zapato, guarache o piel de cocodrilo) la pista.

Ahora, que las buenas pistas eran las del Smirna, de don Isidro Arriola, la del Colonia (hasta la fecha) de los hermanos Jara, Los Ángeles, El Gato, La Playa, El Mundial, y ya después el Chamberí, el Champotón, el Azul y Rosa, el Azteca y en nuestros días el California Dancing Club, que en los cincuenta, con el maestro Carlos Campos, partió el queso.

Pero todo esto sucedía mientras la revolución se bajaba del caballo y el país era puesto bajo el régimen de la libre empresa.

Los salones de baile entraron en decadencia con algunas, a veces, buenas excepciones, la época del Nader (en las calles de Cruces y Regina, en La Merced), de donde saldría ídolo Rigo Tovar y La Sonora Veracruz tocaba decentemente, sin olvidar por supuesto las noches de «quince años», graduaciones y aniversarios en el Maxim's o en el Riviera. Y en los barrios y las colonias populares los equipos con bocinas Radson se alquilaban para bailar con las voces del Benny Moré y la Celia Cruz.

En la década de los sesenta mientras la clase media-media para arriba se embebía con los Beatles, Elvis Presley, Ray Coniff, Santo y Johnny Fariña, los adolescentes del norte y oriente de la ciudad conocían las satisfacciones de la sexualidad, a través de los bailes, en los patios de vecindad, callejones o calles cerradas a ritmo de la música tropical.

Sí señor a este negro no lo aguanto yo... ay recuerdo cuando me enamoró me decía negrona el bárbaro soy yo... pero de eso nada... tranquilo, se lo regalo al que lo quiera...

Usted sabe, todos se pelean por el origen de los sonideros, lo más probable es que hayan surgido, en su versión actual, en la colonia del Peñón de los Baños, allá por el recinto del Rolas, célebre propietario de un sonido de baile, el primero que usó el micrófono para darle sabor al disco, mientras Ramón Rojo alias La Changa, se peleaba con el peso de los discos y las bocinas de un señor del trece de la calle de Caridad, en Tepito, que se lo encargaba para que lo alquilara en las interminables y cotidianas tocadas, de por todos esos lugares. En el principio eran cien... doscientos

jóvenes, apretaditos en la oscuridad de los barrios.

El lleva y trae es un tipo sin moral, sin condición; lo mismo lleva un recado que trae la contestación... y se pasa toda la vida criticando a los demás, habla hasta de su familia. ¡Dios mío que barbaridad! ¡Chismoso!

El chisme llegó a la televisión, Josefina y Joaquín invitaron al maestro Tapia para realizar el programa Vanart, donde se inventaban concursos para que el personal se luciera... Pronto los de alma de locutor se rifaron ante el micrófono luciendo en grande La Changa y El Rolas, que en los heroicos tiempos, allá por la colonia Malinche y la Martín Carrera, lograron reunir hasta diez mil jóvenes que bailaban en el duro cemento...

¿Y usted se puede imaginar cómo era la propaganda en esos tibiris...? De boca en boca; hasta la fecha, puede ir, por ejemplo, cualquier noche, a las calles del Peñón de los Baños, y a la primera bolita de pingüicas (los más jovencitos con sus chavitas, con el imprescindible peine o cepillo en la cintura) y preguntarles dónde hay baile. La orientación vendrá con la sabiduría de los que cotorrean pasando por las calles de México. Y de Neza ni se diga, ellos son los inventores del pasito azancudado. Como los de la colonia Morelos lo son del paso de a brinquito o de canguro.

Aquí el maestro Tapia es sólo una leyenda: los bailarines se dividen en cumbieros y salseros. Los cumbieros son los novatos, y los salseros los que han hecho del espejo de su ropero la película de su vida, son los que le llegan a la academia del maestro Tapia o a otros clubes de baile para iniciarse en los pasos coreográficos y en la estética: siempre hay que agarrar la pareja de frente, nunca de lado; buscar siempre la cuadratura de los pasos con la de la música; la dama está para lucirla, no para lucirse el caballero; además del estilo al vestir, muchos todavía se atreven con los zapatos de tacón y punta cubanos, los pantalones abombados y las lociones para sudar sabroso y sin complejos.

Pa' la paloma, Pa' la paloma que vuela, paloma, palomita, p'al palomar... Hay un ciclón que está haciendo tiempo en el gran caimán... vuela paloma, paloma, paloma blanca... agua siempre llueve pa'bajo, ¿por qué sera?

Hoy, olvídense de los salones de baile. El baile está en las calles de esta ciudad desde hace un cuarto de siglo; ha sobrevivido a las razzias que periódicamente les hacen, han sobrevivido a la violencia, a las drogas y a la falta de espacios.

Una gran mayoría de los matrimonios libres o reglamentados han sido concertados bajo las trompetas, los pianos, los timbales y ahora los saxofones grabados en treinta y tres revoluciones por minuto.

En los bailes callejeros los ídolos son los sonideros, hombres que disponen sus discos, bocinas, *mixers*, candela y voz, de tal manera que un mismo disco suena diferente, según sea el sonido que lo toque, e incluso llegan a ser inseparables tal disco y equis conjunto; está el caso de Pepe Miranda y su sonido Casa Blanca, que popularizara la canción *El negro José*.

Así se explica, entonces, por qué muchas veces cobra más un sonidero por ir a tocar a una fiesta que un grupo musical.

Tercero de manigua toca un son que reaviva, tercero de manigua toca un son. La fiesta de los guajiros no tiene cuándo acabarse. Empiezan tocando el güiro y acaban por desmayarse; en un solo tumbaíto se pasan la noche entera, echándose un meneíto.

En los cerros de la Villa, en las tolvaneras de Neza, en las calles cerradas de la Martín Carrera, en las vecindades de Tepito el baile es el escape, el desfogue de los jóvenes de esta ciudad, que así comienzan a conocer las calles y las madrugadas, los afanes y rincones. Tropezones que lo van educando a uno. Alguno brincará la raya de norte a sur de esta ciudad, otros pasarán en un suspiro su existencia, camellando en un desierto urbano; y otros en el talón, duro y macizo, con la desgracia.

Cuando te veo con la blusa azul, mis ojos sin querer van hacia ti... porque no te pongas más, la blusa azul.

Mientras los jóvenes suben a la academia del maestro Tapia para darle duro y tupido al espejo y duela, las damas afuera, en la antigua calle de San Juan de Letrán, siguen taloneando de cantina en cervecería, de taquería en tugurio, hasta reventar; es decir, hasta que ya no atraigan a ningún hombre y entonces estarán listas para ir a hacer la bolita a la plaza de La Merced, con los teporochos...

La Merced, sigue siendo un mercado donde hay para todos los gustos

I

DICEN QUE EN Holanda la cosa está muy sofisticada, y que en Alemania Federal hasta en vitrinas están y que son muy guapas, y en Estados Unidos las salas de masaje están muy avanzadas, en provincia las famosas rifas de mi admirada favorita son cosa común y por supuesto, en la gran ciudad, están las llamadas motorizadas.

El último círculo podría ser La Merced. La cosa en La Merced es según van cambiando los tiempos: si hay sobrepoblación hay sobrepoblación, si hay inflación hay inflación, si hay contaminación hay contaminación y si hay carencia hay abundancia.

Con el traslado de las bodegas que estaban sobre las calles de Uruguay, El Salvador, Cruces, Regina y algunas otras, a la Central de Abasto de Iztapalapa, dicen que La Merced desapareció.

Anillo de Circunvalación, hoy convertida en eje vial que conecta al norte de la ciudad con el sur, es una amplia avenida que cobija a la zona de La Merced.

Al anochecer, después de una cálida visita al mercado de Sonora, ubicado a un costado de la Estación Central de Bomberos, ajuareado con chupamirtos, yombina, gallinas negras, veladoras, polvos de la Madre Matiana, carne de víbora, toloache, imágenes de San Antonio, del Arcángel Gabriel y yerbas para hacer té de los más diversos gustos y sabores, se está listo para emprender el retorno a las penumbras de la ciudad.

Anillo de Circunvalación, se podría decir, comienza a la altura del mercado de Mixcalco (donde dicen que anduvieron cada quien por su lado, hace años, Diego Rivera, Xavier Villaurrutia, Salazar Mallén o Juan de la Cabada). Y termina justo enfrente del cine Sonora, cuya frontera marca la avenida Fray Servando Teresa de Mier.

Al poniente la zona termina a espaldas de Palacio Nacional, y al oriente frente al nuevo Palacio Legislativo, en pleno dominio de San Lázaro y la ex legendaria Candelaria de los Patos.

Al anochecer, decíamos, la marabunta del oriente y del norte hace como que se va a sus casas, la verdad es que se escabulle en la oscuridad de estas viejas calles.

La Merced, en el día, es recinto de más de dos millones, o tres, o cuatro, o cinco, o los que usted ni se imagina, de gente que suda, trabaja, come, comercia, compra, vende, o deambula. Y al anochecer extiende sus sombras, que se esfuman o reconcentran en las bocacalles, en los zaguanes, plazas y callejuelas.

Mientras, Anillo de Circunvalación se pone como foquito de Navidad, gas neón y aparadores, gritos de vendedores y poses sugestivas. En esta avenida reinan las tiendas Milano, Hecalli, o Roma, y es uno de los paseos predilectos por los jóvenes venidos de las colonias populares.

Es viajar con los sueños del despertar sexual, es darse de frentazos con la realidad social, es meterse ínfulas de padrotito o de califa urbano. Aquí, con el ambiente de los cuerpos apretujados, de los olores a cebolla y polvo, a sudor y resequedad, escupitajos y melenas ensortijadas, con los talones partidos y los ojos llorosos, los lentes para el sol son buenos. ¿O no, mi buen?

Lentes polarizados para ocultar la mirada enrojecida y el parpadeo de ojo avizor. Lentes para poderse deslizar en las calles estrechas rumbo a donde las sombras se mueven.

Cuál prefiere primero: ¿Manzanares? ¿La Soledad? ¿Loreto? ¿Corregidora? ¿O sobre el mismísimo Anillo de Circunvalación? Odiseo en busca del tropezón con Circe, ¿verdad, carnal?

Si es ciego, tuerto, bizco, miope, daltónico, o distraído, no importa, tarde que temprano el modelito a su medida llegará: de Veracruz, de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, o aquí cerquita, del Estado de México.

De todas las edades, dieciséis o diecisiete años hasta cincuenta, sesenta; morenas, rubias, pelirrojas, trigueñas, gordas, flacas, altas, chaparritas, exuberantes, famélicas, rotundas, o esmirriadas, no hay purrún, todo fuera como eso.

¿Prefiere ambientes densos o amplios como supermercados? ¿Es tímido, o es aventado? ¿Viaja en autobús chimeco o en tren metropolitano?, ¿la gira en taxi, pesero o se traslada a su lugar de origen a pincel...? Siempre se llega a Roma teniendo calentura.

La cachondería en la vieja ciudad repta a la menor respiración. Si se es joven éste es el único chance de comenzar a hacerla en grande. Si se es viejo éste es el único chance de echarse la del estribo. Si en épocas lejanas la iniciación se hacía efectiva en el barrio de Cuauhtemozin, en las Vizcaínas, el Órgano, 2 de Abril, Toltecas o Rivero, ahora las opciones se bifurcan en el jardín de los mameyes... las pitahayas y las papayas.

El descanso para relajar la tensión lleva el riesgo del atraco o el contagio, no se puede ir a Chalma sin llegar bailando, riesgos de la profesión, compadre, no siempre se puede comer pinole y chiflar, son los negritos del arroz, o a poco creían que los anuncios pegados en los mingitorios públicos son de gratis. Más sabe el Diablo por caliente que por Diablo.

Las damas del anochecer usan pantalones dorados, entallados hasta la cintura, zapatones de tacones de punta de cristal y blusas transparentes o ajustadas y el brillo que despiden es parecido a los tamales oaxaqueños; si caminan sobre Anillo de Circunvalación las puede confundir con maniquíes vivientes que modelan la ropa que se exhibe en los aparadores, o con las empleadas que atienden las tiendas Milano,

perfecto lugar para los tímidos, así se puede hacer como si se estuviera estudiando muy concienzudamente si vale la pena comprar el pantalón o la camisa, incluso hasta atreverse a preguntarles el precio, si no es que antes oye la voz aterciopelada ribeteada de chaquira: ¿No vas?

Ahí en este exacto trance de la disyuntiva sexual, se puede alborotar el cliente o asegurar sus ánimos ante la rectitud de la proposición.

Si no le gustó la chaquira puede usted conseguir peluche rosa mexicano, lo que existe en estas calles es la gran riqueza y variedad en cuanto a las opciones... ora que... Puede hacerse como si mejor le hubiera gustado la chamarrita de mezclilla aborregada, meterse al establecimiento y dar una buena revisada a la parte trasera, digo, si va a comprar algo, que sea a su gusto y a sus posibilidades, no que luego se riega antes de tiempo.

En esto de la primera extremaunción siempre hay que andarse con mucho sentido artístico. La sensibilidad indica cómo está la cosa.

En La Merced, nos tocó la calentura

II

LOS HOTELITOS siempre son de pésimas muertes, chiquitos, estrechos, olorosos, fríos, con encargados a los que nunca se puede ver el rostro y pasillos solitarios como si se fuera el único en entrar. Aunque, a veces, para tranquilidad del novato, se encuentra algún policía leyendo en los primeros cuartos de la entrada.

Ahora que si los gustos son en convivencia multitudinaria, puede ir dejando de lado su timidez y adentrarse en las calles y plazas de La Merced; por orden de prestigio la de La Soledad es la más concurrida. Justo a las puertas de la iglesia del mismo nombre, que arriba del arco principal tiene una inscripción labrada sobre la piedra: «Si no eres capaz de afirmar con tu vida la pureza de la Virgen María, no oses pasar las puertas de este templo».

En el cuadrante revuelto, en la más pura tradición provinciana, se da paseo dominical por el jardín. Los hombres se sientan o se recargan y admiran mientras las mujeres giran por las vereditas del jardín, jardín árido y encementado, de árboles pelones y boleros-aguadores; en el punto álgido del anochecer llegan a estar más de mil personas vibrándose deseos.

Las entradas correctas son por la calle de Corregidora y se dobla a la derecha en Santa Escuela, o directamente por Anillo de Circunvalación. Sólo los valientes se atreven por la Candelaria de los Patos o por la vieja y derruida estación de San Lázaro, por ahí el atraco es irremediable, a menos que corra mejor que los ratones.

La jugada no es irse en banda, aunque a veces sucede. El edificio donde se dan los encuentros forzados parece de película de ambiente árabe o de la *cashbak*; tiene dos o tres pisos con ventanas tan pequeñas, como las de los palomares; aquí el cliente pierde toda iniciativa, hacer algo que parezca agresivo es contestado con rencor por parte de la que ofrece la mercancía. No se permite manosear, tocar, besar o tener miradas libidinosas; el alquiler es por hacer uso de una parte no de la totalidad.

Aquí la orquestación está en concierto, cada quien toca el instrumento en el momento adecuado. Melodía, armonía, timbre y ritmo obedecen a una dirección perfectamente conjuntada, nada está dejado al azar, por eso mismo, en el cuadrante de La Soledad no hay robos, pero ay de usted si sale de sus límites en dirección contraria a Anillo de Circunvalación.

Claro que ése es un lugar más o menos seguro. Donde se le suben hasta el gañote es cuando cruza Anillo hacia el Zócalo, por la calle de Uruguay o Corregidora y se le ocurre recordar lances extraviados.

Como una herida gangrenada en la oscuridad del cielo, se atraviesa la callecita de

Manzanares, dura y filosa, pesada y ajetreada, rencorosa y olorosa, densa y ácida, fantasmagórica y obelística, alucinante y suicida, vida y dolor.

Manzanares es una sola calle, como diría Alejandro Aura, ni más ancha, ni más estrecha, calle hecha de retazos de la vida, cosida con la desgracia y el sexo, aquí nadie brinca, todos resbalan y muchos caen. Lugar de bodegas abandonadas o semivacías, de loncherías con venta de cervezas Victoria y memelas con huevos cocidos, arroz a la mexicana, y mujeres con faldas arriba de las rodillas y el piso lleno de lodo, grasa y cáscaras de fruta, de cargadores recargados en la pared o de albañiles esperando la lección para un descansito, multitud de seres rozándose sus cuerpos u ofreciéndolos a los de las manos en las bolsas de los pantalones.

Los catres o camastros, o lo que sean, se afilan en la oscuridad de una antigua bodega de plátanos o chiles secos, los aguadores vigilantes a la entrada de la boca del vampiro, miran sin contemplación. Ni quien brinque ni quien aülle, pura sordidez. Grítenme piedras del campo, que al fin son mudas.

Tirarse con una dama en la oscuridad de la calle de Manzanares es un riesgo que se corre, porque, dónde, cuándo se va a poder la próxima vez, los chances son escasos y las necesidades son muchas.

Ahora que en las posibilidades del bolsillo, los artilugios, los adornos, los recovecos, el recargamiento, es típico de la arquitectura del México viejo, el barroco son las posibilidades de la imaginación sin perder la compostura, admirar las joyas del arte de este país está en el descenso de los círculos: la iglesia de la Santísima (casi todos estos lugares, con luz museográfica), la iglesia de Loreto, de Jesús María, o las viejas casonas que todavía quedan en pie siempre caminando rumbo al Zócalo, a la plaza de la Constitución. Y las damas del anochecer, como brujas en los cerros, aparecen y desaparecen, van o vienen según se vaya, hermano Abundio, en el jardín de La Merced, se despegan de los teporochos para talonear al oportuno, en el jardín de la Santísima se desprenden de los pránganas, envueltas en olores de cemento, thinner, o activador para ver qué caliente no se enfriía.

Así, con ciegos que silban para que los ayuden a cruzar la calle, asiduos a la academia de San Carlos, turistas desorientados en busca del Templo Mayor, vendedores ambulantes, merolicos, jipitecas, vendedores, cargadores, estudiantes de carreras cortas, la marabunta de oriente que se retira en chimecos y peseros y metro, los comercios de judíos y árabes que bajan sus cortinas metálicas y las campanadas de las iglesias que marcan las horas y las llamadas a misa o a rosario, el reloj de la Torre Latinoamericana que marca las ocho y cuarto de la noche, el fulgor de la plaza de la Constitución las siluetas de los edificios, el bullicio de la ciudad de México, el México moderno, el del sur, el de las discotecas, los restaurantes, las manifestaciones, los partidos políticos, el de las prostitutas motorizadas, de casas de cita donde se paga con tarjetas de crédito, donde se pertenece a clubes exclusivos y las mujeres son bellas y aseadas, ese México, ahí se adivina al frente de Palacio Nacional y la Catedral metropolitana, atrás, a las espaldas de estos bellos edificios queda el norte y

el oriente atosigado y polvoso, reseco y brincándola donde está el chance. Pero qué le vamos a hacer, si acá nos tocó la calentura, en las plazas y calles del barrio de La Merced.

A la hostería... y luego lo que salga

I

LO PRIMERO, seguramente, que le dijo, fue: Me gustas mucho, y quisiera tener una amistad de a de veras... Ella, seguramente, le contestó que sí pero no. En los ojos, en los ademanes, en la voz, ella le estaba diciendo la verdad: Tú insiste, ya verás que entonces te podré decir que sí... Y él, gaviota de mil batallas, sabía que en el entercamiento del pedir, podía lograr la primera cita.

Ella, poco a poco, tan lento, como el irse quitando justificaciones, comenzó a ceder: No, pero si quieres, espérame a la hora de la salida.

La hora de la salida, es cuando, ella termina de laborar en la fabrica de ropa íntima Lovable, allá por la calzada de Tlalpan. Él calculó rápidamente el tiempo que hacía entre Naucalpan y Tlalpan, se dijo que tenía un buen chance, maquinó la estrategia: Metro hasta la estación Hidalgo y de ahí a la Hostería del Bohemio y luego lo que salga.

En una de las esquinas que hacen el Paseo de la Reforma y la Avenida Hidalgo se encuentra la iglesia de San Hipólito, construcción que en sus orígenes sirvió para celebrar la caída de la gran Tenochtitlan; de la misma construcción se extiende lo que fuera el convento, y ahora lugar de los susurros al oído.

Pero... pero, si va cuando la tarde pardea encontrará grupitos de muchachas que estudian para secretarias ejecutivas, bilingües, o para mecanógrafas o simplemente para hacerse las ilusiones que están estudiando una carrera corta, de la cual saldrán preparadas para afrontar los problemas a que se enfrentan las jovencitas en la vida moderna... Por supuesto, son cursos más veloces que los que impartían las academias Vázquez y menos espectaculares que los del Instituto Patrulla.

Los salones de clase están en el primer piso de este bello edificio y si sigue de metiche puede entrar hasta la cocina, es decir, a los demás salones donde también por módicas colegiaturas aprenderá a bailar o a cantar.

Si el alumno es sugestionable, el maestro podrá enseñarle su álbum de recortes de todas sus actividades artísticas en la República y en el extranjero, lo que avala su calidad de maestro: No mi'jo, así no tienes que soltar el aire, mientras no aprendas a respirar no vas a saber cantar. Y el muchachote, fuerte, veinte años, de playerita entallada (queriendo recordar a Pedro Infante en *Pepe el Toro*) lucha por no soltar sus gritos que le nacen de su sentimiento y taladran los oídos de los tímidos asistentes, que pacientemente esperan, sentados en un sillón desvencijado, a que el maestro termine su clase para preguntarle los requisitos para ingresar, a pesar de que el letrado grande, visible, dice que se prohíbe platicar en el estudio. Cada quien suelta sus

intimidades, uno es carnicero y quiere llegar a ser como Vicente Fernández, y otro, con cara de estudiante, gordito como de unos veinticinco años, confiesa que quiere cantar para interpretar sus composiciones a su madre. De la ventana del salón de canto se ve la Alameda Central, el edificio de la Lotería Nacional y una mueblería, los autos congestionan las avenidas que conducen a las Lomas de Chapultepec, a Polanco, la Cuauhtémoc, la Roma, la Del Valle, Coyoacán, a la demás gente se la tragan las estaciones del Metro para Tacuba o Pino Suárez, o simplemente luchan a codazo efectivo por colgarse de los camiones que van para la Villa de Guadalupe, o las señoritas secretarias y los empleados se pisan los callos por ver quién se trepa más rápido a las *combis* peseras.

Lejos de las angustias cotidianas, los alumnos del primer piso del edificio de la Hostería del Bohemio le dan duro y macizo a la estudiada, pidiéndole a Dios que les brinde el chance de brincar la alambrada.

En esa misma planta existe una asociación política, que a lo que se ve, le mete mucho entusiasmo a colgar mantas o carteles con leyendas políticas: «México, creeré en ti, cuando desaparezca el PRI». Otras veces cambiarán la frase, probablemente sea alguna parodiando a Lincoln o a otro estadista, eso sí, nunca están las ventanas abiertas.

Si el martes o domingo, a la entrada de la iglesia de San Hipólito, habrá una romería en el atrio, de gente que va a cumplir mandas, o a pedir un favor a Dios nuestro señor. Afuera verán platicar muy animadamente a grupitos de sordomudos, platicar con las manos.

Será el momento en que las librerías de viejo que están en los bajos del edificio, bajarán sus cortinas metálicas; el tráfico de automóviles y de gente se hará más intenso.

Entonces, San Hipólito se viste de gala, pipa y guante para envidia de las discotecas, canela y huevo del romanticismo chilango, centro de la manita sudada y los ojitos de borreguito a medio morir, el patio del edificio comienza a tener vida.

Señoras y señores; quien sepa de amores que calle y comprenda, o que nos dejen solos sufriendo en silencio.

Aquí cada rincón es el perfecto cómplice de las delicadezas del corazón: arcos, portones, fuente, veredas, arbustos, mesitas de madera y las siluetas de las cúpulas de la iglesia en medio de nosotros como un Dios.

Aquí Agustín Lara es rey, Armando Manzanero, emperador; José José, su excelencia; Emmanuel, vizconde, piel, de esa piel que se pone chinita cuando se siente el vaho del compañero o de la compañera: «No te salgas de mis brazos, que hoy mis brazos son cadenas, porque quiero que mis manos, hoy de ti se queden llenas, cuando el sol se esté ocultando y en tus ojos brillen las estrellas, y en mi espalda sienta el frío de la oscura noche que se acerca, yo te soltaré despacio de mis brazos ya sin fuerza, te sacudirás el pelo, para que jamás nadie lo sepa...».

Ahí, en ese preciso instante, la compañera de la Lovable y el que camella en la

industriosa Naucalpan de Juárez, llegarán a la Hostería del Bohemio como si fueran los emperadores entrando a la corte de Viena.

Las muchachas, de 15 a 50, de clase media para abajo

II

MUCHAS PAREJAS han ocupado las mesitas puestas en los pasillos de esta construcción colonial, pasillos iluminados por faroles que están sobre las mesitas, con banquitos de lo más incómodos, pero con las intenciones que se traen las parejitas, estos inconvenientes ni se toman en cuenta.

Si se entra con las ganas inauditas de apantallar a la fémina, no hay de otra más que conseguir asiento cerca del espectáculo; si se es cliente entonces se buscará *pirar* a lo lejos y a lo oscurito. No hay fijón, los meseros son pacientes, educados y saben de estas cosas.

Miss Lovable y *míster Naucalpan* le llegan ante el cantante, que en el rincón estelar hace gala de repertorio que llegó para quedarse, con alguno que otro desplante a lo Manuel Bernal o a lo José Antonio Cosío salpicando pura energía becqueriana: «Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo; por un beso... ¡yo no sé qué te diera por un beso!».

Miss Lovable siente que se hace *miss discretita*; *gandalla Naucalpan* sabe de memoria las jugadas, jugadas que en un rato de vanidad se dignará contar: es retefácil, a todas las viejas les gusta que les hables al oído, y este lugar se presta, es *chido*, nada más oyen la musiquita y ya quieren que les sobes la manita... a veces se puede llegar hasta donde te conté, y la mayoría de las veces son puros agasajos, una manoseadita y ya.

Quiero dormir cansado, para no pensar en ti, quiero dormir profundamente, y no despertar llorando, con la pena de no verte...

Pero *gandalla Naucalpan*, no es el clásico cliente de la hostería, más bien es excepcional. Lo común y corriente son los jóvenes de rostro tranquilo, trabajadores, cumplidores y con posibilidades de cumplir lo prometido, ¿cómo que qué? ¡De blanco y ante el altar! Las muchachas son pacienzudas, abnegadas, y pocas se atreverán a ser calificadas de provocadoras o de que: tú diste motivo para eso... ¿Y cuál es eso? «Es que yo te dije que no, pero tú querías, y ya cómo te decía que no».

Por eso el lugar no vende bebidas alcohólicas, ni alimentos complicados, sólo café o té con hojaldras con cajeta y cosas que se asemejan, la fuentecita con gracioso chorro de agua y la luz escenográfica van por cuenta de la casa. Los artistas, por supuesto, están allí a condición de que sus interpretaciones lleguen al corazón. Corazones derritiéndose con las letras de las canciones que «dicen la verdad».

En el amplio patio del lugar existe una librería donde no podrá encontrar los

libros más populares entre la concurrencia: *El declamador sin maestro*, *Cien sonetos de amor*, *Las poesías* de Antonio Plaza. Si acaso pudiera haber algún libro de Amado Nervo, editado por Porrúa Hermanos, lo cual no impide quedarse azorado ante la cantidad de títulos sociológicos, antropológicos y algunas novelas profundas, y ver que alguna parejita llega de chiripa, agarraditos de la mano, revisan la mesa y los estantes y deciden comprar un libro que es acerca de algo así como, o si no era así parecería que era así: *La instrumentalización del materialismo dialéctico en las relaciones amorosas de las tribus de la Polinesia*.

Así, a la luz de estos acontecimientos, se podría suponer que a lo mejor andaban buscando el *Kamasutra*.

Que tú me quieres dejar, y yo no quiero sufrir, contigo me voy mi negro aunque me cueste el sufrir.

Las muchachas aquí presentes van de los quince a los cincuenta años, y van de la clase media baja para abajo, todas dispuestas en potencia a hacer efectiva la letra de la canción:

Amor, cuando tú sientas amor, verás color rosa los colores, habrá nieve en todos los sabores, y amor en todo lo que es amor, amor es el milagro de la vida, la única magnífica emoción...

Y los galanes listos para cumplir la más mínima orden de la prenda amada, con decirles que algunos cargan con la cuñada y la tía, las amigas, corriendo el riesgo de que crean que es el barquito de la cuadra, el Jaime que se pone guapo por quedar bien con la pretendiente, haciendo méritos. Y si es el efectivo, pues ya está con las manitas hasta el *full*.

A veces las parejitas, cuando ya son clientes consuetudinarios, ya se saben la jugada, se estacionan cerca de alguna bocina, se acurrucan, se dan algunos besos preparativos, se rozan las rodillas, se apretujan para sentir sus cuerpos y se pasan minutos sin decirse palabra alguna, sólo de repente, pagan la cuenta y salen sin decir agua va. Algunos, como *miss Lovable* y *míster Naucalpan* se quedarán en que nos vemos a la próxima para seguir fortaleciendo la amistad, y como *gandalla Naucalpan* no quiere aparecer aferrado, la despide a la entrada del Metro Hidalgo. Otros pagarán taxi para llevar a la dama a su casa. No se tiene dos veces, una primera novia, joven. Otros, ya entrados en confianza, se ajustarán a la economía proletaria. Y ya los que se traen ganas, usted comprenderá, porque le estaban dando duro y macizo al salivazo y al lengüetazo, con uno que otro apachurrón, nada más para que se sintiera el rigor de la sexualidad y la humedad de la sensibilidad.

Y para esos momentos en que todo queda a la inspiración, la Hostería del Bohemio está estratégicamente ubicada a espaldas o a la vueltecita de una cantidad tal de hoteles, que no hay problema para tropezarse con alguno, justamente en el momento en que el mágico *sí* fue dado, apenas perceptible, y la intimidad amorosa está al alcance de ochocientos o mil pesos.

Total, primeramente Dios, todo saldrá bien.

El Marrakeshito, el lugar raro

LARGA Y SINUOSA, la noche reptante, según, los gustos de la clientela. Gustos y disgustos según se vea, si es de izquierdas o es de derechas, lo cierto es que desde que el hombre es hombre la mujer es mujer, el quién vive se da como una mera contraseña.

Dime qué preferencias tienes y te diré dónde te diviertes o dónde pasas el rato, o dónde ligas, o dónde bajas para acompañar a la noche.

En el vértigo de la velocidad cotidiana, los lugares pasan inadvertidos. Si de rolaquear se trata, la hechura está en el estilo.

Sobre la Avenida Hidalgo, aunque, también pudiera ser, sobre la Avenida Independencia, o sobre la calle de López, o sobre el mismísimo eje vial Lázaro Cárdenas, o sobre la calle de Lecumberri, se puede, uno, cualquiera, topar con la incógnita, incógnita que se viste de tul. Primero está la lonchería de Martha, y después, para los cuates, el Marrakeshito, como si dijéramos el monederito.

A las primeras de cambio, no hay chiste, todo es como es, mesas dispersas como cualquier ostionería, hasta algún mural se deja ver, jacalón enorme, al estilo de los bailes de pueblo, meseros con sus impecablemente blancas, filipinas, solícitos y muy amables. La agresividad del panorama decorativo contrasta con estos jóvenes de modales suaves, gritan, pero, como diría Borges, quedito. No son órdenes, sino invitaciones para entrar, para sentarse donde más creen que es conveniente, o para distribuir mejor su clientela, hacia el fondo, pues el lugar, cuando se llega a la pared, hace escuadra, ocultando sus sanitarios.

La rocola, como una reina, suelta la música... Juan Gabriel es el santo y seña, o Miguel Bosé; algunos parroquianos, se alegran y aplauden al Diablo, o al Valiente, o simplemente no oyen la música y siguen con la mirada clavada en el vaso de cerveza.

La concurrencia, más que heterogénea, es homogénea; al centro, ya sabe, se encuentran los más alborotadores, conforme se va haciendo el chorizo, las mesas son ocupadas por tres, o dos hombres, o lo que es común, por un hombre solo. El club de los corazones solitarios de la banda del sargento pimientón tiene un empleado que vigila, segundo a segundo, la entrada, y da la impresión de hacerlo porque, a pesar de los pesares, puede salir alguien evadiendo el pago del consumo.

No porque sea cerveza vayan a creer que es de gorra. No porque sea una lonchería vayan a creer que nada más se venden sopes y quesadillas. No porque los veas con la vista baja vayas a creer que son tímidos. Y no porque de repente veas entrar a alguna rubia despampanante vayas a creer que vende caro su amor.

Si va usted solo, completamente en la soledad de la marginalidad, aquí se cobijará con los demás miembros de la banda del sargento pimientón. Si llega acompañado de alguna dama, tenga cuidado, cuando las miradas directas y libidinosas de algún gandalla sean evidentes, no se haga de la vista corta, porque entonces sí van a creer que se la pueden bajar. Si llega con algún cuate, entonces ya la hizo, porque podrá

pasar inadvertido. Puesto que, aunque crea que no lo han visto, las cosas se huelen o se revisan por el rabillo del ojo.

La concurrencia es, como usted habrá adivinado, trabajadores, digamos empleados de oficina; *office boy*, empleados de intendencia, cobradores, pasantes de alguna carrera; éstos refiriéndose a los de traje, corbata y maletín.

Taxistas, choferes de trailers, comerciantes de los mercados públicos, vendedores ambulantes, mecánicos o carniceros, son los de playeritas o vestimenta *sport*...

Si el mesero se le acerca, no se extraña al ver que tiene las cejas depiladas y que uno que otro usa un discreto maquillaje.

A veces la noche pasa tranquila, los mismos clientes de siempre, bebiendo la buena cerveza mexicana, esperando a quién ligar. Otras, el desfile del personal se vuelve insólito, alguien llega vestido de mujer, una mujer con actitudes de hombre, algunos burgueses sociologizando el lugar, y muchas almas en pena.

Si usted llega y se toma una cerveza, y no quiere platicar, nadie lo podrá molestar; si acepta el intercambio de miradas, es sobre su responsabilidad y preferencias sexuales. Si acepta la plática o la invitación de otra cerveza, no se debe sorprender si le quieren poner la mano sobre su pierna, aunque también puede platicar por las puras ganas de platicar de lo que sea, para pasar el rato, el rato del tedio, y el hastío...

Las mujeres son escasas y los hombres son mayoría, aunque llama la atención que muchos ocupan mesas solos, muchos son jóvenes, y no se les nota el ánimo del coqueteo, como que llegan a beber su cerveza para clavarse en sus pensamientos; terminan ésta y se envuelven en las calles de la ciudad. Sólo algunas parejas de hombres, al calor de la cerveza, se abrazan y no se sabría si por la mexicana alegría o porque han comenzado a tomarse cariño.

De repente llega algún borracho de los perdidos por San Juan de Letrán y se hace el macho, y agresivo mira a los parroquianos; éstos se ven cansados, es como si sucedieran seguido estas escenas, ni caso le hacen, alguno de estos agresivos perdidos se quedan a compartir la cerveza y otros salen a seguir por las calles, y otros se creen capaces de ligarse a las mujeres que beben o a los que se visten de mujer, quieren abrazarlas y olvidarse de sus penas...

El Marrakeshito recuerda al que existía hace años sobre la avenida de Santa María la Redonda, y que le decían Los Tecatos.

Aquí no valen las tarjetas de crédito, los derechos de membresía, no hay rótulos con la consabida leyenda «Se reserva el derecho de admisión», no es ningún club de la Zona Rosa o de San Ángel, es una simple y sencilla lonchería que durante la noche es el centro de reunión de una gran cantidad de homosexuales de los barrios y las colonias populares de este norte y oriente de la ciudad de México. Y que no tiene el *glamour* ni la lavanda de clubs gay, sino la dura realidad, el sudor y la grasa de los trabajadores.

En la noche, la ciudad, brinda cobijo a todos, es como las boticas de pueblo, poquito pero de todo.

Ese suspiro necesita un rey

PÁSALE, PÁSALE, caballero, dos tandas por el precio de una. Lo que vale es la atención, no se haga güey, ya llegó el mejor espectáculo del mundo, su teatro-carpa favorito, el que anida en el baúl de sus recuerdos... Aquí encontrará a los mejores artistas de cine, radio y televisión. Pásele, pásele, la función va a comenzar... Hay muéganos, papas, tortas, gordas, gordos, chaparros, altos, rostros de mil llamativas formas, rostros que conforman la máscara artística del barrio, la última estirpe de los que llegaron para no hacerla, el lado grotesco y humorístico de esta canija vida donde una carcajada se malbarata en el precio de una entrada. Pásele, pásele, jovenazo, aquí el espectáculo lo es usted y su reverenda presencia y sus reverendas ganas de divertirse...

Ésta es su carpa favorita: ¿la Margo Su?, ¿la Cara Limpia?, o ¿Rosalba? Ubicadas en la Ramos Millán, en la Romero Rubio, enfrente de la San Juan de Aragón, en la Bondojo, en la Río Blanco: tablas viejas y lonas parchadas ambulantes por los rincones de esta su Ciudad de los Palacios, templo carcomido del inolvidable Raúl del Mar, genio y figura de la expresión artística del barrio. «Ponme la mano aquí, Macorina..., o dame un besito aquí, mmmm..., un poquito más abajo, papacito..., así, mmm, así, resbálate tantito..., qué bien aprendes..., ¡ay!, no tan abajo, que siento escalofríos..., ponme la mano aquí, Macorina...». «¡Grito fuerte y voy peludo!». El grito fuerte y ríspido sale de la sala (semillena o semivacía, según se vea) del teatro portátil, de una vida hecha a la medida de las circunstancias.

Recinto donde el fogueo se da con la vida misma, y el artista aprende en diez rápidas mentadas de madre un albur chapucero: «Sí, señores y señoras, ahora que salga Alicia La Cubanita, última sobreviviente de los andares y venires de la tragedia hecha sin igual. Señor locutor, aquí le dejo mis calzones, que voy a trabajar: Cuuuuubanita soy señores, cuuuuubanita soy formal... la mujer del tabernero, ¡tabernero!, se hizo un traje con Angulo, ¡pelotero! y cada vez que se lo pone se le nota mucho el... Cuuuuubanita soy señores...». Y el casi-ya-merito se transforma en las inmensas ganas de gritarle a las cosas por su nombre.

Muuuuuuy buenas noches, damas y señoritos. Caballos güeros y señoras güenas, éste su teatro favorito, el aposento sagrado del albur y el-me-prestas, donde las palabras son lo que no son, según usted, se complace en presentar a su amable atención: Joven, por favor siéntese, no se vaya a cansar... Esa vaca que rebuzna me conoce...

—A tu herman...

—De a rana...

—En la cama...

—Qué pasó, joven, no me falte al respeto porque le puede faltar otra cosa. ¡Sí, sí, caballero, usted que se siente muy pomadoso nada más dése una resbaladita y ya está,

Pomada de la Campana! Y así, joven, la comunicación se establece en base a la aristocracia del Pirulí, su cómico favorito y el agandallamiento del cábula del público.

Aquí, joven, la carpa se levanta en undosportes y desaparece en un suspiro de pajarito: ¡Soplas, perico! Joven, cuando usted toca la trompeta nadie lo interrumpe.

La gorda infinitamente untosa, rostro masacrado por los kilos de maquillaje, cuerpo encarcelado en el azul chillante del traje de baño adornado por lentejuelas, sale al escenario: el lugar donde el descontón a las ambiciones hace añicos las ilusiones de este péfido destino. Fiiiii fiuuuu, eso y más merezco, mamacita, cuerpo de toronja magullada... Ora sí, Gabriela, Liza Minelli te quedó chiquita. Y Gabriela La bella se voltea inmensamente colmada de alegrías, se desplaza como tromba sobre el entarimado, endeble por años pasados en el traca-traca. Uno-dos-tres-cuatro-cinco, ¡maaambo! La exigencia de la calidad artística se queda en casa, porque aquí uno se viene a divertir, no importa cómo; el espectáculo no es la gorda, es el ambiente verbal, la pirotécnica de la lengua y la mente, la risotada y el pedo tronador: «Ese suspiro necesita un rey». Y los cortinajes de maravillosos colores reconocen el resoplido del noble público que todo lo escupe. «Joven, el sanitario está a mano derecha, atrasito del poste de la luz».

Aquella muchacha que va por la pasarela, ¿quién es? Es mi reina, mi buen. Es la que anida en el corazón de éste su humilde servidor y la gorda es como la Osa Mayor que ilumina la espesura de estas mis noches de octubre.

«Reeespetable público: se les suplica de la manera más atenta, no echar cáscaras de plátano al escenario de azul y plata, que nuestros artistas pueden sufrir un resbalón...». «¡Ya cállate, cabrón!». El rugido de Pérez Prado anima a Gabriela La bella, mientras el diálogo sigue su marcha: «Joven, por favor, si no quiere callarse, por favor véngase y chupe limón...».

Las luces del verbo inventan apantallantes colores que cobijan el alma del arrabal. Foquitos correteadores anuncian la diversión, fotos color tabaco invitan al relajo para familias, gritos destemplados publicitan en la esquina de su casa las urgencias de un espectáculo hecho a la medida del cábula del barrio: donde tú gritas, ella contesta, él agasaja y todos nos embarcamos.

Y El Pirulí es el viejo cómico carpero, el de las caderas bajadas, cintura de molinillo, el que se atreve a ser el centro de las miradas y las lenguas viperinas; baila un cachondo danzón e invita a su patíño, una gorda joven, para hacerla de virgen, con su inmaculada presencia, y donde el doble sentido estriba en la inocencia fingida:

—Pues sí, señorita, yo le pedí un aniceto...

—¿Mande, don Pirulí...?

—¿Qué pasó, señorita? ¿Ya nos llevamos tan pesado?

—¿Qué hice? Sígale por favor, don Pirulí.

—Sígale, sígale, y bien que me sorraja...

—¿El aniceto, don Pirulí?

—Otra vez, señorita...

—Sí, ¿qué pasó con el aniceto, don Pirulí?

—¡Ay!, si no fuera porque eres tan inocente, creería que me estás albureando, niña. Pensaba que me estaba pidiendo el aniceto y me dije: Ésta a la mejor es lesbiana.

Ansiada consumación siempre pospuesta, magia de la represión sexual, secretos dichos a voces destempladas, carcajadas liberadoras, gritos como mentadas de madre, donde el artista debe tener la intuición suficiente para darle a donde al público le duele. Experiencia y capacidad para torear a este público que embiste con ganas, donde el respeto se queda con el precio del boleto. Porque si Carmen Salinas sale de día de campo en el teatro Blanquita y Elisa Berumen en el cabaret hace su número hasta con los ojos cerrados, y Las Kúkaras y demás ni sienten cosquillas ante el público domado de los centros correctos de diversión, es porque no se foguearon en balde en su carpa favorita.

Comicidad hecha con las garras de la vida, comicidad languideciendo ante el apantallante invento electrónico, comicidad que se atreve a decir su nombre, comicidad reflejo de nuestra condición de ser, comicidad a mentadas de madre.

—¿Y tú qué: prestas, soplas o arremedas?

—Arremedo, manito, arremedo.

En la seña obscena el lenguaje adquiere su eficacia, y el movimiento del cuerpo la urgencia padroteril, y la mueca del rostro la configuración de la desgracia. Comicidad corrosiva, agresiva, ofensiva, aguerrida. Donde nuestro cómico favorito es la radiografía de todos los cachivaches que llevamos dentro. O no, mi compadrito: ¿Soy o me parezco?

Alicia La Cubanita mueve sus nalgas como le viene en gana, y uno sabe si son de a de veras o son postizas, y esa boca pintarrajeada exhala los más dignos poemas del arrabal, que hasta en la Facultad de Ciencias Políticas los declaman: Y tú que eres poeta y las compones en el aire, hazme una sin tocarme la bragueta. La confirmación del diálogo no se hace esperar y la voz más varonil del Parnaso contesta: Poeta ni tanto, pero lo que tengo... Las rimas se suceden con la procacidad hecha costumbre: Usted señora del sombrerito a lo Mary Popins, se le suplica lo deje encargado con el que vende los muéganos, porque se le puede caer al oír el florido lenguaje de esta nuestra sincera concurrencia.

¡Y ahora con ustedes, damas y caballeros, el creador de un estilo, el artista de radio, cine y televisión, artista de fama internacional, la séptima maravilla de la Bondojito, con ustedes el imitador inimitable, la tarabilla del disco: el gran José y pistas!

El charro cantor, con tipo a lo Vicente Fernández, se enfrenta al público con su mano puñetera y el gesto a lo Jorge Negrete y la sonrisa simpaticona de Pedrito Infante. Chilla el sonido y las notas del mariachi se dejan llegar; José suelta su indómita voz y aguanta a pie firme la avalancha de voces sordas arremedando los

quiebres y gallos que le brotan al artista del barrio:

—Ten, te presto unos poquitos para que cantes más fuerte.

—Ay sí, tú la traes, loca...

Y la sala grita con regocijante alegría, abraza a su compadrito del alma y le dice: Por ésta, compadrito, que yo lo quiero un resto, y que conste que soy muy macho... El charro cantor canta la que se fue, la que al caer su copa quiso quedarse pero ya estaba escrito que esa noche la perdería para siempre... y el compadre, esa noche, no se le iba a abrir. El charro echaba su mirada cuzca sobre el personal masculino para poder cerrarle a alguien el ojito.

Afuera, en las rendijas, los escuincles del barrio con ojo avizor hurgan las imágenes mágicas, llenas de luz y color, donde el secreto y la prohibición de no entrar alimentan la fantasía y el aferramiento a cometer el pecado del edén: Una limosnita para este pobre huerfanito, una limosnita por el amor de Dios... Y con el chantaje a la caridad cristiana, el niño recolecta la mordida para poder entrar al recinto sagrado, en donde se entra niño y se sale hecho un cabrón, perenne máxima de la anciana de la vecindad.

—Su cartilla joven, o el permiso de sus padres para dejarlo entrar.

—¿Permiso, permiso? Aquí está.

—¿Cuál es ése?

—El que me dio Dios.

Dios el omnipresente, el que todas las puede, el que le dio la bendición a esta carpa el día de su inauguración.

El boletero, el que da telonazo, el que da balcón, el que da entrada como las putas, tiene que enseñar, para vender, cara de cabrón y voz de más cabrón: Qué güey, qué güey, no se pase de vivo que yo sí le doy patrás... Usted siga de cábula y bailamos el oso... El oso, el oso de la vida diaria, el que no se desavalorina, el que no permite que se le levante la mano a la jefecita delante de su presencia, él sí sabe de las rejas, el birote y el rancho, con él no hay pierde, alma protectora del altar dedicado a la mexicana alegría: Pásele, pásele, dos tandas por el precio de una.

Que salga El Pirulí. El artista requerido por el público se hace del rogar, sabe que las mieles del triunfo son mieles que no se deben de desperdiciar, mira con desdén a sus colegas y por fin salta a la luz. Y las miradas muertas de risa lo reciben cascabeleramente.

Sí, ésta es la esquina donde el chiste cabulero y las ganas de joder del albur abren sus puertas y engalanan el barrio, una vez al año, una vez cada que quiere la santa autoridad, que los extinguen arrimándolos al lugar de las tolvaneras. Santa tradición hecha a imagen y semejanza del lugar, del barrio, de la calle, de la vecindad, del cábula, del gandallita que nada tiene y todo lo disfruta, ese cábula que para el hocico y suelta la bien amada leperada, ese cábula que las palabras se las come solas, ese cábula que tiene el ingenio en la punta de la lengua:

—Ora sí, Pirulí, siéntate, porque yo voy a actuar...

El saca-de-quicio de los artistas, el al-tú-por-tú del espectáculo, el que sube sus patotas en el respaldo de las sillas de madera y esta jodiéndole la existencia al de adelante, el consuetudinario, el que ya se sabe la revista de memoria y es el número uno, el *showman*:

—Ora sí, Cubanita, ya perdiste el orgullo y sólo te quedó el perjuicio.

Cábula que todo lo puedes, cábula que engalanas con tu presencia el escenario, porque el escenario lo es toda la carpa, y, joven, ¿es tan amable de bajar sus patas porque le huelen a queso añejo?

—Uuuy, pos si quiere estar oloroso váyase al Fábregas.

Es el espectáculo del verbo y la personalidad, de la idiosincrasia y las ganas inmensas de reírse hasta de la propia tragedia. Aquí usted se persigna antes de entrar y se santigua antes de salir: entra ignorante y sale ilustrado.

Cuatro o cinco carpas de tablas viejas y lonas raídas deambulan todavía por los lugares populosos de ésta su enorme ciudad del desgaste cultural y el apachurramiento de cómo somos.

Pásele dama, pásele caballero, aún las puede ver por todos esos lugares añejos del valle de lágrimas: Santa Julia, Guerrero (ya casi no), Río Blanco, Bondonjito, verdadero centro de lo que no se quiere extinguir, Nueva Atzacualco, Martín Carrera y demás lugares cercanos a la villita de Guadalupe. Pásele, pásele, aquí entra virgen y sale inmaculado, ésta es la carpa favorita donde usted se sienta y ya está embarcado en el barco de su existencia, pásele, pásele, aquí la palabra lo embaraza, pásele, usted forma parte del espectáculo; aquí es el lugar donde el ser chico es una cosa admirable que no se debe prestar... a menos que tenga gustos sofisticados o comparta las teorías evolucionistas... y entonces, ya no hay albur, ni carpa, ni nada de esto, ni nada de nada... san se acabó.

¡Ranas y caballos güeros sean bienvenidos!

LA ANTIGUA San Juan de Letrán, hoy éjele Lázaro Cárdenas, esquina con Mina, tiene un santo y seña; santo por ingenioso, seña por verbal. Lugar donde se democratiza el espectáculo. Recinto luminoso de una cara de la cultura popular. Aquí, Borolas, Julián de Meriche, La Sonora Santanera, Carmen Salinas, Alejandro Luna, Los Imperio, Tere Villa y Vitola le sacan el lustre a la expresión popular. Y digo en tiempo presente, porque lo bien hecho hace tradición, o la prolonga. La arma o desarma, la anda o la desanda, o lo que es lo mismo, máscala camaleón.

Este lugar viste mil llamativos colores, tantos como necesita para su sobrevivencia: teatro de revista, recinto sagrado de la farándula, templo de la carcajada, eco del canto tradicional, columpio de la nostalgia que llegó para quedarse, hogar del *sketch* ligado a su corazón, refugio de la coreografía desparramadora de la sensualidad vitalicia. Y por último, pero muy al último, mitológica referencia de los estudiosísimos de la cultura popular. Tan tan.

¡Ranas y caballos-güeros! Sean ustedes bienvenidos a este su teatro de revista... Entra música brillante. Parte el cortejo de hermosas vedetes: chaquira y plumaje, lentejuela y malla. Telón o luna de cartón. «Farolito que alumbra mi cultura despierta...».

Entonces, mi cuate, te arrellanas en tu asiento y descubres la influencia impecable del teatro Blanquita en el formato del programa de televisión «Siempre en Domingo».

Y es que el teatro Blanquita es el último heredero de esa forma del espectáculo que se destapó en tiempos de la revolución: María Conesa y compañía, pasando por El Panzón Soto, Mimí Derba, y demás rataplanes, para llegar a mediados de este siglo, antes de la era de la televisión y en pleno éxito radiofónico, al fervor del teatro de revista: Politeama, Iris, Follies, Margo, etcétera, y dentro de estos etcéteras van envueltos en celofán, con listones de colores: Agustín Lara, Rosita Fornés, Pérez Prado, Pedro Vargas, Palillo, Manolín y Shilinsky, y ya no le seguimos porque entonces nos va a dar pena: ¡Ay!, aquellos tiempos que ya no volverán.

Verdad, el país despegaba, se industrializaba, el cine mexicano vivía su «época de oro», el llamado renacimiento cultural mexicano se nutría y nutría a la cultura popular Diego Rivera, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Elías Nandino, Carlos Chávez y demás, o la usaban o los usábamos. Escribían *sketchs* para El Panzón Soto o componían música sinfónica. Participaban con alguna escenografía o le ponían diálogos a las películas o escribían algún comercial: «Remoje, exprima y tienda...» son los tres movimientos del quehacer de la cultura popular, y así, cómo, pus así, se nos deja venir la otra mitad de este siglo. Eso que dicen que es la generación que le da esa otra cosa que mencionan para parecer a la moda: la modernidad.

Entre tanto chillido de tanta criatura moderna se inaugura el teatro Blanquita, ya cuando todos los demás teatros de revista van de capa caída, y la avenida San Juan de

Letrán ya no está tan de a tiro, todavía se oye el tacón dorado y llora el guitarrón, pero los desatados años sesenta preludian el *yeah yeah* y la noche de un día difícil. Pero ni así se hizo chiquito el teatro, duro y donde tope, sea inglés o francés, chico o grande José Alfredo sigue siendo el Rey y la Santísima Santanera es la Boa, y a Javier Solís le dicen el Loco, porque el mundo es así... Y el recinto de la carcajada y el meneíto se hacen a la medida del centro histórico: ni más ancho, ni más escalonado, como diría el poeta, justo en el centro.

Un tiempo mexicano va que vuela a Laredo y el otro se queda con Los Hermanos Carrión.

Ese tiempo baila en el California Dancing Club y se jetsetiza en el King Kong. Se sexualiza en el teatro Lírico y se desfoga en la Arena México: aspira a construir el Metro, el Estadio Azteca, la nueva Basílica de Guadalupe, el Museo Rufino Tamayo, y a ejelevializar Niño Perdido. Y la Zona Rosa quiere tener su esquina mágica: Génova y Hamburgo, con paraguas de Cherburgo. Quiero decir que Carlos Monsiváis se afilia al Partido Comunista y el Ratón Macías al PRI.

Así, los que nos movemos entre el libro de texto gratuito y la aspiración de ser psicólogos, comenzamos nuestra cultura del espectáculo con las revistas del Blanquita: Amalia Mendoza La Tariácuri (y no le pidan por favor *Amarga Navidad*, porque me hace llorar), Daniel Santos, El Jefe (vengo a decirle adiós a los muchachos, porque pronto me iré para la guerra...), Borolas (y ya llegué...), Julio Jaramillo (madre, afuera hay un hombre, dice que él es mi papá...), Chabela Vargas (ponme la mano aquí, Macorina), Carmen Salinas (me hablaste, güey...), Palillo (y su *sketch* de los güevos...) y a propósito, también andaban dando brincos Los Kaluriz y Los Imperio, hasta que poco a poco la nostalgia en pleno se apoderó de la marquesina, hasta que la provincia hizo la visita al teatro como una obligación turística.

Y ya Monsiváis metía la mano, y ya El Liri Liri Lon metía la mano. Y ya a Julio Castillo le daba por homenajear a José Alfredo, el del caballo del hocico sangrando, con un caballo blanco en vivo y a todo galope en pleno escenario, y Juan Ibáñez se inventaba una revista llamada Danzón y luego otra con Ofelia Medina como estrella principal llamada Mambo, puras hartas ganas de la chinita Margo Su por revitalizar el teatro de revista y ya luego como todo: nace, crece, se desarrolla, madura y va para abajo.

Y ahora, otro tiempo, pura pusmodernidad, y el teatro Blanquita, como hijo de la mala vida, terco como una mula, dale y dale al ingenio y al sentimiento popular, a la educación sentimental y al ¿qué me miras?, ¿soy o me parezco?

Personajes de la ciudad

Muerte anónima: El Rasguños

ÉL CRECIÓ EN la calle. A veces, a la calle se le ve clandestina. Él, catorce años de edad, murió dentro de la legalidad, pero para otros fue una muerte clandestina. Y no es que fuera un guerrillero, alguien que participa activamente para derrocar un gobierno. Tampoco fue un politizado o un estudiante pintabardas de consignas subversivas. Era un chavo más que vagaba por las calles atiborradas por casi veinte millones de seres humanos.

Lo mató un policía. Tenía catorce años y corría como el diablo. Pícaro, alburero, vivo, malicioso, vivido, diestro y conocedor de la vida en la calle.

De siempre la vivió, la calle, es decir: la herida abierta en el cielo. Su padre, acá, dedos ágiles y sensibles, cero taquicardia, y una suerte de las negras. Sería tedioso contar la infinidad de carteras que hurtó. Las rutas de camiones las conocía en el tráfigo del robo. Como decía el niño, su padre siempre gustó de ganar limpio: ni un susto, ni un grito. Dedos de seda como garfios. Al niño, eso, el carterazo fino, le llenaba de admiración. Su padre, güevón, pero chinguetas, le dio una imagen de la vida. Como dice el poeta: ni más ancha ni más escalona... En la calle, a lo lejos, veía venir a su padre, con el caminadito balanceado, el trote ligero del conejo y el salto veloz del ratón, y la vista como se dice: Un ojo al gato y otro al garabato. El niño lo miraba venir mientras jugaba canicas, y como bien dicen: Un ojo al gato y otro al garabato. Al otro chavo le tocaba tirar. Primero oyó el enfrenón, luego el portazo. Cogió sus canicas, murmuró: Ya no juego. El padre. Lo vio en sus ojos. Sintió el miedo, sus rodillas empezaron a temblar y a agarrar velocidad. Vio al señor de traje sacar de su cintura la pistola, ver como el saco se jaloneaba al ritmo de los brazos, los zapatos lustrosos sonaban duro en el pavimento. Y ahí, cuando su padre iba a mitad de la calle, la voz del policía: Párate cabrón. Su padre, el cabrón, siguió en chinga, ni vio al niño a su paso. Él vio al policía disparar su pistola, luego cómo el eco iba repitiendo de patio en patio el disparo. El policía se esforzaba por correr rápido. Él, el niño, sabía que a su padre no lo alcanzarían.

La policía estuvo horas y horas dando vueltas por esas calles. Llegaron más policías, más pistolas, más sirenas, más radiotransmisores, más y más y nada.

El niño, de eso se acordó años después, y no una vez, sino muchas. Un día, cuando ya tenía más edad, estaba jugando en el jardín de la Delegación de Policía, pero no por la parte donde entra toda la gente, sino por la vuelta por donde se oían gritos y no dejaban entrar a nadie. Sólo entraban los agentes de la policía y los hombres pálidos. A él le gustaba jugar ahí porque se podía ganar unas monedas. Nunca faltaba un agente que quisiera una cajetilla de cigarros, unos refrescos o una torta; él iba y los compraba, cuando regresaba le daban unos billetes. Esa tarde, cuando se acordó de nuevo, había comprado unas cajetillas de cigarros, iba para la puerta cuando llegó un carro de policías, bajaron sudorosos, rápido abrieron la

portezuela y bajaron dos hombres pálidos; uno, el más joven, quién sabe cómo se le escapó a un policía, se echó a correr, los policías le gritaron: Párate, cabrón. El joven siguió corriendo, pero se resbaló y se cayó de la banqueta. Cuando los agentes de la policía lo alcanzaron, le comenzaron a dar de patadas en todo el cuerpo; al policía que se le había escapado llegó y con la pistola le pegó en la cabeza, le salió sangre, lo agarró de los cabellos y lo levantaron; cuando lo iban levantando, el muchacho estaba más pálido y toda su cara llena de sangre, no podía caminar, pero le seguían pegando. El niño lo vio todo, pasaron junto a él, sin darse cuenta de su miedo, se comenzó a mojar en los calzones. Dejó los cigarros con el portero y ni siquiera esperó la propina.

En los otros días pensó que ya se le había olvidado eso. Cada día se hizo más vivo. Cuando los otros niños iban, él ya venía. Causaba admiración entre los adultos, decían: Es muy despierto. Y al niño eso le gustaba, hasta quería hablar como los adultos.

Una vez aprendió a robar, pero... ¡bien!, los coches. Era cuando se juntaba con puras lacras. Aprendió a distinguir entre un coche de a de veras y una nata. Cómo, cuándo, en dónde, con quién y qué. Como era muy chiquito todavía, no había mucha bronca, manos delgadas y débiles eran más dúctiles para manejar la chorla hecha con seguetas rotas, puntiagudas y rectas para buscar los huecos a puro pulso. Oculto a plena luz solar. Esta nave trae material tecnológico. Esta otra es pura fantasía. ¡Diez segundos y listo! La puerta solita, sin forzamientos, como si la chorla fuera efectivamente la llave de ahí. Él aprendió a no tener pulsaciones aceleradas, a vivir al margen, como si nada, o mejor dicho, nació al margen, en la penumbra, el lado moridor de la vida. Un padre acá, picudo con las carteras y una madre que quién sabe dónde anda, y unos medios hermanos vivos y moridores como el que más. Tal vez por eso, el miedo incontenible, el pavor, nunca le llegaba; su miedo era un miedo que sabía, poco a poco, tenerlo medido, por eso su mano izquierda era suavecita, ni un rayón en las cerraduras dejaba. Para qué romper vidrios o forzar aletas, o meter alambres estando las cerraduras tan parejas. Todo lo que necesitaba era un buen pulso para encontrar los huecos de las combinaciones. Y adentro del coche, menos miedo, ya le entraba una especie de triunfalidad santa, como si hubiera entrado al país de las maravillas: suéteres, chamarras, cigarros, herramientas, plumas, portafolios, lentes, cassettes y estéreos. En los estéreos era un reto el llevárselos. A ojo de buen cubero saber cómo estaba empotrado, por dónde los habían metido, ¿soldado o atornillado?, ¿cinco minutos o diez? Veía la calle, pero más para avisar a su intuición que para saber realmente si venía el cliente. Si había ropa, buscar por ejemplo un suéter, anudarlo del cuello y ahí como bolsa echar todas las cosas del coche, sacar desarmador de punta y hacer agujero en el frente, cerca del radio o del estéreo, picar para saber qué tan duro es el plástico o la fibra de vidrio. Y él, bien oculto, hecho bolita, cerrado el coche, apoyado de espaldas contra el piso. Bueno El Rasguños para esto, no era cosa de práctica, era puro talento. Talento que Dios le dio. Uno de sus medios hermanos era bueno para el fútbol, le pagaban equipos llaneros para que

jugara con ellos. Otra hermana o media hermana... quiero decir que eran hermanos de todos modos, ellos lo veían así, puesto que cuando lo mataron lo lloraron con ganas, no como algo lejos o de mitad, sino como parte de su vida íntima; podían pelearse, mentarse la madre, correrse de la casa, no hablarse en la calle, pero cuando tenían una bronca todos sabían que podían contar con todos los hermanos para armarla de pedo. La hermana tenía talento de lideresa, era la líder de un grupo de comerciantes ambulantes. Tenía mucho don de palabra. Por eso, El Rasguños sentía que era natural que él tuviera talento para robar en el interior de los autos, vamos, así de chiquito era un zorrero chingón. Nunca de los nuncas, y ahí están de testigos los del oficio, lo agarraron forzado los agentes de la policía, por eso da coraje que todo haya sido tan a lo pendejo. Sabía, para la bronca, deshacerse del bulto, ganar limpio, no por nada se juntó con dos tres zorreros colmilludos: Si te cincha la policía tira el bulto, todo, que se rompa, que se pierda, que no tengas nada de lo robado en las manos, nada nadita. Chorlas, herramienta, todo por un tubo, que todo tu cuerpecito esté limpio, tú estudias, tú te mantienes, tú vas a la escuela, tú no tienes padre y eres honrado, tú, muy pobre pero trabajador, vendes paletas en los estadios de fútbol, lavas coches en los estacionamientos públicos, tú quieres ser un hombre de provecho, tú eres huérfano pero hombrecito, tú no le tienes miedo al trabajo, jefe, jefecito. Una oportunidad. No te acalambres, ellos son iguales, vienen de donde venimos, siempre habrá arreglo, pero si les puedes ganar gánales: ¡Detente! Si ya les ganaste no te detengas, no te pueden matar, son disparos al aire, o muy ojete, a las patas, corre, corre, trepa, salta como ratón, como conejo escabúllete, éstos no saben, sólo que abusado al encontrón, porque te la van a cobrar doble: Pues ni modo jefecito, usted hubiera hecho lo mismo, le gané bien, limpio, ahora me tocó perder, va, cuánto, déme chance de trabajar un rato, unos días y hay para los dos, o para los tres, ¿verdad, pareja? Pareja de la vida. Por eso el niño iba bien, cero vicios.

¿Mota?, para nada. ¿Inhalantes?, guácala. ¿Alcohol?, pasaba. Quería sentir el miedo de la calle vivo. Por eso se le veía a las tres cuatro de la mañana, en las esquinas o en las azoteas. Viendo viendo a la nada. Vestido con su camisetita de manga corta y su pantalón de tela sintética, calzar unos tenis ligeritos como el frío de las mañanas, veía pasar los autos con sus faros encendidos rasgando la oscuridad clara del amanecer y veía el cielo plumizo sin estrellas, sin luna, sin nubes, una masa de humos pesados aplastando su cabeza, lo veían los cuates: Qué pasó, Rasguñitos, ya vete a dormir. Pero el Rasguñitos siempre decía que no tenía sueño. Y todo el mundo le creía, nunca lo vieron dormir en las calles o en las azoteas, ni echarse en los quicios de los edificios envuelto en papel periódico. Firme. Duro. Pétreo. Pero, suave, tierno, débil. No le gustaba ni la compañía de los perros, le gustaba apedrearlos, romper algún vidrio de un edificio nuevo, rayar con cortauñas un carro último modelo, de los nuevecitos, eso sí que le daba placer, su rencor se hundía en la pintura hasta dejar como heridas en las portezuelas. Así, entonces la ciudad sí le gustaba, fría, quieta, moribunda, sin policías, sin gente. Caminaba y veía los muertos y los

enfermos, los heridos y los borrachos, los policías y los rateros, era como estar en las rutas secretas de los días de la vida. Un día vio a unos policías arrastrar pedazos de cuerpo a las coladeras. Otra noche, un perro comía carne podrida en un basurero; llegó un señor y lo partió en pedazos a pura punta de machetazos. Otra vez, un mariachi estaba muerto a la mitad de la calle, y los autos veloces brincoteaban encima de él, los contó, fueron treinta y un autos, antes de que llegara una patrulla y lo descubriera. Él estaba sentado en el borde de la banqueta para ver cómo se hacía lento el tráfico, la gente miraba y se iba, llegó una ambulancia y se llevó el cuerpo, la patrulla apagó su torre y se largó, el niño fue despacito donde estaba el mariachi, cruzó las manchas de sangre y fue hasta la otra banqueta, en la orilla tomó una cartera, le sacó lo que tenía y lanzó la cartera a una azotea. Comió tortas gigantes y un refresco. Una patrulla detiene a un taxista. El Rasguños hizo como que no veía, se arrancó con parsimonia una costra de su rostro, se había arrancado tantas costras que su cara estaba llena de rasguños, la noche lo hacía sentirse bien, como gato, pegado a la pared. Sintió ante todo el rumor de la violencia, las torretas rojas y azules, las sirenas hiriendo el silencio, sintió su cuerpo tensarse, vio a los hombres de traje con pistola romper los huecos de la oscuridad, detenían a la gente, la golpeaban y la subían a los autos y a las camionetas; El Rasguños se dijo para sus adentros: Otra razzia.

Los radios hablaban. Un policía va por El Rasguños. El Rasguños lo ve, ve la pistola, ve su gordura, ve su sudor, mide el espacio, ve la oscuridad, sabe lo que le puede pasar. Párate, cabrón escuincle. El Rasguños ya se la sabe, le echa güevos, casi llega a la esquina, oye unos balazos, está seguro de que son al aire. El policía le apunta, dispara en ráfaga, El Rasguños sabe que ya le ganó al policía, corre corre corre corre, ya nadie lo detiene, no siente dolor, sólo algo calientito en su espalda. El policía dice que no se quiso detener. Nadie reclama. Dejan el cuerpecito cerca del lote baldío. Nadie dice nada, es secreto, la calle estaba sola, sus hermanos lloran, pero saben, pero nadie sabe, la muerte es oscura.

Ni los periódicos, ni la televisión, ni la radio, ni la gente, ni la policía supo nada, ni siquiera tenía acta de nacimiento El Rasguños, era como un ser clandestino en la vida.

De las de huitlacoche es el amor

DESDE ANTES de los recuerdos ella ya estaba allí; es un constante permanecer diferente, memoria escrita en la palabra oral, es a la vez santo y seña, y doctora corazón de la cuadra, de mi calle, la Salvador Novo, perenne e inmaculada.

Dicen, no me consta pero lo puedo afirmar, que llegó a la colonia junto con la revolución; que desde los años veinte cohabita con la masa y la manteca; vino del estado menos benigno del país, Tlaxcala; de allá la trajeron las fuerzas carrancistas, entre la fuerza y voy-porque-me-llevan. ¿O no es así, doña Xóchitl?

Xóchitl se llama y se apellida Guerrero. Ella, más que indígena, parece cartomanciana, con sus largas y pesadas enaguas; con sus ojos grandes y oscuros (ojos tapatíos) escudriña al cliente, sus diestras manos preparan la masa para los sopos, espolvorean el queso; con su voz de guacamaya revolotea en la noche decembrina, y el paciente oído al acecho del chisme; libre acceso a la intimidad de la barriada, ella es el libro abierto que nunca se ha escrito. ¿Y quién se atreve a negar que al influjo de un rico sope, en la serena noche, oyó un sabroso chisme, en labios de la señora que vende sopos y quesadillas? ¿Cuántos deslices y cuántas cornamentas célebres habrán llegado a la popularidad por boca de la señora que vende garnachas?

La chismosa que me tocó a mí se llama Xóchitl Guerrero; ochenta y dos años de andar sobre la faz de la tierra, dentadura perfecta y surcos de tierra labran su rostro (su padre, campesino de nacimiento, zapatista de corazón y acción, murió a la edad de ciento cinco años); vive en unión libre con su tercer hombre.

El primero fue teniente constitucionalista, cuando Carranza se iba para Veracruz; ella prefirió esconderse, a seguir lavando ropa y hacer tortillas entre muertos y balas. El segundo (el de a de veras) y por derecho propio, el único que anidó en su corazón, fue zapatero de la United y la llevó a vivir al barrio, le enseñó la verdad del pulque y el modo de sobrevivir en una ciudad que se conformaba por medio de la transa y el cuento: «Ay amor no me llores/no me llores más...». El tercero, y ella lo asegura, es el del estribo, albañil cuando hay obra y cuando no, su hombre, el de las noches sin vela.

Y aunque usted no lo crea y Ripley se haya muerto, nada más tiene dos hijos, grandes, casados: uno vive en Estados Unidos, en Chicago, y la otra vive en el Oro, Estado de México; no pide ni da cuartel.

Ella sale a vender a eso de las siete y media de la noche, después de que terminó el rosario en la parroquia; es la crónica viva de lugar urbano, con ella no hay inhibiciones, todo cabe en el jarrito de sus recuerdos, sabiéndolos acomodar, antiguo buzón sentimental de entrega inmediata. Virgen del Buen Consejo y de la Adivinanza Popular, con ella no hay pierde, es todo oídos, argolla de los desamparados, emergente de San Antonio de Padua, ella da y recibe; doña Xóchitl, como su nombre lo refiere, es flor que abre sus pétalos.

La calle, que, como diría Borges, enemigo del fútbol, «es una herida en el cielo», y el cubo del zaguán de la vecindad, son el confesionario de esta ilustre reverenda: *Tell me more, tell me more, tell me more...* El sueño, para ella, empieza como una leyenda que teje y desteje, cada noche, cual Penélope de la Revolución Mexicana, vértice de un danzón bailado en un ladrillo: «Doña Xóchitl, buenas noches...». «Me da cinco sopes y tres quesadillas de huitlacoche... Pero le quería decir... este... bueno... es...». «Bu-e-n-pus a'i le va, total, es cierto que mi esposo... ¿Quesque es cierto que mi esposo anda con otra?». «Vamos hija, vamos, dime más, dime más, dime más...». «Doña Xóchitl, que mi esposo anda con otra bububu y que le compró una lavadora último modelo, snif snif snif...». «Sí hija, anda con otra, pero todavía no le ha comprado una lavadora, ni tan siquiera usada...».

Fiel a sus consejos y perfectas enseñanzas, se atreve con la palabra, y nadie mejor que ella para eso del chisme caliente; es gente indispensable en fiesta, pachanga o reunión social en la vecindad. Perfecta Bernal Díaz del Castillo de la Calle: «Y enton's, como a eso de las once de la noche que sale don Emiliano, fúrico, echando pestes, yo me dije: ¡ay!, diosito santo, ora sí la mata, qué va'ser de doña Eufemia, embarazada de otro y sin familia en la ciudá, pero toda ensangrentada y más patadas le daba don Emiliano, así de viejo como lo ven, se ayudaba requetebién con su bastón (paqueaprendasaportartebién, mala mujer). Y doña Eufemia estuvo en el patio de la vecindad llore y llore como hasta las cinco de la madrugada, en que llegó Genovevo y se la llevó para su vivienda; yo creo que el chilpayate ha de ser de él porque Eufemita no ha vuelto con don Emiliano, y Geno está pagando lo del doctor y le van a apellidar Guajardo. Anoche dio su primer berrido, yo digo que es escuincle porque se oyó el chillido como de hombre... ¿don Emiliano?, ah caray, tiene como ocho días que no sale ni a tomar el sol, ni l'agua de la pileta, yo digo que se va a dar mastuerzo él solito. Yo por si las dudas le arrimo, todas las noches, un plato de sopes y un jarrito de atole, y cuando me voy a acostar le rezo tres aves marías...».

Samaritana a más no poder, pura buena voluntad, tiene un perro negro que le cuida en las noches, ladra quedito y donde muerde arranca el pedazo. Sin ella no se explica el zaguán de la vecindad, sin ella los vecinos se sienten vacíos, la odian y la aman, es un amor malsano, repugna y atrae, construye y destruye. Para ella, su máximo artista es Agustín Lara, y Farolito que alumbras, su canción-tema, y el café con piquete su especialidad. Es demócrata, no hace distinciones de clase, para ella todos son sus clientes, todos coludos o todos rabones, sostiene ideas exóticas y es la réferi perfecta: «Yo no me meto ni para bien ni para mal, yo nomás digo...».

Conciencia política de la vecindad: «El kilo de masa, pus que otra vez va a subir, y que el jitomate, pus igual, y que los huevos... y ¿usté cómo ve, que no la suban más o que no la dejen ir...?».

Buen ejemplo del folclor del campo hecho necesidad urbana. Y si encontrases en tu camino una razón para quererme o para olvidarme, pide cariño, pide ternura... Y ella, como una elegante figura de cemento, sigue erguida en la fría noche, avivando el

fuego del carbón y haciendo que el comal murmure sus vivencias hechas razón. Ora sí, doña Xóchitl, ya se la llevó la que la trajo, es usted todo un personaje de esta ciudad, ya valió, ahora es un personaje más de la galería de esta monstruópolis.

Las hileras de quesadillas chorreantes de aceite brillante se van acumulando en la orilla del comal, la mano diestra y morena, callosa y tozuda, va de aquí para allá, en una continua comunión. Ella no se deja engatuzar, esgrime la mano y recibe las monedas, enciclopedia del antojito mexicano y a que le tires mexicano: «A comerme tres de sesos, una de flor de calabaza, una de papa, ese pambazo con chorizo y un refresco familiar».

Aquí, en este puesto, que con su foco chinguiñoso se asoma tímidamente a la calle, surge el amor furtivo, y los rozones de los cuerpos son el preludio de la cita romántica que ha de llegar acompañada con aquella canción: «A que no le cuentas, a que no le dices, que tienes una amante». Y si usted no quiere creer lo que dice Ednita Nazario, entonces pregúnteselo a doña Xóchitl, que para eso está: afirmar, reafirmar, confirmar y desafirmar el rumor, vulgo: chisme. Si usted no se atreve a convivir por medio de un sope o de una quesadilla, no sabe la realidad de su calle.

Ella, doña Xóchitl, es fascinante, con sus arracadas y sus velos, sus idas a misa y sus regaños, sus gritos de guacamaya vieja regañando a los niños en el patio y su soledad a pesar de su hombre, y su saber empírico, y su existencia hecha de palabras, y su orgullo de hacer los mejores sopos y quesadillas del rumbo, y la gente que viene en coche de lugares distantes para comprar sus garnachas, como muy elegantemente dicen.

Por todo esto, por los recuerdos infantiles, y porque estoy seguro de que cada uno de los habitantes de este urbano lugar guarda en los recuerdos de su infancia la imagen mágica de aquella señora que vendía sopos, y que se llama Xóchitl para mí, para otros Crucita, para usted tal vez Mariquita, o Cholita, o qué sé yo, porque está alrededor nuestro y vive porque a fuerzas se hace sentir (porque ya está muy vieja), y a veces sale a vender y otras no, y la calle vacía lo resiente y el zaguán a oscuras espera que alguien se compadezca de él y lo alumbre, y porque a ella, si llega a leer este texto, le daría mucho gusto existir por medio de la palabra —esa palabra que tanto estima, ese verbo que como ella dice: «Mira hijo, con el verbo lo consigues todo...»— es por eso que escribo su imagen flotante, su imagen que con su aventador sopla al bracero y da fuego a la calle del barrio. Y porque es un personaje vivo a pesar de que se muera, porque rencarnará en otra calle, en otro barrio, en otra vecindad, en otro zaguán, con otro nombre, con otro cuerpo, con otro rostro, con otra edad, pero con la misma validez de ser, de estar ahí, en el lugar urbano para ejercer su crónica diaria, su derecho a usar la palabra para hacer del chisme el arte diario, recortar a la gente para su bien y bienestar, a pesar de los pesares, y de los sinpesares, o como diría la canción: «Es la ley de la vida...».

El paseo de La Trucha Vagabunda por la Alameda Central

Los galanes de la ciudad van a divertirse todos los días sobre las cuatro de la tarde, unos a caballo y otros en coche, a un paseo delicioso que llaman la Alameda, donde hay muchas calles de árboles que no penetran los rayos del sol...

Tomás Gage. Fraile inglés, año 1625

De cómo La Trucha Vagabunda, en sus días de flojera, penetró en las entrañas de la ciudad y fue devorado por el Leviatán.

EL DOMINGO ES el día de la cachondez. Y la Alameda Central se presta abierta y bulliciosa. En bolita van cayendo al atardecer las parejitas furtivas. Las bancas frías y alcahuetas no hacen otra cosa que esperar. La Chela, la Concha, la Pelancha, la Mari y la Lupita, con sus enaguas hechas faldas a la Christian Dior y con el colorido que no es propio para refrendar el orgullo nacional saben que los ojos de luz propia del Pancho, el Güicho, el Beto, el Lupillo y el Chinto ya las divisaron en la horizontalidad de la tarde.

La Alameda Central tiñe sus hojas con el brillo del sol poniente, y las estatuas desnudas de pudor enseñan las partes nobles, para indiferencia del transeúnte.

Un tiburón ronda la tarde y una sirena quiere que la atrapen. Las veredas de la Alameda se tienden como puentes para penetrar en la espesura de la gente. La Trucha Vagabunda gira alrededor de la Alameda: Avenida Juárez, Doctor Mora, Avenida Hidalgo, Ángela Peralta y enfrentito, caballeros, el Palacio de las Bellas Artes, pero, a la Trucha Vagabunda ni el mármol de su construcción llama su atención. La Trucha es ducha para otras sensaciones, por ejemplo, ligar de volón pin pon, al quite o al desquite, su chiste es ése, pues, para él, la Alameda es el recinto donde resguarda su soledad. Y no es que no haya otros lugares más a modo para olvidar sus nostalgias, para cabulear ayeres terrenales, pero éste le late en su existencia o, mejor dicho, con este jardín se dio el primer encontrón en esta ciudad y, ni pedo, el primero es lo primero.

Allá, la Chela con el Pancho, la Concha con el Güicho, la Pelancha con el Beto, la Mari con el Lupillo, y la Lupita con el Chinto, compañeros del mismo jardín dominical.

Moscas sobre el lupanar, amapolas para el vicio, hiedras en la noche, lagartijas de la ciudad. Infinitas sensaciones en este cuadrante urbano con sus fuentes y sus estatuas con figuras mitológicas de la bella Hélade, como corresponde a toda época influida por el afrancesamiento: dime qué formas vegetales tienes y te diré si fuiste erigida en las fiestas del centenario de nuestra Independencia.

El mesié Porfirio Díaz es otro de los tipos de nuestra historia que le dio rostro a nuestra ciudad del artificio y el oropel, del *art nouveau* y el barroco, del clásico y el *art déco*, del tezontle y las estructuras de vidrio y acero, pero eso al mesié Trucha Vagabunda le tiene sin cuidado, eso de que Carlota le dio belleza al lugar y de que antes aquí estaba bardeado y se prepararon mesas para dar de comer a la gente en épocas de don Francisco I. Madero es cosa que a La Trucha Vagabunda no le pasa por la cabeza y mucho menos le preocupa, él, mesié, nada más sabe que la vida se da cada día y si no la pesca (la existencia) ya valió un punto menos con la Chela, la Pelancha, el Lupillo, o con quien conviva en ese preciso momento.

Pues para eso está la Alameda, ¡cómo que pa qué!, pues para eso... Cinco, seis, o siete mil personas yendo de aquí para allá y luego de allá para cá y va de nuez, verdad Inés, y eso que no es la de Nepantla, sino la de Papantla, en el meritito Veracrú. Y ya lo dijo el músico poeta, y si no lo dijo lo dio a entender y en los cabarets por sabido no se dice, es: sólo Veracrú es bello y más con mujeres como Inés...

La Trucha Vagabunda ya la vio en el sopor de su histeria y es que así como lo ve girito, revoloteando de aquí para allá y toda esa faramalla, trae la cosa esa que antes de venir de su pueblo no traía; es cuando le entran las ansiedades domingueras y decide pronto jalar para la Alameda, ahí están todos para lo que gusten mandar, no llega desde la mañanita porque es pescadero, es decir vende mojarritas, sierras, cazón, robalo, bolsas de camarón o frascos con ostiones en una pescadería que naturalmente no es suya, él es el encargado; y no llega después de la hora de la comida pues porque el olor que se bota cuando sale del trabajo lo hace irse a los baños públicos para enjabonarse y dejar resbalar con el agua los humores de la fauna del mar. Así es que aquí en la Alameda puro Varón Dandy, lociones a mí. Verlo llegar al parque central (¡hey mamey!) es verlo emerger de las entrañas de la tierra después de un viaje *jules et jim* en metro, desde el centro mismo de la pobreza: ¿Ciudad Nezahualcóyotl, La Villa, Iztapalapa o La Merced? Mejor dicho, cualquier colonia que albergue a los que llegaron del campo en recientes años de desarrollo urbano.

La Trucha Vagabunda sube el contenido de su humanidad sobre el borde de la fuente central, y como buen descendiente de Rodrigo de Triana busca tierra a la vista. A su memoria llegan los recuerdos de cuando el virrey, el segundo de la Nueva España, don Luis de Velasco, mandó construir una alameda que tuviera puros álamos, el 14 de enero de 1592, alrededor de las dos y media de la tarde. Trucha Vagabunda, de mente avispa, olvidó rápidamente el dato histórico y lo cambió por el dato emocional. A lo largo descubrió el kiosco de la Alameda y los saltimbanquis lo hicieron sonreír: Camacho entre los machos, de Altamira Tamaulipas traigo esta vieja canción, pa las mujeres bonitas que son de mi adoración. En el caminar sobre el gris mar, mientras esquivaba las tentaciones que vaporosas y multicolores se ofrecían, pensó o más bien recordó cuando asomó por primera vez las puntas de sus zapatos brillosos como su rostro en la vereda que tiene su punta en la esquina de Doctor Mora y Avenida Juárez, de ésta su dominguera Alameda.

Y no porque lo vean vestido de tiburón vayan a creer que es camaleón. A La Trucha Vagabunda esa primera vez en que conoció la Alameda Central le pareció como muchas veces más grande que el jardín de su pueblo, y tuvo miedo porque pensó que el bosque de fresnos y sauces se abría lleno de aterradoras sorpresas, como sucede en los cuentos europeos; el pie derecho le tembló y el izquierdo no le quiso obedecer, pero cuando la Mari, la Pelancha y la Lupita se adivinaron con sus vestidos de color grosella, verde y piña, como los preparados que le echan a los raspados, se dijo: por la lejana montaña va cabalgando una jineta, viaja solita y su alma, entonces lo rebasaron el Beto, el Lupillo y el Chinto, entonces la Alameda se le convirtió en una feria de colores y sonidos, los olores no los podía distinguir bien a bien, eran más que su pobre nariz acostumbrada al aire húmedo de Veracrú, y ya no se inquietó, supo en ese ratito que su primer paseo dominical por la gran ciudad era el cotorreo que todos jugamos.

Allí, entonces, entre veredas, aprendió el cachondeo al caminar, la camisa doblada a tres cuartos de los brazos, cinturas dejando caer el estómago para levantar la nalga y la sonrisa estilo mazorca de un buen tiempo en el granero y los ojos como dos capulines japoneses, raya en el pelo a la Benito Juárez, casquete desvanecido el corte y vaselina sólida para que se aplaque el agresivo cabello, metió sus manos en los bolsillos y se cachondeó al andar. En este momento en que arriba al kiosco central, no se percató que éste fue cambiado por uno de estilo morisco y que en cuanto al cercado que hace siglos resguardó a estos jardines nadie piensa que existió; tampoco supo que había puertas para entrar, cuatro, para precisar los recuerdos que anidan genéticamente en el bueno de La Trucha Vagabunda, que vuelve a atrapar imágenes que le maravillaron cuando alguna vez quiso domingear entre semana y la nostalgia llenó su alma infantil. Esa vez entró por la puerta grande, por donde llegan los reyes y los marqueses, arrojado del zócalo, partiendo del semáforo que está en la esquina del eje Lázaro Cárdenas y la calle de Madero, al pie del edificio de la torre latinoamericana, cruzó con el inconmensurable anonimato de que es capaz de dar esta ciudad. Decenas de gentes lo envolvieron hasta dejarlo en la esquina de la Alameda y ahí el mundo se abrió fantasioso y rubicundo, con chillidos y silbatos, con algodones de color rosa oaxaqueño y *hot cakes* de cajeta, sintió cosquillitas en el estómago y sus manos se ocultaron en las bolsas de su pantalón. Todos los papás y todos los niños iban en montoncitos, cautivados por el fragor de los días navideños, pagó un *hot cake* con su prieta mano, lleno de asombro y soledad urbana, mordió con todo el ánimo refundido en las puntas de sus calcetines, apretujó su cuerpo contra todas las partes de su cuerpo y dispuso la caminata para ir descubriendo una Alameda Central repleta de reyes magos, santa closes, venados, camellos, elefantes y caballos de cartón, con una marabunta de vendedores ambulantes que habían tomado por asalto la vía pública; él siguió por esa vía pública sin dar tregua a su nostalgia, en cada rostro de padre feliz viendo el rostro de su padre moribundo, dibujado a base de surcos de tierra reseca y agónica; masticó más fuertemente el kekis y se encontró de lleno con la gigantesca

figura de Benito Juárez, con los leones a sus lados y la gente descansando entre las columnas de su monumento. El Hemiciclo en ese momento era como una pesada base de mármol que hubieran bajado los santos Reyes Magos desde el cielo y se quisiera hundir en el fangoso suelo de esta ciudad. Hundió su alma en la noche cuando a sus oídos vinieron las voces de los anunciadores con altavoces alertando a los niños malcriados con la mujer lagarto, que fuera convertida en ese horripilante animal a causa de una maldición de su madre:

—Díganos por qué está así.

—Por una maldición de mi madre.

—Cómo, ¿una maldición de su madre?

—Por levantarle la mano.

—¿Se portó mal?

—Sí, y Dios me castigó.

—¿Y está arrepentida?

—Sí, mucho.

La Trucha Vagabunda admiró el viejo camión disfrazado de teatro portátil y pintado con los dibujos y la pintura más desgastada que jamás hubiera visto en Veracruz querido. Las masas compactas de cuerpos humanos lo rebotaban en la fantasmagoría de esa noche que descubrió una Alameda rica y brillante, pintarrajeada y alegre, místicamente carnalesca. Entonces tomó la decisión de penetrar en la densidad del corazón de la Alameda, agarró la diagonal que conducía a la fuente de Neptuno; eso ahora lo sabe porque mil veces ha caminado cachondeándose por ella, pero esa noche la incógnita de la ignorancia lo arrimó a las entrañas de los iniciados en los paseos de la Alameda Central.

Con sus palmeras borrachas de sol seguramente Veracruz es bello. Pero La Trucha Vagabunda en el instante conjugatorio de la atracción sexual descubrió que la Inés también de Veracruz está a través de las calles; la luna de cal alumbró el círculo exacto de la de Papantla vecindada en la colonia Del Valle, en la calle mágica: Gabriel Mancera y Félix Cuevas. Pero ella, la de los muslos con olor a musgo cuando se instala en el verdor de la Alameda no quiere saber más que del ligue dominguero o de la caminata pizpireta del jueves en la noche.

Por supuesto, esto no lo sabía La Trucha Vagabunda que apenas comenzaba a ponerse trucha. Manióbró sus emociones cuando sintió la mirada reglamentaria de la buena de Inés, se dijo que después de todo esta ciudad se abría en su Alameda. La Trucha Vagabunda salió de sus recuerdos y deslizó su pie izquierdo con la mano derecha oculta en la bolsa de su pantalón, miró a la banda, los que se agrupan en la bolita delante de la fuente principal tibiritando de frente al kiosco donde Los Gatos Negros sueltan la música tropiloca para beneplácito de la banda de La Trucha Vagabunda donde la Pelancha, la Mari, la Concha, la Chela y la Lupita revolotean de mano en mano chancleteando.

La Trucha Vagabunda flashbackeó justo en el cuerpo de la buena de Inés (¡qué

comes que así te ves!). La Trucha se puso trucha, divisó en las alturas el reloj electrónico de la Torre Latinoamericana y se dijo, de tal manera que eran puros ánimos: las siete van a dar. Inés, como que presintió que la escapada desde la casa de sus amos, en la Del Valle había valido la pena, el ese chavo con cara de jarocho todavía no se veía maleado y una bailadita estaría que ni mandada hacer para esta noche jupiteriana, bien había elegido, en lugar de ir al salón de baile de la colonia venir a la Alameda Central: pasear por sus veredas, torear a los galanes, bordear las nueve fuentes y de repente pararse en el cruce de las veredas para ver hacia donde van los cantantes.

La Trucha no sabía esto de la vieja Inés, como no sabía que allá enfrente, en el Hotel Del Prado, Diego Rivera, un pintor, había creado un mural con alameda, como pretexto para hablar de las condiciones sociales de la época de la revolución, y no tenía por qué saberlo, si ese hotel era como si no existiera para él, era un mundo aparte que ni siquiera se tomó la molestia de registrarlo en su mente; él no sabía, pero había sido educado, formado, condicionado de tal manera que daba por hecho que la ciudad de México estaba construida sobre diferentes dimensiones, y la que él usaba en la Alameda Central y la que tenía el Hotel Del Prado no estaban en la misma frecuencia. A la Inés misma nunca se le ocurrió saltar el arroyo para llegar a la acera de la Avenida Juárez y entrar al Museo de las Artesanías y Artes Populares, siempre pensó que era una tienda para turistas y que para entrar allí se necesitaba hablar inglés, y la mera verdad, meterse a esas casas antiguas y al edificio del Hotel Alameda con pisos tan relucientes y empleados uniformados con gruesos abrigos de botonadura de oro era como para dar pena. Por eso en el cruce de esas veredas, a las siete de la noche, cuando la Alameda se abre, era inevitable que La Trucha Vagabunda y la bella Inés se conocieran, la ubicación de su onda estaba en la misma sintonía: «Qué me miras pajaritos».

En el reversón que dio La Trucha Vagabunda a su caminar conquistó a la atribulada Inés, quien se quebró todita como jarrito de Tlaquepaque; ahí en ese resquebrajamiento la Inés se entregó convicta y confesa a la gandallez de La Trucha, que entonces descubrió que la ciudad tenía sus lugares secretos y cabalísticos: la Alameda con sus sauces, sus fresnos y álamos se le entregó como sólo a un provinciano que viene a conquistar la ciudad se le puede entregar: sin tregua, sin cuartel, desnuda e hipócrita. Ya vas, galán, son de queso las quesadillas y de huitlacoche los tacos, tú escoge o chiras pelas. La Inés le sonrió, ocultando su rostro en las ganas infinitas de guardar sus ardores.

—Aquí, nomas viendo.

—Yo también pasaba y me dije: se ve retebonita la Alameda...

Esa alameda que nada más descubría al ardor de su verdor los anchos secretos de la golfería citadina. La Trucha Vagabunda se puso espléndida y se rifó con un perro caliente para la bella Inés, que pidió que la salchicha llevara la suficiente mostaza y una coca cola para el deglutido; mientras, la tropa del Ejército de Salvación llegó con

su música. A La Trucha le pareció como si estuviera viendo una película americana; esos hombres, con sus uniformes azul marino y vivos rojos y gorrita de elevadorista, con sus instrumentos musicales y sus bastones llevando el ritmo a base de golpecitos en el suelo, le hacían sentirse como extranjero y fue entonces cuando se animó a pedir un *hot dog* él también. Los turistas rubios de cámaras Instamatic arribaban al interior de la Alameda y prestos quisieron retratar al bello Trucha Vagabunda y a la hermosa Inés, pero éstos por pena dieron la espalda y se reían agachando la cabeza y abrazándose ladinamente. Los turistas también se rieron y se largaron con sus cámaras a otra vereda.

La Trucha nuevamente tomó distancia y midió al oponente; mientras su espíritu cristiano fue removido desde el fondo de la iglesia de su pueblo, una voz comenzó a resonar en su cerebro, una voz como si fuera guardián del infierno; reviró por puro instinto y se encontró un semicírculo de hombres cabizbajos rezando mientras un líder los latigaba con citas bíblicas. Entonces La Trucha revisó el cuerpo de la Inés y echaron a caminar para el lado de la calle de Hidalgo, envidiando a las parejitas que cachondas se abrazaban acostadas en el pastito inglés.

La Trucha fue sacado de sus nostálgicos pensamientos y se transformó en el amo y conocedor de estos prados y veredas; le pareció que Los Gatos Negros estaban tocando desgadamente; no era posible que escuchara su ritmo y su cuerpo no se moviera con cadencia, o era su estado de ánimo, pensó, pues vio a la Mari y a la Pelancha sacándole lustre al pavimento de la Alameda. La Trucha se echó hacia atrás para sentarse en el borde de la fuente, teniendo cuidado de no mojarse el pantalón. Allá enfrente, pasando la Avenida Hidalgo, la construcción que tiene la entrada por Valerio Trujano le trajo malos recuerdos.

Nuevamente se vio la agresiva de doña Inés que qué cara traes que no te ves ni al derecho ni al revés, entons La Trucha se sintió un pez nada más de ver a la Inés con esa feis. Y es que como apenas estaba haciendo méritos, La Trucha no se atrevió a decirle: que jeta trais, manita.

Pero La Trucha se regresó nuevamente al instante donde estaba sentado sobre el borde de la fuente y la pandilla lo espera revoloteando con la música de los Gatos Negros que tocan en el kiosco. La Trucha, al sonreírles a sus cuates, volvió a dirigir su mirada a la vieja casona de Valerio Trujano, ánimas Trujano, ánimas estrujando, ánimas de vida, ánimas de la ignorancia y es que el miedo se le había anidado fuertemente en los testículos: cómo olvidar el violento puño sobre su estómago, y sus pelos jalados por la mano troglodita y los gritos como espantos a la media noche. Y tú eres, dónde está el dinero... ahí esta el pasamontañas, y luego las puntas de las agujas hundidas en las hendiduras de las uñas y los dedos y los gritos que le nacían desde sus temblorosas corvas, y luego la otra figura que dijo: ya déjalo, ya está el bueno. Y éste te dije que era un chundo nada más... Pues si se parecía... ya bótalo aquí... El auto abrió la portezuela, cierto, no quiso verlos, no quiso saber quién abría o cerraba la portezuela, ni cómo era el auto cuando arrancó, sólo se vio los dedos, que

tenían pequeños puntitos de sangre en las hendiduras de las uñas. Cruzó la calle de Hidalgo y en la banca primera con que tropezó se sentó: lloró durísimo, gimiendo, doliéndose, la gente caminaba rápido, se dobló con impotencia, vio la iglesia de la Santa Veracruz, cruzó nuevamente la calle de Hidalgo, le ardía el alma, lloró rezando en la oscuridad de la nave, la ciudad le festejaba su primer mes, sacó el sobre de la raya, arrugado, le habían dejado un billete de cincuenta pesos, estaba tan pesada su cabeza que no podía recordar cómo, allá en Naucalpan, en la esquina de la fábrica, esperando el camión, lo habían subido al auto. Seguía rezando, pero, en su mente, las imágenes eran los golpes de los hombres en el sopor del auto; se levantó y salió de la iglesia, las viejecitas a la salida del atrio le tendieron sus manos, las manos secas y pellejosas lo asustaron, eran como trancas afiladas, regresó a la Alameda...

Ese día, bien lo recuerda, la noche puso bella a la Alameda. La gente, con el calor, salió a pasear y él bordeó la Alameda, viendo cómo las filas interminables de autos llenaban de puntitos luminosos la noche. Deseó conocer a la gente, platicarle, contarle lo que le había pasado, pero los hombres de traje y corbata no se detenían en la Alameda y las mujeres con ropas de secretarias se metían a las cafeterías y a los restaurantes; fue cuando se dio el encontrón con el bueno de Lupillo, estaba sentado de espaldas a la escultura de una mujer desnuda, a gatas. La Trucha Vagabunda se sentó en la orilla contraria de la banca donde se encontraba el Lupillo, se miraron de reojo y no se hablaron. Al rato llegó el Chinto con el Güicho, llegaron riéndose y aventándose:

—Qué transa.

—Ninguna transa, el Chinto se robó un disco de los que venden por el monumento de Beethoven; es de música folclórica, estaba acá en el gua gua gua y le di gane. Llegaron unos ñorses a hablar en contra del gobierno y como todos estaban lelos, que se los jala por la espalda, ni cuenta se dieron, andaban reparte y reparte volantes.

De pronto La Trucha Vagabunda sintió la mirada de los cábulas y se escudó en una mirada agresiva, los reyes de la Alameda no lo pelaron, La Trucha vio más montoncitos de jóvenes dispersos por toda la Alameda; ahí fue donde cayó en la cuenta de que muchos jóvenes venían a cotorrear a este jardín. La gente, fuera de la Alameda, compraba en las tiendas, en las joyerías, entraba a los hoteles de lujo y los turistas en bola iban con sus gafetes cruzando esquinas y sonriendo como niños obedientes de una escuela primaria... La Trucha se paró y miró al fotógrafo de pajaritos, a la vendedora de globos, a los hijos de los vendedores que andaban pidiendo limosna, a los novios que se recargaban contra los árboles, a los merolicos que hacían su bolita, a los mimos que imitaban a la gente que caminaba de prisa y distraída.

Como ahora, en esta noche en que se levanta del borde de la fuente y va en busca de la compañía de la pandilla, año y medio después de que aterrizó en esta ciudad, un año después de que encontró trabajo en el mercado de mariscos y pescados de La

Viga y dejó la fábrica de bicicletas, diez meses después de que se hizo novio de la agraciada Inés, a quien ve todos los domingos al atardecer, siete meses después de que logró saber de la golfería de esta benemérita Alameda Central y seis después de que su cuate el Cachuchas, el bolero más viejo de este entorno le platicara que sobre la calle Ángela Peralta hubo unas librerías llamadas de Cristal y que arriba había conferencias y exposiciones, que eran unas construcciones como si fueran pequeñas estaciones de ferrocarril antiguo, a donde nunca entró porque le daba pena y temía que le ganara la tos y es que cuando uno tose llama la atención y como ahí entraba pura gente de dinero que se veía que sabía mucho, pues con más razón, siempre las vio por afuera, y arriba de las librerías, en las galerías, ni soñar, pura gente de pipa y guante.

Trucha supo por esa época cómo la ciudad era muchas ciudades y que la Alameda Central le pertenecía por ser quien es, para tomarla por la fuerza de la costumbre cada vez que hubiera días de descanso o de fiesta o cuando su reverenda flojera le impidiera ir a trabajar, y entonces, él, la más famosa de todas las truchas, se engalanaba en su ánimo y se cachondeaba por las veredas que llevan a las nueve fuentes de la Alameda; puso su cerco y cortó con la otra ciudad, la de la gente que va a los bares y centros nocturnos que hay alrededor. Fue tal su dominio de la situación que decidió ese domingo que unos lentes polarizados le vendrían bien para darle una apantalladita a su Inés. No vean la entrada triunfal que hizo ante los cuates y el cachondeo que se dio cuando llevó los lentes puestos y el suéter amarillo que hacía resaltar su piel morena y hacía juego con su pantalón verde mar, sus calcetines blancos y sus mocasines con hebillas doradas y su corte de pelo que tímidamente comenzaba a ser punk y, para no ser menos, la atrevida de la Inés se puso unos pantalones abombados, color violeta y una blusa con orlas sobre los hombros, color rojo bugambilia y su pelo tasajeado y teñido como si fuera un campo a la hora de recoger la cosecha; la María, que alguna vez se había teñido el pelo con el color de las hebras de los elotes, se murió de envidia, de cómo la Inés se había atrevido antes que ella.

Veracruz, el Estado de México, Hidalgo, etcétera, iban quedando muy lejanos de esta Alameda Central. La Trucha así lo entendió, pues, pensativo ante la Pinacoteca Virreinal, sin saber lo que era ese edificio. Decidió que tenía que ahorrar para poner un puesto de tacos y dejar el mercado de La Viga, que lo tenía frito porque siempre andaba oliendo a pescado.

La Trucha, como amo y señor de esta Alameda, dejó por fin el borde de la fuente y agarró ambiente con los cuates y las chavas, con los cinco o seis mil seres que los domingos tomaban por asalto el lugar y se repartían por todos lados para disfrutarla, mientras los policías a caballo pastoreaban a la gente. A La Trucha eso no le importaba; reía, reía de verdad, con las ganas que dan los domingos en las noches; vio a su Inés, le tendió la mano al ritmo de la música de Los Gatos Negros y los buñuelos aparecieron en su memoria con un vaso desechable lleno de atole blanco y

el ruidazo de la noche del quince de septiembre y luego la del dieciséis, con las bolitas de jóvenes rompiendo cascarones de huevo rellenos, sobre la cabeza de la gente. El final de la pieza de Los Gatos Negros lo sacó de sus cavilaciones, siguió, tomando de la mano a la graciosa Inés, y pescó de refilón al Beto, que llegó con unos *walkman*. La Trucha se los pidió, y se puso los audífonos sobre su cabeza, hizo dos o tres pasitos de música torpemente. Pero eso era más que suficiente para saber que La Trucha caminaba ya por esta ciudad y sus aposentos de la Alameda Central; a lo mejor quedarían, animándose a cruzar la Avenida Juárez, en la discoteca que está en los bajos del Hotel Bamer. La Trucha Vagabunda ya estaba aprendiendo a rolar por esta ciudad.

El amigo de Catarino Vélez regresa al lugar de los hechos...

*Represéntase la brevedad de lo que se vive
y cuán nada parece lo que se vivió.*

*«¡Ah de la vida!»... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La fortuna mis tiempos ha mordido;
Las horas mi locura las esconde.*

Quevedo

PANCHO BETANCURT, para eso de andar en la calle, algún día se las supo de todas todas; ahora, ya no es igual. Aunque, después de todo, las mañanas en la amplia avenida son la hamaca donde mecen sus sueños los vencidos.

Por donde los veas, Panchito, no hay pierde, ahí mismo donde te ubicaste estuviste anteriormente, pero ésa es la chispa que alegraba la vida. ¿Hace doce años? Yo qué te voy a contar a ti, si tú mismo has de llevar la cuenta, de lo que llamas tu mala suerte, tu falta de habilidad para brincar la reata.

Hoy, el monumento, llamado El Salto del Agua, enfrente del mercado de San Juan te permite recapturar, de ahí hacia el norte, la tira asfáltica que ves y no ves con su raya blanca en medio y que se prolonga hasta los edificios de la Unidad Nonoalco-Tlatelolco, ese arroyo en el que cotorreaste, ese cauce de la vieja San Juan de Letrán, laberinto por donde se llega a todas las sucursales de las academias Vázquez...

Éste es el eje vial Lázaro Cárdenas, y como bien dices Panchito, no hay fijón si en la desfloración se perdió el nombre, que aunque la mona se vista de seda, mona se queda. No hay tos, zafanor, Pancho Betancurt para los cuates, ésta es tu calle y éste es tu santo (San Juan al que le cortaron la cabeza), por donde le tupas soy un fue y un será y un es cansado. Uno es alguno, ¡a veces! Y más si es el mañanero (de esos agasajos de cinco de la mañana y canta el gallo) y terminando te quedas jetón ¡sansón! Cumpliste en la cama y descumpliste en el reloj-checador. Ora que, uno, a veces, es ninguno, Jeremías de mis días. Cierto, diez años son diez años y más en el casamiento. Por eso se entiende lo del «san lunes», además, que es un requisito natural para pasear como debe de ser por este tu benemérito eje vial Lázaro Cárdenas.

Ya se sabe, pero no por sabido se calla, eres chambeador como el mejor camello del desierto, aunque, tampoco te van a contar del regocijo de faltar al trabajo. En sus buenos tiempos, cuando era joven y rozagante (porque han de saber que a sus treinta años el bueno de Panchito ya se siente viejito) no había quien le diera batería (ahora, él lo dice, ya está cáete cadáver). La chinga en el trabajo ha sido dura, diez años llegándole a la fundición, de ocho de la mañana a cuatro y media de la tarde, además

de que cada día ha ido dejando de querer a su vieja (y eso es como para derretir al espíritu más alebrestado). Hoy, Panchito Betancurt reclama a los cuatro vientos que la fábrica, sus jefes, los representantes del sindicato, su vieja y sus cinco hijos y lo que venga, se vayan por un tubo. Ésta es la calle y éste es su peatón, juntos hasta que la muerte del día los reclame. Así, la vieja San Juan de Letrán exige para sí el «san lunes» del hijo pródigo. Panchito Betancurt, con hartito donaire, bolea las puntas de sus zapatos. Tope donde tope, pegue donde pegue, resbale donde resbale, hoy, aquí, todo le vale: no todos los días se pierde, ¡y se gana de lo perdido!

Niño Perdido, Aquiles Serdán, Santa María la Redonda o San Juan de Letrán lo hacían bolas desde chiquito. Nunca acertaba a saber cuál era San Juan de Letrán y cuáles eran las otras, ya que todas le parecían la misma calle, pues aunque de nombre diferente, eran las mismas cuadas que nacían allá por la Colonia de los Periodistas y terminaba en la Unidad Nonoalco-Tlatelolco; sólo el eje vial Lázaro Cárdenas fue capaz de hacer sentir que era una misma calle, aunque para él San Juan de Letrán es el tramo que comienza en la fuente y la iglesia del Salto del Agua, en Arcos de Belén (aunque ya no hay arcos ni se llama Belén) termina donde comienza el teatro Blanquita y estuvo el Salón México.

Por eso Panchito Betancurt, esposo de Vanesa (nombre que le pusieron en honor de la heroína de la telenovela que estaba de moda, en la época en que ella nació), padre de cuatro niños (una mujer y tres varones) y primera vez que falta a su trabajo, por flojera, desde que se casó hace diez años (tenía veinte años de edad y ella dieciocho, y se casó es un decir, lo casaron por andarse comiendo el pastel antes de tiempo, comenta a sus íntimos). Por eso, como decíamos, en el tiempo de sus recuerdos y ahora, en este día, ese tramo sigue siendo el paseo de San Juan de Letrán, donde sus cuates y él se hicieron de la vida y de los días, en la adolescencia. Pues la primera vez que supo de San Juan de Letrán fue cuando Catarino Vélez quiso ser boxeador y le dijo que lo acompañara a los baños Jordán; ahí entrenaban el Huitlacoche José Medel y el Mantequilla Nápoles, el Ultiminio Ramos y el Babe Vázquez. Tú no lo desanimaste, te dijiste para tus adentros, a lo mejor se me hace tener un amigo campeón del mundo; luego luego te viste en el *Madison Square Garden* de su *second* y viste esa calle tan amplia que se abría en la esquina en donde estaban los baños Jordán, repleta de fanáticos a cada lado de las aceras, gritándoles vivas cuando regresaran con el campeonato del mundo.

Bueno, Catarino Vélez (a pesar de que tenía nombre de boxeador) ni tan siquiera llegó a debutar en los Guantes de Oro, lo retiraron al segundo día que fue a entrenar, se fracturó una mano al pegarle con todas sus ganas a la tabla que servía de base a la pera loca. Así Catarino se retiró, pero tú conociste el comienzo de la bella San Juan, con su mercado de comestibles, a donde van todos los cubanos, árabes y chinos a comprar los ingredientes para sus comidas tradicionales.

Te divertía perseguir a las cubanitas que movían el bote igualito como dice la canción; por supuesto, tú nunca has sabido que eran hijas de los cubanos que se

vinieron a México cuando Fidel Castro bajó de la sierra, ni que los chinos de la calle de Dolores formaban comités de apoyo a la China de Mao Tse-tung; tú nada más sabías que había muchos chinos y cubanitas que les encantaba hablar de todo menos de ellas, ni de su familia y que cuando veían a sus familias se escondían para que no los vieran juntos, por eso te caían mal los cubanos, eran muy celosos y más los del círculo de boxeadores que se hospedaban en el hotel Virreyes, el que está enfrente de la fuente del Salto del Agua.

Y, ahí, en esos días, fuiste tú Panchito, el que se inauguró en el Siglo Veinte y en Casablanca, noches que te parecían la vida misma. Pero cuando te ponías jacarandoso te salía el taxista que todo lo sabía y el señor que creía haberlo vivido todo; decían que ésas no eran noches, pues para noches las de principios de los cincuenta y finales de los cuarenta (vamos, cuando era presidente Miguel Alemán y Pérez Prado el rey de la música), que San Juan de Letrán era una calle que vivía de día y de noche, que los cabarets no cerraban y las chavas del talón era fáciles de encontrar a cualquier hora (como ahora, nada más que sin disfraz).

Ahí, por primera vez, en los cabarets Siglo Veinte y Casablanca conociste los senos y las caderas de las mujeres (caídas y gordas, pero las conociste) y entre los viejos obreros adquiriste rango de igualdad, poderse hablar de tú a ti.

Pero para Panchito Betancurt, la calle de San Juan de Letrán, hoy eje vial Lázaro Cárdenas, es todavía mucho más que un bautizo, es la confirmación y la primera comunión. Y como testigo de calidad está la plaza de Las Vizcaínas y el colegio de lo mismo, en su oscuridad y en su leyenda, que no vivió, pero que le contaron.

«¡Ésta y la otra tanda por un solo boleto! ¡Pásenle, damas y caballeros!». Y los rucos del año de 1934 se dieron vuelo viendo en la carpa teatro Salón Lírico, que estaba en la plaza de Las Vizcaínas, por donde estaba el teatro Politeama, a Ana María González, Carlos López el Chaflán, Agustín Isunza, Fernando Soto Mantequilla, Amelia Wilhelmy y el rey del teatro de revista era don Roberto Soto, y Cantinflas andaba levantándose en la carpa Mayab para pasar al Follies.

Pero todo esto, como bien lo ignora Panchito Betancurt, nada más sirve para establecer la prosapia de la calle. Calle en la que comenzó su vagabundeo porque entendió, al calor de las cervezas, las canciones de Javier Solís, entre mordidas de sopes y atragantadas de los caldos de pollo de Zenón; de la rockola salían las canciones esparciendo la voz del rey del bolero ranchero.

Y Catarino Vélez le volvió a poner el ejemplo a Pancho Betancurt, le sugirió que estudiaran inglés en alguna de las academias de idiomas que se anunciaban en las ventanas de los edificios viejos del eje Lázaro Cárdenas, el Pancho (acuérdate bien Panchito, sí, tú le dijiste) contesto: «Ya vas, Barrabás, pero ¿con qué gestas?». Catarino Vélez, que nunca perdía la galanura que le era congénita, le solucionó el problema: «Pedimos limosna». Panchito Betancurt, que no creía estar viendo a San Francisco de Asís en persona le espetó: «Hermano güey, ¿cómo le hacemos para ser mendigos?». Catarino Vélez no contestó, puso manos a la construcción de la caridad

cristiana: «Señito, una limosna para este pobre hijo que tiene a su mamá enferma y a su padre ciego, una limosna para comprar las medicinas». Y diciendo y estirando la mano; muchos no lo pelaban, pero algunos, por si las dudas, le daban el peso, los dos pesos; Panchito, asombrado, estiró su mano y se la puso sobre la espalda a Catarino y se hizo el ciego. Después de dos horas tenían cien pesos y comían unas tortas de jamón y una coca cola bien fría.

Naturalmente, en los tres meses que estuvieron estudiando en las academias de idiomas no aprendieron más que a conjugar el verbo *to have* y el verbo *to be*, a repetir los días de la semana, a contar hasta cien, a decir sus nombres (Frank y Caty, según su maestro) y a decir, por supuesto, *father* y *mother*. Enfrente estaba el edificio del cine Teresa, y ahora, a la distancia, Panchito Treintañero se mete la mano derecha a la bolsa del pantalón y se rasca de pura nostalgia.

En aquella época, como todavía ahora, las colegialas subían y bajaban corriendo las escaleras del cine, envueltas en los chiflidos de los púberes estudiantes. Pancho Betancurt mira los cartelones de las películas que exhiben, mira rápidamente el latón y los vidrios de las puertas del cine y pasa a ver los comercios de ropa y quiere que sus pensamientos estén en el origen de la fuente del Salto del Agua. En la época prehispánica traían el agua desde Churubusco o Chapultepec, por medio de acueductos y atarjeas; esa lección la tomó el virrey don Juan de Mendoza, que ordenó la construcción de un acueducto que trajera agua dulce desde los manantiales de Chapultepec, esos que todavía proveen de agua al lago... El 20 de marzo de 1779, siendo virrey de estos lares don Antonio de Bucareli y Ursúa se estrenó la hermosa fuente donde terminaba el acueducto; a dicha fuente se le llamó del Salto del Agua, pues de esa manera caía del acueducto a la fuente que contenía hermosos trabajos de cantería; en gran relieve estaba el escudo de la ciudad, con un águila que tenía las alas abiertas y una cruz en el pecho; entre sus alas colgaban unos estandartes españoles y de las garras se escurrían unas macanas mexicanas; con la guerra de Independencia el tal escudo fue borrado, pues, además, tenía unas hojas de nopal con la corona imperial.

Bueno, todo esto no supo explicárselo Panchito Betancurt, ni mucho menos entender cómo se acordó de esa cantidad de datos que nunca leyó, y tampoco se fijó en la fuente del Salto del Agua, a él el monumento nada más le servía como referencia para navegar por la ciudad. Así es que en tal estado de confusión decidió olvidar esa iluminación que de repente le venía, o a lo mejor era el espíritu de Catarino Vélez, su cuate del alma, que trabajaba de yerbero en el mercado de Sonora. Y por olvidarse de eso se tuvo que acordar de que es casado y que faltó por primera vez en diez años a su trabajo, y se lamentó de haberse casado tan joven, y como no puede regresar al pasado apechuga en silencio, anidando sus impulsos en el callo que día tras día le crece... mientras la chamarra que tiene seis meses deseando, en la tienda de ropa le guiña el ojo; tal vez cuando ahorre podrá comprarla, aunque en el fondo sabe que se está engañando, que nada más se hace majear, pues su única

posibilidad de cambiar su chamarra vieja de mezclilla por esa de gabardina es sacarla en abonos, o que algún día se haga rico... Entonces, a lo mejor este recorrido que hace por su amada calle de San Juan de Letrán no es nada más que amor del malo, puras frustraciones, puros ya mérito, puros a lo mejor algún día...

La calle lo hizo sentir Eddie Eddie, el de Angélica María, pero Pancho se negó a caminar como Eddie, sintió cómo la calle le ofrecía la infinitud de tiendas, como multitud de ofertas que nunca aprovecha, tiendas de ropa que visten a todos los habitantes de acá de este lado de la ciudad, con imitaciones mal cortadas y telas que se decoloran a la segunda lavada, copias de la ropa que venden a los grandes almacenes del sur de la ciudad, y entonces él escupe de pura amargura, pues a lo único que puede aspirar es a vestirse igualito a Rigoberto Tovar, ídolo de las masas que comen un kilo de tortillas con ochenta gramos de carne, un buen plato de frijoles caldudos y una enorme coca cola familiar. Pero ni en cuenta, Panchito Betancurt no se desavalorina, sabe de las cuentas largas y de la calle inmensa que se le ofrece con sus enormes cartelones como copetes de los edificios, anunciando lo que desea comprar. Ábranse piedras del campo, grítenme tiendas de ropa que éste es su Panchito muchos aires, el que sabe del coqueteo con las vendedoras y del agandalle con los empleados; fríos testigos de su arte para vivir son los edificios *art decó*: firmes y cansados se estiran hacia el cielo para darle personalidad a este tramo del eje vial Lázaro Cárdenas. Esas bombas de agua para los bomberos, lustrosas por el cromo, son testigos de cómo el trasero de Panchito los usó para descansar la fatiga del vagabundeo.

Y su condición de obrero se vio reconfortada cuando llegó a la calle de República del Salvador; las tiendas que venden herramientas estaban ahí para seguir alentando sus sueños de que a lo mejor algún día se independiza y pone su propio negocio. Pancho Betancurt, señoras y señores, tiene sus sueños muy concretos: ahorrar algún día dinero y poner un taller, una pequeña fundición, donde puede hacerle trabajos a las empresas del gobierno, un taller donde él sea el dueño, el jefe, el que paga y dice a qué hora entran los obreros, pero, además, tiene sus ideas sobre cómo fundir metales, hacer aleaciones y descubrir metales más dúctiles, más maleables, más fuertes, más resistentes y a lo mejor hasta se construye sus propios futbolitos con muñecos de plomo y varillas de acero. Ahí, en ese momento, fue cuando se dio cuenta de que la luz de los focos le iluminaba de lleno sus ojos y no le dejaba ver bien las herramientas, giró hacia su derecha y vio a tres cuates igual que él de pránganas viendo con ojos soñadores las herramientas y las máquinas; viró hacia el otro lado y también vio a los mismos pránganas embelesados con una máquina soldadora.

Ni pedo, dijo Alfredo. Se brincó para las tiendas de accesorios y aparatos electrónicos; aquí, la envidia sí lo dejó chato, esto estaba más duraznos y naranjas, ni jícamas ni limones que pudiera tener su televisión a colores o una videocasetera. Una vez su viejecita, la bella Vanesa, le dio realmente con ganas al costal de sus traumas, Panchito le confió sus sueños secretos, le dijo que deseaba un aparato estéreo para oír

sus viejos discos de Los Monkees y de César Costa, que guardaba desde hacía catorce o doce años; le dijo que lo quería con cuatro bocinas y tocacintas, y la hermosa Vanesa, con una praxis contundente le reclama: «Mejor cómprate calzones y después a mí y más después a los niños, y...». Panchito nunca más le volvió a comunicar sus sueños. Por eso ahora quiere masturbarse un buen rato ante estos aparadores, e imaginarse que tiene un *Walkman* Sony para oír la Consagración de la Primavera, de Igor Stravinsky, mientras lee, en un cómodo sillón, la novela del mismo nombre, del cubano-francés Alejo Carpentier.

Eh, ¿qué dijeron, este Panchito es uno de los obreros que están afiliados al PSEM y asiste religiosamente a los festivales que organiza el partido, en el Palacio de los Deportes...? Ciertamente, él ha ido al Palacio de los Deportes, pero cuando luchó el Santo y los Hermanos Espanto, y a lo más que ha llegado es a leer diez páginas de las *Memorias de una pulga* y ya poniéndose melómano de corazón, ha escuchado con verdadera devoción la música genial de Frank Pourcel y a veces la del Paul Muriat, aunque es incapaz de soportar a Richard Clayderman; ahí es cuando comienza a tener sueño... Pero basta de sueños, Pancho, y vayamos a la calle de Ayuntamiento para que recuerdes el día que te dieron una lección acerca de la música tropical.

La historia de la XEW sólo la alcanzaste cuando todo mundo hablaba que había sido «la voz de la América Latina desde México» y que Agustín Lara tuvo su programa de radio y todos los cantantes y compositores que te nombraban te parecían pasados de moda, como ahora seguramente les ha de parecer a los chavos que les hables de los Rolling Stones, Angélica María, Benny Ibarra y Los Monkees, pero mejor acuérdate de los reventones que se daban con la música tropical, fue por eso que decidiste abordar la vida de San Juan de Letrán, pero en sus entrañas, la calle de Ayuntamiento y todo lo que representaba, en decadencia, como el café San José, reducto de un cubano que decían (así te lo dijeron los parroquianos de esas mesas de café con leche y tortas de jamón y chiles jalapeños curados) que era la pura pistola para la música cubana (y conste que lo decían antiguos músicos cubanos); todo mundo se quedaba a oír a ese cubano de inmensas manos y cuerpo que imponía (campeón de ciclismo en Cuba y luego músico reconocido en el Líbano y en Francia). Tú, Pancho, tuviste que aguantar el regaño sin decir yo no fui, pues sólo dijiste que te gustaba la música tropical, y este su tocayo, de nuestro héroe, se levantó, y se le subieron los estrellados a Betancurt, Pancho Cataneo (que así se llama el cubano) dijo: Usted no sabe, eso que usted dice que le gusta se llama música afroantillana. Y se largó un rollo que dejó apantallado al taciturno Betancurt, su espíritu se hizo como si no hubiera sido sanforizado, sentía que había caído en una trampa en plena jungla, y que el brujo mayor con lanza en ristre lo tenía cogido por los cabellos, y lo arrastraba al perol de agua hirviendo, los demás músicos negros se le afiguraban que eran miembros de alguna terrible tribu que practicaba la brujería y reducía las cabezas para luego vendérselas a los gringos que llegaban hasta sus confines; afortunadamente para Betancurt todo resultó, hasta cierto grado, para alucinación,

pues la dulce voz de la mesera mexicana le dijo que no se preocupara tanto, pues está en la calle de Ayuntamiento, y el lugar no era la jungla sino el café San José, rodeado no de watusis, sino de cubanos radicados en México, que se dedicaban a hacer sobrevivir la música cubana, en la ciudad donde alguna vez fueron los reyes del ambiente de la farándula, y ahora se dedicaban a ver pasar las tardes mientras había algún valiente que quisiera oír música afroantillana en su boda o fiesta de quince años. El rollo de Cataneo defendiendo por qué la música tropical se debería llamar música afroantillana maravilló a Pancho Betancurt, aunque nada más hubiera alcanzado a entender que era música afroantillana porque los africanos traídos por los conquistadores del continente americano como esclavos habían hecho una cultura en Cuba y demás lugares de las Antillas, y que si a eso agregáramos que se tenía influencia árabe (ahí Panchito se quedó clavado en esa idea, se dijo que a lo mejor por eso los árabes tenían los ojos igualitos que los guadalajareños). Y tal vez por eso no volvió a merodear por esos lares, se dijo, te dijiste, ahora lo recuerdas: está muy difícil ser músico.

Pero bien que le sirvió para ligarse, sea dicho con el respeto que merece la mujer que ahora es su esposa; nada más fue cosa que Vanesa al salir de la tienda de discos donde trabajaba le enseñara un disco sencillo del Trío Matamoros de Miguel Matamoros, para que le dijeras, en plena avenida San Juan de Letrán (que entonces sí se llamaba así) que la música tropical no se llama así, sino música afroantillana.

—A... ¿qué?

—Afro-antillana... bla bla bla...

—Híjole, sabes retiarlo...

Y después todos ustedes se encargaron de decirle a las demás gentes, cada vez que estaban en una fiesta, que lo que bailaban no era música tropical, sino música afroantillana, y mencionaban que un cubano se los había dicho, y un cubano en esto de la música tropical es la biblia, aunque los vecinos te arquean a tus espaldas las cejas y torcieran la lengua, ellos en el fondo sabían que ustedes eran mucha pieza (gracias a Panchito Cataneo).

Pero Pancho Betancurt de todos modos se muere de tristeza, tantos años de ser un correcto trabajador y no se ha podido hacer rico; durante diez años ha llegado puntual al reloj checador, nunca ha contestado a sus jefes, ni ha promovido alguna huelga, mucho menos exigido un gran sueldo, sí en cambio no ha dejado de ser un obrero especializado en la fundición y no gana más que un poquito más del sueldo mínimo, ya cree que su vida se acabó, aunque ganas no le faltan para mandar todo a volar, pero sabe que no se decidirá, ya está cansado, se siente viejo, y por eso quiere recuperar la juventud que se le fue sin que él entendiera que se estaba enterrando, claro que ahora tampoco lo entiende, pero en el fondo te decidiste a dar un descanso con tu nostalgia, con la época de tu vida que más te ha gustado, cuando la cotorreaste por la bella San Juan de Letrán. Panchito Betancurt, como si fuera el segundo de Catarino Vélez que se murió, aquí en el arroyo, cuando salía de comprar unos churros

del Moro.

Panchito volvió la vista hacia la Torre Latinoamericana, pero ante su vista reapareció el edificio de la Procuraduría General de la República. ¿Y quiénes son esos que ni de lejos pueden ver a Panchito, que luego luego lo agandallan, que más de dos veces lo han subido a sus autos, justo cuando ha salido de cobrar su raya en la fábrica? Vamos, Panchito, que no le tiemblen las rodillas, si ya sabes que eres el preso número cien, y en tu paseo de «san lunes» no ibas a estar exento del apañe, estás señalado por el dedo de Dios, no tienes padres influyentes, parientes que las puedan, ni vives en el sur de la ciudad, y mucho menos hijo del presidente, así es que, ni aunque saques tu credencial del PRI y de afiliación a la CTM, esas nada más sirven para hacer bola. Y hablando de bolas es mejor que te envuelvas en la bola de gente que en este momento va a pasar frente a la procuraduría, para que, en montón, no te reconozcan los agentes de la policía y sepan que eres obrero, de los que viven por las faldas del cerro de la Villa de Guadalupe. No la armes de pedo ni mires mal la policía siempre vigila. Así es que no te sientas Milán Kundera en Checoslovaquia, o Sajarov en la URSS o Walesa en Polonia, ni Juan Carlos Onetti en Uruguay; aquí, Panchito Betancurt, obrero de profesión, treinta años de edad, diez de casado, cuatro hijos y un mundo de tristeza de generación en generación, pues nunca en su vida ha tenido un momento para sentir que vivía a todo dar, y las veces que casi lo logró fue porque caminó por esta calle, en este país libre, donde todos tienen libertad de tránsito, de pensamiento, de expresión, de cambio de dólares, de leer lo que se quiera y comer todo lo que se vende, viajar al extranjero y creer en Dios, por todo eso, Panchito Betancurt, tú bien lo sabes, yo qué te voy a contar a ti, tienes que andar a salto de mata, cuando veas a los agentes de la policía, te tocó nacer de este lado de la cerca.

Éntrale en el corazón de la masa, no te dejes ver, deja que te cobije, entra en el anonimato, que no sepan que eres ignorante, ni que no tienes dinero, ni que tus familiares se pondrán a llorar y a suplicar en las cárceles en vez de echar el telefonazo influyente y sepan con quién se están metiendo. ¡Buuuzo, Panchito!, el carro de tiras camina lentamente, por esta congestionada calle de San Juan de Letrán, bríncales, bríncales, sumiendo tu cabeza hasta el fondo de tu chamarra y camina pegado ahora a la pared, para que el agente que siempre vigila a los pobres, a los de este lado de la ciudad, no te pesque con la mirada, sésgale, sésgale por la pared, eso, ni modo, los churros del Moro y el chocolate a la francesa tendrán que esperar, Catarino Vélez pagó caro sus churros y su chocolate a la española, desapareció dentro de un auto sin placas sin haber hecho más que vivir en Ciudad Nezahualcóyotl y cargar su morral donde llevaba sus herramientas de albañil.

Pero tú, Pancho Betancurt, por esta vez la libraste, a la vista está la Torre Latinoamericana. Atrás quedó el paso subterráneo para peatones que está en la esquina del eje Lázaro Cárdenas y 16 de Septiembre, ese paso a desnivel que hizo sentirse a tu padre orgulloso por unos años, ya que ahora sí íbamos a vivir igual que en las ciudades de Estados Unidos, ahora, tú lo sabes, los habitantes de esta ciudad no

lo usan, sólo los turistas de provincia. También atrás quedó el Pasaje Savoy, donde las máquinas de video y las hamburguesas dan y prestan a los habitantes de las colonias populares de esta ciudad que vienen a comprar a la panadería La Ideal sus pasteles de quince años, bodas y bautizos, pasteles que —no lo niegues— te hacen alucinar, porque más de una vez te has endrogado pidiendo prestado a todo mundo para hacerle su fiestecita de cumpleaños a tus hijos... como ése que le compraste al Jacinto cuando cumplió un año: era una cancha de fútbol con los once jugadores del equipo de fútbol Guadalajara y los once del América... Todos en la colonia se quedaron apantallados por el pastel que entre sorbo y sorbo de coca cola desaparecía. Pero esa noche medio se te fue la amargura, la impotencia de que no la hacías en esta vida, pero te quedaba la tristeza, la que hace nudo en la garganta nada más de pensar lo que debías, pero ni pedo dijo Alfredo, seguiste en esta vida camellando sin parar..., hasta ahora que le quieres brincar a la Torre Latinoamericana.

Torre de David, Torre de Marfil, Torre de Panchito Betancurt que despacito pero seguro avanzó en la cola para comprar sus monedas y subir a la torre. En el elevador, en medio de turistas de la provincia y extranjeros, se apretujó contra una señora que iba con su esposo, cuidó de que no sospechara el señor, pero luego se arrepintió, se quedó como el santo niño de Atocha, como una antorcha. El elevadorista trató al personal con desdén, pues sabía que muchos de los asistentes eran de las colonias populares que se iban a dar el lujo de subir a la Torre Latinoamericana para ver la ciudad. La clase de la cultura de la tuna y el nopal que se tiene los delató, porque a partir de ese momento no tuvieron más remedio que agachar la cabeza ante la mirada inquisidora del elevadorista, que sólo sonrió a los güeritos de ojos azules y a los señores de esta ciudad bien trajeados y encorbatados. Llegaron al piso donde se cambia de elevador. El elevador, más pequeño que el otro, los hizo que se apretujaran todavía más, ahí sí no perdonó a la señora, le dio un arrimón más que cachondo travieso, el esposo lo miraba, él lo miró con una sonrisa ladina, el esposo le sonrió, se sonrieron, llegaron a la fuente de sodas. Entonces Panchito Betancurt se sintió galán de las alturas y suspiró por el *banana split*, el tres marías y las alcahuetas fresas con crema, se acordó de cuando no era capado y suspiró por su colección de novias a las cuales sedujo en las alturas de la ciudad de México. Sonrió. Subió al mirador, se vio enredado entre estructuras de acero y vidrio, se arrimó a la barda envidriada y vio hacia los bajos; adivinó por sus edificios el sur, por sus cerros el norte, por las tolvaneras el oriente, por el humo el poniente; bajó más la mirada y sintió a sus pies el cuadrante verdoso de la Alameda Central, vio a los chundos, como les decían a los que llegaban de provincia y se iban los domingos a divertir a la Alameda y demás parques grandes de la ciudad, vio a un chundo papar moscas, se rió, para sus adentros, cuando se acordó que les gritaba cuando iban en bolita, que venían de arriar chivos a balazos y que los habían bajado del cerro a tamborazos.

Para los que siempre habían sido jodidos en esta ciudad estaban las esquinas, las calles de los barrios o las más populosas, para los que tenían poco tiempo en la

ciudad eran los jardines, los parques como el bosque de Chapultepec o la Alameda Central, se decía que a lo mejor estaban buscando el jardín dominical de su pueblo. Hasta en esto había clases, los chilangos del norte, el oriente y puntos oscuros del sur de la ciudad, que habían ido a las escuelas oficiales, se sentían menos jodidos que los que llegaban de provincia.

Bajó más su vista y entonces se topó con el Palacio de las Bellas Artes, tan bonito y tan poco que le importaba; sentía que el edificio era para los ricos y para los turistas extranjeros, para los que no tenían pena entrar a sus interiores y recorrer sus pasillos y que no les diera vergüenza ver tantos cuadros colgados de las paredes, y que no sintiera las miradas de los policías que los estuvieran vigilando. Se estiró para ver mejor las águilas que estaban en los techos del palacio y entonces recordó que sí había entrado una vez al teatro de las Bellas Artes, iban marchando desde la escuela oficial donde había estudiado escoltando una bandera y entraban al palacio y los subían hasta donde seguramente anidaban las cucarachas, porque lo único que recuerda claramente es que en el escenario se veían unas figuras del tamaño de las chinches, entonces se entretuvo mirando a los alumnos de otras escuelas que llevaban uniformes bonitos y los colocaban en el piso de abajo y cerca del escenario. Entonces, tú, Panchito, te dedicaste a jugar entre las butacas con los demás niños y armaron un reverendo relajo que subieron los maestros de las escuelas privadas a protestar y a escandalizarse por lo majaderos que eran ustedes.

Se bajó con tristeza de la Torre Latinoamericana. La bella San Juan lo volvió a recibir en su seno. Era la tarde y él todavía no se daba cuenta. Cruzó Madero, el edificio Guardiola, *art déco*, el pasaje de La Condesa, la Casa de los Azulejos. Félix Maldonado, sintiéndose culpable, iba acompañado de un judío, salió del Sanborns de la Casa de los Azulejos; Pancho Betancurt los vio con envidia, llevaban sus trajes bien cortados y hablaban en inglés, y además se creían mucho, ni siquiera lo miraron; pensaste que a lo mejor eran licenciados del gobierno, porque caminaban creyéndose los reyes de México; cruzaste 5 de Mayo para llegar a la acera del edificio del correo... Los olvidaste.

La gente, al atardecer, salía corriendo tras los camiones y peseros; viste el café de chales de Alicia, no se te antojó, quisiste entrar al cine Mariscala para ver la última película de Vicente Fernández, mejor te seguiste derecho, te acordaste que ahí por la calle de Pensador Mexicano los viejos que conocieron esta avenida te contaron del Salón México que estuvo ahí, pero te llamó más la atención, Pancho, el teatro Blanquita, que anunciaba a Carmen Salinas y a la Sonora Santanera, viste a los revendedores, esto comenzaba a cambiar de ambiente y comenzaba a oler a alcohol, a prostitutas y a mariachis.

Pancho, no te decidías si encarar la botella de vino o tomar tu camión para llegar con tu esposa La Vanesa; la tarde del «san lunes» estaba llegando a su fin, y la noche te abría el otro mundo, el de Garibaldi.

Pancho llegó a la esquina del eje y República del Perú. Toda la amargura, la

tristeza, el rencor acumulado en los años de su existencia se le agolparon en la cara. La gente corría a los camiones que los llevarían a sus casas, él también quería correr y no sabía. Adelante estaba Garibaldi. El amigo de Catarino Vélez no sabía en ese momento si seguir de largo o irse a su casa, o...

Agapito Rosales, La Gaviota de Garibaldi

El corrido es un género épico-lírico-narrativo, en cuartetos de rima variable, ya asonante o consonante en los versos pares, y forma literaria sobre la que se apoya a una frase musical compuesta generalmente de cuatro miembros, que relata aquellos sucesos que hieren poderosamente la sensibilidad de las multitudes; por lo que tiene de épico deriva del romance castellano y mantiene normalmente la forma general de éste, conservando su carácter narrativo de hazañas guerreras y combates, creando entonces una historia por y para el pueblo. Por lo que encierra de lírico, deriva de la copla y el cantar, así como la jácara, y engloba igualmente relatos sentimentales propios para ser cantados, principalmente amorosos, poniendo las bases de la lírica popular sustentada en coplas aisladas o en series.

Vicente T. Mendoza

*Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.*

San Juan de la Cruz

El Corrido de Agapito Rosales, mejor conocido por los cuates como La Gaviota de Garibaldi

AGAPITO ROSALES, alias La Gaviota, es lechuga del reducto mariachil; señor del vaivén que va del mercado de San Camilito a la calle Honduras, del eje vial de Rayón a la vieja calle de Perú. Usted, si alguna vez se atrevió a llegar por estos confines de la trompeta y el guitarrón, sintió su sombra, la de cuando el borracho guacarea el ratón aparece. Vénganos a tu reino, señor, que todo lo sabe y todo lo calla. Con La Gaviota revoloteando a su lado sintió el temor al desconocido, pero la música del grupo de mariachis lo cobijó. Y ya al calor del ponche de granada y al grito vernáculo se le olvidó el temor, mas La Gaviota ya hasta lo había abrazado, le palpó (La Gaviota) discretamente los bolsillos del pantalón y luego los del saco. La Gaviota, con ser todo lo que se dice, todavía lo acompañó a que se subiera a un taxi y lo mandó sano y salvo a su casa, claro que la cartera se quedó en buenas manos.

La Gaviota nunca falla, Agapito Rosales está hecho a imagen y semejanza de la

Plaza de Garibaldi. No por nada treinta y cinco de sus cuarenta y dos años se los ha pasado acá, en el rancho alegre; El Tenampa, el Guadalajara de Noche, el Plaza Santa Cecilia, son las cuentas del rosario, los misterios que la vida se ha encargado de descubrirle.

Señorita, usted, tenga la amabilidad de no molestarse con su presencia, cargada de rencor y violencia reprimida. Bien se sabe que usted, desde su puesto de secretaria ejecutiva, está brincando el charco social. La Gaviota Rosales, con su presencia, se encarga de recordarle todo eso que quiere olvidar, y que a su jefe le gusta recordárselo. Pero no se fije, La Gaviota es como el camaleón, sabe de las mil formas de cambiar su piel, según vengan los tiempos, según se vea el enemigo. Porque usted, ya en este momento, es su contrincante, y no crea que él ha leído a Marx, no, lo que pasa es que usted está ya en terreno apache. En los territorios del gran jefe Agapito Rosales.

Suena la trompeta y el gandul con la garlopa debajo de los sobacos deja escurrir su ladineza por los poros. La Gaviota es más cabrón que bonito; a la vida se le han enfrentado, si usted quiere, de tres cuartos de perfil, pero, al fin y al cabo se le ha enfrentado.

A La Gaviota, pues, nadie le va a contar, de esto que llamamos vida. Aterrizó hace cuarenta y dos años en Ciudad Nezahualcóyotl, cuando aquello no tenía nombre, apenas se comenzaba a poblar; de allá vino para Garibaldi como hijo putativo de la calle 7, cerca del rastro de San Juan Pantitlán. Eso sucedió cuando usted, mi lic, se comenzaba a criar allá en Ciudad Satélite. Allá (entre ustedes los casi ricos también lloran) Ciudad Satélite. Acá (entre Pepe el Tonto y nosotros los pobres) Ciudad Nezahualcóyotl. La Gaviota no aguantó el salitre y el lodazal y piró para Garibaldi. Rey de la Plaza José Alfredo Jiménez, hacedor del ambiente almizclero, derrumbador del mercado de San Camilito, sepultador de las carpas (donde en sus primeros días de vida mariachi, compartió el pan y sal con los del santísimo en la punta de la lengua), admirador hasta la infamia de don Mario Moreno Cantinflas, es, esta Gaviota, El Tedevaro Doro y Tevomito Tito, Mundoinmundo te echo de carnaza, esto es la carroña y el escarnio ninguno y los otros que son diez mil. Gaviota Rosales bien que lo sabe, uno no es ninguno. Hunde la mano en ese saco caliginoso y extrae lo que no hay. Nezahualcóyotl es la nube preñada; Garibaldi, las sumas y las restas de la vida cotidiana.

Agapito Rosales, alias La Gaviota, es la verdad. ¡La neta, don Tobías! Pues con esos trastes se defiende: apaleó a los visitantes, cortó orejas, combatió a brazo partido largas horas de silencio al ras. Crujir de dientes, huesos rotos, un miembro menos, uno de más, en suma, un juego. Así logro tener los ojos bien abiertos y la cabeza fría. ¡Doña Cleofas! Pero no hay que mostrar demasiada habilidad (mi buen), una superioridad manifiesta los desanima. Se te resbala el garlito, hijito, abusadito. Y tampoco excesiva confianza; podría aprovecharse, y entonces ¿quién responde de las consecuencias? Sí, pues, Paz pas pas pas pas sas saz zaz zas, sácate eso, Gavito

Rosales.

Muerto de vida La Gaviota se jalonea con la noche, lucha contra las sombras, baila con la fea, sujeta la desgracia, grita su tristeza, susurra su dolor con una sonrisa ladina. ¿Qué me ves, cachafaz? No ladres que la vida me hizo pecador lic, mi lic, no se espante, total, la Gaviota sólo es rey en la plaza del Guitarrón y la Trompeta. Y eso del atardecer al amanecer, cuando la mugre se descascara.

Enclavada en la última esquina de la parte vieja de la ciudad de México, la Plaza de Garibaldi queda exactamente entre el ábside que construyera el padre Pedro de Gante y los tianguis de La Lagunilla (lugar donde justamente se encontraba una lagunilla, que como toda riqueza de este país se ha ido evaporando). Garibaldi, como saben todos los que pueden leer, es el nombre del guerrillero y revolucionario italiano, pero acá la gente común y corriente ni idea tiene de quién era ese Garibaldi. La Gaviota sólo sabe que esta plaza le dio cobijo y subsistencia. Nada sabe Agapito Rosales de si los mariachis son un conjunto musical que usa trompeta para darle brillantez al fandango, o si antes sólo usaban guitarrón, violines y guitarra, continúas ha entrado en la discusión de si la palabra mariachi viene de la palabra francesa *marriage*. Cuando los franceses se arrejuntaron con chavas de Cocula y demás lugares de Jalisco, los conjuntos típicos que amenizaban con su música las bodas comenzaron a recibir el nombre de «mariach» luego nada más se le agrego la i, al terminar la palabra en «chi» ya la mexicanizábamos. Recordemos, en apoyo de esta versión, todas las groserías que terminan, empiezan o llevan en alguna parte la partícula «chi». ¡Qué pasó mi Gaviota, no sea Mariachi! Eso, por supuesto, si La Gaviota lo supiera, nada mas soltaría una palabrota y argumentaría que por muchas causas y cosas que aquí no vienen al caso, la palabra mariachi es más mexicana que la palabra México. Voooy, qué mariachis se están viendo.

El día propiamente dicho comienza alrededor de las siete de la noche, y La Gaviota es, justamente, como no son las lagartijas, las sombras son su mundo y los gritos existenciales sus atributos. Cansado de guacarear su vida está dispuesto a morirse en el momento del atraco en despoblado, cuando el borracho va en picada y la cartera o, la pistola lo esperan. A más de tres los ha visto morir antes de alcanzar el objetivo. A más de tres los recuerda descansando de esta vida. Porque él sabe que el atraco en despoblado es el encuentro con el destino que le ha sido labrado. Por eso, cuando no le late el individuo, lo deja ir con la desesperación de que a lo mejor ése era el bueno, el que por ese día lo sacaría de los apuros para comer y repartir para seguir en libertad.

Garibaldi da para todo, bien lo sabe Agapito; lo mismo para salir del lupanar a través del arte popular (Cantinflas es su máximo sueño, quién como él para llegar a ser millonario, de muerto de hambre en las carpas —como el Agapito o cualquier otra lacra— a milloneta del celuloide y amigo de los gabachos, cuate de presidentes

gringos y aconsejador para que ya no haya guerra) pero, La Gaviota no se engaña, no quiere ser agachón. Bien sabe que Garibaldi da para todo, contimás para seguir muriéndose de hambre. A él no le van a contar que Javier Solís salió de aquí para cantar hasta en la Argentina con Atahualpa Yupanqui, ni que Gloria Marín o Agustín Lara también la hicieron, él aprendió bien la lección, él sabe que no es uno de los elegidos de los dioses, él sabe bien a bien qué es la masa jodida y sin chance, él es uno de los diez mil.

La Plaza de Garibaldi se le entrega tal cual, sin la Polaroid ni el guía de turistas, él se esconde durante el día en los cuartos oscuros y fríos de las casas derruidas, con teporochos y drogadictos, con prostitutas y mariachis con dolor y risas. Él, al amanecer, cuando el gallo canta y el mariachi calla, guacarea por última vez en el día (digo, para que descanse el animal). El sol lo ofende y los puestos de migas y pancita son puestos de socorro antes de hacer la mona. El sol que se enseñoorea con su resolana sobre las banquetas es el sol que de ganas no tiene La Gaviota. Una Gaviota no hace verano, por eso él cruza la explanada rumbo a las vecindades que se ocultan en la escenografía blanquiazul de la folclórica plaza.

Pero Agapito Gaviota Rosales es multifacético, a gandul no cualquiera le gana. Faltaba más, la única gracia que Dios le dio no la iba a desaprovechar. Por eso Garibaldi no nada más son los mariachis, estirándole se llega a la calle del embarque, Honduras, pleno barrio de La Lagunilla, altar de las ilusiones, engatusador de las damas de buen ver, y regodeo de las suegras altaneras, y todito eso lo sabe con largueza castigadora Agapito Rosales, mejor conocido en el mundo del dos de bastos como La Gaviota Texcocana.

Agapito, sin remordimiento, se brinca el famoso templo de Santa Catarina, la admiración se la deja a los turistas. Total, un leve descuido y les desliza nada más dos dedos, los efectivos, los del sentimiento, justo en el vaivén de la respiración, sin susto para el que está en la suerte, como los grandes, con las de la ley, no por nada nunca de los nuncas, y no hay necesidad de besar la señal de la santa cruz, lo han cinchado en el momento de su arpegio. Sí, en la jodidez de la vida no todo es ahí se va. Hay espíritu, espíritu de reto, de brincar el estigma, o de valorarse en este pinche pedazo de universo, si cáete cadáver ya estás, pues por qué no cotorrearte un ratito con la existencia, la propia y la del todo. Total, si los angelitos y las novias se visten de blanco, que Agapito Rosales cuando se vaya al infierno no llegue vestido a las de acá, pura purificación, puras ínfulas, puras ínsulas, puras llegar justo en donde está, acá en el octavo círculo y sexto mandamiento de la ley de Jonás: entre más cuesta mejor te casarás; orlas, encajes, brocados, crinolinas, velos, rosarios, arras, y la inmaculada blancura del adorno ante el altar, y ahí no se azota La Gaviota, ¿usted cree que alguna vez ha tenido la ocurrencia de pensar en casarse de blanco?, digo, él de traje oscuro, de pura parafina, y su peor es la soledad de blanco, naaaaaaaaaranjas, ¿con qué ojos

mi rey? (y aquí el rey no es tuerto, es total y absolutamente invidente). Por eso, tajante, griten, lloren, estrujen su corazón, láméntense, muéranse de tristeza, Agapito no perdona cuando la tiene puesta, la suerte, bolsa descuidada, monedero tentación, fajo de billetes a la vista del mundo, y si el mundo los ve Agapito se los birla, y si alguien sospecha, para eso es ratón, conejo, liebre de la calle, madriguera, hoyo, zaguán, vecindad, hotel, callejón o multitud, son el paisaje que le hace el paro, el quite, la defensa a su subsistencia; claro que como buen jodido tendrá que dar parte (del hurto) a los ínfimos representantes del Estado Corruptor, ¿o a poco creen que todo es para el vencedor? Noooooo, si Agapito puede trabajar de obrero, por eso tiene dos manos, dos piernas, una cabeza, dos ojos, una boca, una lengua, dos oídos, un cerebro, y una nariz, pero también intuye que se la puede cotorrear mejor en el susto, en el brinco y en el agasajo de la jodidez, aunque luego le llamen sordidez. Total, el obrero tuberculoso, jorobado y muerto de hambre, y yo, el Agapito enfermo de los nervios y en cualquier momento el encontrón con patas de catre, naaaaaaada de nada, por eso el cortón con la *family*, con los que lo conocieron de chavito, con todo lo que es Neza, la pringués y la conformidad con el lodo y la sed. Aquí, en un chico rato, sin dar lástimas o sufrimiento, se pesca para la comida y el reventón. Y los sufrimientos son de uno solito, y las lástimas de uno solito, y la jodidez de uno solito, pero no se ve la de los demás. Aquí se oye hablar de otra manera, de otros deseos, en otros idiomas, se ven otros ojos, otras miradas, otros colores, y zzzzzúummbale, ni que se den cuenta, como un piquete tan delgado que entra en los agujeros de la piel sin hacer hoyos, así se les da gane a las personas con su dinerito. Los majes van a la cárcel, para qué tantos brincos estando la corrupción tan pareja. Algún día vendrán y se lo llevarán, pero él ya lo tiene hecho, se va a pirar pero *forever*.

Agapito, cuando llega a la esquina de Honduras con República de Chile, estira el cuello y huele a la gente, la gente que lo empuja, que lo pisotea que ni se da cuenta que existe, y él se pega a la vieja pared, nada más respirando el ritmo de la gente, nada más capizcando al cliente, nada más conteniendo la angustia de la acción, ahí donde muere y resucita, instantes donde el universo y sus alrededores son él y su cuerpo respondiendo, por entre sus miedos, sus dedos sin sentir el cuerpo del otro, ahí está la magia, si lo siente lo sienten, por eso es su cuerpo, sus dedos y la cartera, sus dedos y los billetes, nada más es un diálogo en sus fibras sensibles y un objeto inanimado. ¿La gente? La gente no mira, no ve, no oye, eso no importa, ni la ley, ésa vive porque yo vivo.

Agapito se interna entre vestidos de novia y vestidos para señoritas que van a cumplir quince años o niñas que van hacer su primera comunión, o ajuares que van a engalanar el álbum de los recuerdos de estas mujeres que están a punto (si Gaviota mediante lo permite) de cumplir alguna de sus ilusiones o deseos.

Agapito mira revirando, y adivina intuyendo; si no hay rol entonces se brinca

hacia el lado del mercado, total, no siempre las aspirantes a novias llevan lo necesario para darse a merecer.

Y ahí en el mercado los muebles corrientes de madera falsificada son buen punto para los que arriban con sus ahorritos: recién casados o matrimonios que por fin se les hizo el comedor o la sala, o...

Agapito, cansado de pergeñar, fiscaliza los bazares de los judíos o los españoles, y uno que otro mexicano abusado; de ahí salen muchos ricos, pero éstos nunca traen dinero, puras chingadas tarjetas de crédito. Camina por la calle de Allende, como quien va para la ex Cámara de Diputados, pero en la esquina del Banco, es decir con Honduras, revira para Garibaldi...

Agapito es rey acá, y como tal entra por la azotehuela, del lado de los hoteles, allí donde se apretujan los centroamericanos que llegan de excursión en camiones guajoloteros: salvadoreños, hondureños, guatemaltecos, costarricenses, panameños y uno que otro colombiano. Agapito revisa que en las calles no anden agentes del gobierno (que también le hacen la competencia a la hora del atraco con los hermanos de más abajo) si los ve cargados de ropa y mercancía viniendo de los almacenes del centro de la ciudad, ni le busca, si se los encuentra con sus lentes de turista y su andar tanteando, entonces se dice, éstos son católicos y creen en el Papa, van a misa los domingos y no deben de estar muertos de hambre, ni tienen ideas exóticas, así es que en estas circunstancias mide la distancia y cuando lo cree conveniente, se dice para sus adentros, vénganos tu reino. Y ya amacizados los dólares ningún hijo de militar gorillesco se va a dar cuenta que Agapito, Gaviota Rosales, le dio la bienvenida. Total, si no es él son los agentes.

Pero, no los sigue más allá de la calle de Perú; el centro de la ciudad es terreno ignoto para él, le llega por Perú hacia el eje de Lázaro Cárdenas o San Juan de Letrán, para toparse con la mariachiza y el fandango, y el jolgorito, y los turistas rubios, y las prostitutas gonorrientas, y el bullicio, y los cafés de chinos. Entonces, para Agapito todo vuelve a ser familiar. La Plaza de Garibaldi lo recibe a punta de trompetazos y eructos alcohólicos. Ha vuelto al útero, vuelve a ser feto, vuelve a cobijarse en su mundo de cuatro cuadras a la redonda. Respira con tranquilidad, el arriesgue le valió algunas carteras y algunos dólares.

Ahora sólo queda esperar las horas del amanecer para esperar al bueno, mi lic. Quién quite y usted se deje caer para conseguir mariachiza para la amante, o la casa chica, para la jefecita o la esposa, y entonces quede en la suerte de La Gaviota Rosales, mariachi cuando nació, pero charro cuando se acerca al final de su existencia. Y Gaviota reculando contra la estatua al mariachi lo sabe, entre brumas. Como si estuviera a medios chiles, pero está cierto. Por eso luego le da por reflexionar, por darse un respiro y llegarle a las tres de la mañana a la librería de Santa María la Redonda, primero comenzó con libros pornográficos y ya luego con los de escándalos políticos y después hasta alguno de Jean Paul Sartre y Herman Hesse y Han Hansum y los libros de monitos de Rius y hasta de ese cuate que es muy

cotorro (luego no le entiende muy bien), que le lanza netas que lo descuajeringan todito, se llama algo así como: Monsijais, o Monsiguais, o Monsi y vas, o Monsipaz; es un nombre así, como de protestante, y habla como de los Nazis de la Portales, unos batos echadores pero sóstenes, ya chingaron a su madre, como todo el que anda en este rol, más tarde o más temprano, pero todos nos vamos alcanzando, y se pone profundo La Gaviota porque anda de una chingada tristeza que es cuando se pone sádico con los occisos y ya luego se instala en unos rollos más profundos que los del mar Muerto, y ni la canción esa que dice que viene la muerte vistiendo mil llamativos colores, en qué quedamos pelonas me llevas o no me llevas... Es la canción que le gusta cantar cuando se pone como trompo chillador, y es cuando le da por subirse a la azotea del Guadalajara de Noche y tirarse en el techo y mirar la oscuridad del cielo de esta ciudad, donde no se ve ni madre, ni padre, ni hijos, ni abuelos, ni tías, ni primos, ni hermanos, ni novias, ni compadres, ni cuñados, ni esposa, ni amantes, ni una estrella, pura oscuridad, como una boca de negro; es cuando su cutis se frunce y se comienza a ir, como un pedazo de tierra que comienza a girar, primero lentamente y poco a poco va tomando velocidad, hasta irse hundiendo en el ojo de un remolino que se aleja en el fin del mundo, donde termina todo y es cuando está mojado en su miedo, no el miedo a la policía, no, ése no, el otro que le nace de no sabe dónde. Todos los ruidos se le apagan, llora con rabia y golpea con sus manos cerradas la bardita de la azotea, hasta que ya no le duelen los golpes y se queda tirado, mientras la Plaza de Garibaldi amanece y los locales cierran y la gente se va a dormir, y él se baja tembloroso, como el conde Drácula cuando ve los primeros rayos del sol. Y se hunde en su cuarto oscuro y maloliente del callejón de San Camilito. Se acurruca y descansa para esperar la noche, las noches de Garibaldi. ¡Pum!

Lugares de la ciudad

Alameda: Las penas con jamón saben menos

EL DOMINGO, la Alameda Central se pone de colores, el despanzurramiento de la hermosa provincia mexicana en sus veredas no es para menos.

Y aquí Sociocultur nada tiene que ver, que me caiga un rayo láser jupiterino, si su metodología de desarrollo social estratégicamente programado para la convivencia urbana pergeñó el aterrizaje de Alien, el Octavo Ciudadano.

Por supuesto, que la CNOP ni con computadora se dio por enterada, aunque el personal pululante por derecho propio pertenece a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, Similares y Conexos, SA de CV, de la República Mexicana.

Ya lo decía siglos atrás el inglés Tomás Gage, a la Alameda arriban los galanes que se las quieren comer vivas y no convidan ni a sus mejores cuates: Novo (¿cómo que cuál?, pues Salvador) escribía que uno de los paseos de los ciudadanos de la bella Anáhuac era éste de la Alameda.

Pero, hoy, como tanta y tantas cosas la masa y el número han tomado por asalto posrevolucionario el paseo de la Alameda Central.

Sí, usted se acordará, en tiempos de Efraín Huerta la Avenida Juárez era *Good morning*, pero ahora: ¡Ranas y caballos-güeros, háganse atrás de la raya, que el pópulo se está *divirtiéndose*! Y digo el pópulo al estilo grítenme-piedras-del-campo, donde se denota el gusto por la pitahaya y las botas del taconazo. Pantalones rigurosamente adquiridos en la antigua San Juan de Letrán, cosméticos comprados en las marabúnticas calles de la Ribera de San Cosme, y el uso de *mollejas* de cuarzo con números fosforescentes para, llegado el momento, sacudir la muñeca y atrapar la mirada de la fémina en la existencia de Miguelito Valdez. Fayuca tepiteña para darse un quemón.

Las organizaciones políticas se apuntan para la orquesta, pero desde antes que nacieran, la raza ya estaba ahí. Las sectas religiosas, duro y cantado para agarrar al maje que les sostenga el estandarte.

Y ora sí, como dicen por ahí, nunca falta alguien así. En esta Alameda hay para todos los santos, todo es cuestión de perseverar domingo a domingo: institucional, disidente, izquierda, derecha, por el centro, de a ladito, teológico, ecológico, escatológico, ida y vuelta, y, por supuesto, el ligue, como en el pueblo, como en el terruño, como cuando vivíamos allá, tentaleando y dando la vuelta para gastar las suelas de los zapatos.

Ora sí, como los que van a los bares, o las discotecas, o a los salones de baile, o a Cancún, o a los centros comerciales, puesto que en esto humanos somos y en las pasiones andamos. O qué, ¿nada más su corazoncito tiene derecho a hacer aerobics?

Las veredas que conducen a Neptuno, las calzadas que llevan al respeto al derecho ajeno es la paz, las laterales que permiten el repegón con el kiosco, las

bancas que no serán las de la Cámara de Diputados pero bien alcahuetas que son, pierna sobre pierna y suspiro contra susurro, son cómplices y testigos que las trabajadoras domésticas, los vendedores ambulantes, el proletariado que labora en Naucalpan y el artífice de la economía de milagro ejercen su derecho al bacho y becho, al entons'qué: ¿Después de la de Vicente Fernández nos vemos las caras?

Y aquí en domingo es como en las manifestaciones, uno nunca sabe si son cinco mil o mil, lo único que se ve es que son un chinguero.

Y es que en tierra de apaches el forastero es güey. Pues ni modo que le diga luego luego sí, si apenas nos conocimos. Y es que la ciudad se conoce de poco a poquito, porque si no te da unos coscorriones que quedas como loco.

Y para eso sirve la Alameda Central, para que el personal que acaba de aterrizar desde Cuautitlán no se desavalorine. Y qué mejor, que las penas con jamón saben menos.

La Villa: 99.99 por ciento de guadalupanos

DE SEGURO, si estuvieron la noche del once de diciembre en la Plaza de las Américas, los dueños de Bicimundo se quedaron con el ojo cuadrado. El bicicleterío era como para pensar que las estaban regalando de Navidad. Ora sí, como quien dice, la Guadalupana se estaba poniendo guapa con sus seguros servidores.

A eso de las once y tantos de la noche se sabía si uno iba o venía, vamos, igualitito que en la novela de Juan Rulfo.

El frío era lo de menos. Cobijas había regadas por toda la falda sur del cerro del Tepeyac. Los ronquidos estaban de a peso, bien devaluados; un rostro morenazo se despabiló, estiró el cuello y divisó que el gentío seguía llegando (era como de esos cuentos de nunca acabar) y luego en la oscuridad comenzaban a brillar los cristos fosforescentes, verdosos como el ET de Spielberg. Había también collares y diademas, a mil varos la pieza, para lucirse a la hora de entonar las mañanitas, porque ni pensar de entrar al mero frente del altar, ya los boiescaus andaban muy solícitos preservando el orden.

Dos chavos de Chalco (y me caí que no es demagogia: el cronista se los encontró en la ruta: ex garita de Peralvillo-Basílica de Guadalupe) pagaron tributo al noviciado: iban caminando como si quisieran flotar; de puro cotorreo se aventaron su peregrinación desde por allá, saliendo a las cuatro de la tarde y llegando —con las botas en las manos— a las nueve de la noche, a la altura del teatro Tepeyac.

Lo que sí hizo más fluida la circulación fue que ya no hubo tanto peregrino de rodillas; algunos valientes iban sin zapatos, pero viendo a los chavos de Chalco es más penitencia ir con botas.

Y como dicen los envidiosos, es de a pechito ir en bicicleta, la gloria es Benotto o Magistrone, ya saben, nunca falta un alma sintiéndose Juan Camaney, lentes oscuros y gorrita de beisbolista, para dar el charolazo y, ya para acabarla de deslumbrar, en la espalda, sobre una camiseta de la Virgencita de Guadalupe bordada y adornada con lentejuela o chaquira. Desde lejos, se podía ver cómo el ciclista orondo rebasaba, caravaneaba o curveaba con desparpajo, nada más para que los que llegaban de Atlixco lo vieran de reojo.

Las chavitas, con pantalones ajustados y jorongos holgados, se detuvieron a tomar un vaso de atole de fresa con una torta de tamal encuerado; no era el frío, era el hambre que da la caminata, y la alegría de ver que ahí se recortaba en el mero frente la basílica, la antigua, porque la moderna está esquinada.

Lo que sí era para no creer, las entradas y salidas de la estación del Metro La Villa, sólo uno que otro penoso emergía, todos con hartito orgullo y dándole duro al pincel venían de sólo Dios sabe dónde en bolitas; sólo las peregrinaciones grandes hacían el anuncio de su llegada con el cohetero por delante. Éstos vienen por Texmelucan, estos otros de Santiago, los que allá llegaron desde ayer de Chiapas,

esos güeritos son mirones, y los de allá son extranjeros, luego luego se les nota porque no vienen a disfrutar, nada más ponen cara de aburrimiento y no se conmueven al llegar a la plaza. En cambio, una señora que venía desde Tenango dijo: «Otra vez», y era un rostro lleno de satisfacción, se hincó, se persignó hacia la puerta de la basílica, vio la cola para entrar, se hizo a un lado, fue hacia la parte que comunica al cerro y entró como Juan Diego por su casa a la basílica, se volvió a persignar, ni escuchó a un grupo de niños que cantaban a la Virgen, rezó, pasó por debajo del altar, por la escalera o banda eléctrica, depositó una limosna, vio a la Morena y al que esto escribe, no lo asegura pero le pareció, que la Señora le guiñó un ojo, vamos, era como si fuera de la familia; no un altar distante, sí acá bien de cuates, de madre a hija en la buena onda, y no había como —decía otro chavo de bolita— por qué hacer tantos panchos: la Morena sabe quién es quién.

Y ya de ahí fuimos arrojados a los dormilones que están pegados al cerro, cientos y cientos de cuates y cuates arrejuntados cuerpo contra cuerpo, y cobija sobre cobija, una pierna de repente pataleaba, pero simplemente era para colorear el folclor, sólo uno que otro aferrado se negaba a entrar al país de los sueños, cada cabeceada era como si esquivara el cansancio que le tenía copado el cuerpo, mas no las ganas, porque ese mismo día, a la hora de las *Mañanitas*, estaba más girito que el gallo de oro.

Ya sabe, nunca faltan los gandallas, el aventón y el descontón, pero se van por las orillitas, porque el garrote de los granaderos no se rompe, es más fácil que se rompa un hueso que un garrote.

Los que sí son un asalto en despoblado son los que tiran ganchos al corazón católico, dicen que no están inválidos, y si no lo están, ya quisiera Dustin Hoffman actuar como éstos, porque le hacen rete bien, a la arrastrada por el suelo y a la estirada de la mano, y si uno va envuelto en el fervor guadalupano y no suelta la moneda, vienen las invocaciones y blasfemias (no se las escribo porque hoy es día de la Guadalupana, nada más les doy un quemón: «No sean agarrados, suelten que se van ir...»). Y síganle con su imaginación, y la gente hace como se hace, ni modo de ponerse a discutir como en el Metro, se puede secar la mano.

El brindis y el salud muy discretos, nada más para el frío y para aguantar la desvelada. Los socorristas, listos como los muchachos de las películas, los reporteros de esta era macluhiana conectados con sus enseres: los del radio parecía que estuvieran a finales de los ochenta: una camionetita rojo coreano con pinta de grabadora fayunqueada, ahora sí que pura expresión Siete Noventa; había otra del Núcleo Radio Mil con un color amarillo para que no sirviera de pretexto a los reporteros que se perdieron en medio de los millones de guadalupanos. Los de Televisa hasta parecía que ya estaban cuando el milagro de las rosas del Tepeyac. Los de Imevisión llegaron con una discreta unidad móvil como a las diez y media de la noche. Los famosos, ni sus luces, y menos a la hora de los aventones.

Los que ni sufrían ni se acongojaban eran los danzantes, ahora uno se explica de

dónde le salía la fuerza a Raúl González. No cuenta la tradición que Juan Diego fuera duro en la caminata a campo traviesa.

Lo que sí da un poco de tristeza es ver la iglesia del Pocito, que poco a poco se hunde.

Mientras, los del mercado de la comida se frotaban las manos de pensar que los peregrinos en la madrugada se iban a curar la cruz con un menudo o, más popular, pancita, o con unas enchiladas o un caldo de pollo. En el Museo Novohispano, los Villalpando, los Rodríguez Juárez, etcétera, recibían más admiradores que José Luis Cuevas y Rufino Tamayo juntos, y eso que había que apoquinar con un billete de a milagro para entrar. La multitud era codo con codo, bueno ni cuando Televisa le echa toda la carne al asador a sus exposiciones del Centro Cultural de Arte Contemporáneo. Y no crean que era una actitud intelectual, era puro sentimiento salido de lo más profundo del ser, del estar va con el creer, y la Tonantzin, la Morena, la Guadalupeana ahí está dibujada en todos esos rostros que pernoctan al pie de un cerro, sin más iluminación que la que da la luna. Porque las farolas de la Calzada de Guadalupe no iluminan la plaza, son los ojos terrenales que esperan cantar las *Mañanitas* otra vez como año con año, pues como se dice por ahí, en México hay un buen de católicos, pero hay un noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de guadalupanos.

Panza Clos en la Alameda

NO ME VAYA a salir usted con que nunca creyó en los santos Reyes Magos, porque entonces sí que está usted amolado. Y casi podría asegurarle que es usted el personaje de aquella tira cómica: *El hombre que no tuvo infancia*.

Bueno, y si es así, de todos modos le servirá saber que en la Alameda Central llegaron los panza closes y los santosreyesmagos y los blacamanes.

Ahora, que la mera verdad, Santa Clos es estrellita que brilla con luz propia en el firmamento modernizador de nuestra actual cultura popular, venció de calle y en tres caídas de cuatro a los Reyes Magos.

Las extrañas influencias extranjeras se apoltronaron con todo y panzota en los prados de la Alameda, ni modo, Panza ya es parte, por derecho propio, de las tradiciones navideñas de la nación posaztlantiana, ya antes con la conquista habían llegado los santos Reyes Magos y eran, en tiempos de mitad del siglo que se va, amos absolutos de chilangolandia, pero con la llegada de la Alianza para el Progreso las buenas familias mexicanas creyeron pertinaz darle de pellizcos a la cultura sajona para ver si así se nos quitaba un poco lo prietito; pero, qué creen, nos acomodamos a Santa y seguimos igual de morenazos, claro, hay más güeritos pero éstos son de afuera, y ya saben, con unos poquitos de años agüita y sol del altiplano de perdida se les pone el pelo castaño.

Ahora Santa Clos entró a los barrios populares, pero ya como Juan por su casa, nada de que se le siente extranjero y esas cosas nostálgicas; hoy Santa Clos es parte de nuestra respiración cultural, hasta parecería que siempre nos perteneció.

Constátelo en la Alameda Central por la calle de Avenida Juárez, donde la imagería, la iconografía, las incontenibles ganas de cotorrearla son una avenida navideña.

El Panza Clos bajó de las colonias bien comidas para ser demanda popular: diez de a milagro por una foto al instante: ¿Le gusta con castillo del rey de chocolate?, ¿le gusta con castillo de Alicia en el país de las cajetas? ¿Adora los castillos posmodernistas con hermosos tubos de gas neón en colores pastel?, ¿quiere cumplir su deseo de conocer la casa de Cri-Cri el grillito cantor?, ¿o ya de plano desea retratarse con un paisaje nevado tipo gringolandia? No lo piense más, vuélele, acelérele, córrale a la Alameda. Ahí encontrará al Santa Clos que siempre deseó tocar y nunca pudo palpar: los hay gordos y robustos como papá Noel, los hay gordos con panza caída como Diego Rivera, los hay *hechizos*, como cualquier producto coreano, los hay más chuecos que todas esas lanchas que vemos vigilar la ciudad, los hay acolchonados para que no se le entierren los huesos a los niños cuando los cargan para la fotografía.

Aunque no todo lo que es redondo es panza, también en la elección para la foto con Panza Clos tiene que ver la cara, roja roja como mandan los cánones, cachetona

cachetona como si hubiera sido alimentado en el primer mundo, con lentes de aro para que vean que es extranjero. Extrañas cosas de los gustos, las barbas, aunque importantes, no determinan el gusto del cliente para sacarse la foto.

Y ya hecha la elección, sólo falta que desembolse los diez mil pesos contra entrega de la foto y ahí vienen las mil decepciones, porque se da cuenta que no importan los elementos antes dichos para sacarse una buena foto, sino que fuera un buen fotógrafo, y no quedar deprimido con lo que mira que en vez de una excelente foto se encuentra con que más bien parece foto de revista escandalosa.

Y ya se imagina el cotorreo que va agarrar la familia con la foto con Panza, que parece *pacheco*, que ¿dónde te agarró la desvelada?, ¿que quién te espantó?, ¿por qué?, pues por los pelos parados. Pero no hay tos, lo importante es llevar a los niños a que celebren nuestras tradiciones, y ni modo de que los Reyes Magos se pongan con Santa Clos a los panzazos, en todos estos días, en la Alameda, Panza es Rey y ya pasada la Navidad, y ya no con tanto brío, llegan los perseguidores de la estrella de David.

Y para que vean que en estos días la concertación es premisa que rige nuestras vidas, todos juntos y revueltos hasta los caballitos, la rueda de la fortuna, el péguete al negro, los aros y los restos del temblor del 85, están hombro con hombro y codo con codo.

El ambiente es contagioso, los viejos edificios que recuerdan las fotos de la ciudad de Londres durante la segunda guerra mundial, hasta parece que con sus agujereadas estructuras, le dan sabor a la pirotecnia popular.

Eso sí, no abra la boca muy seguido, ni se ría a carcajadas, porque el confeti y los huevazos con harina de repente hacen su aparición, no tanto como en las fiestas patrias, pero uno nunca sabe.

Por lo demás, ya sabe el orden imperante: todos en bolita, hay alguno que otro que pone el desorden insistiendo en que los de ida por la derecha y los de regreso por la izquierda.

Y no se queje, que ya sabe que en estos días el ambulante es muy Dueño, Señor, Rey y Dios de las calles de Chilangolandia.

Sólo un consejo, si al mirar la cara de ese Panza Clos le recuerda algún otro rostro, no se sorprenda: lo más seguro es que sea el mismo, sólo que sin disfraz y vendiendo otro tipo de mercancía. Qué quiere, al público lo que quiera.

Mercado de Sonora: El otro tiempo

SE VENDÍA la leche en las tiendas de la Ceimsa, hoy Conasupo, doña Eva Sámano de López Mateos se lucía con los desayunos gratuitos en todas las heroicas escuelas primarias oficiales de la ciudad de la tuna y el nopal. Y por primera vez estudiar la instrucción primaria completita era una obligación social, no un milagro.

La Merced era el centro de abastos más peliclesco del tecnicolor. Y ahí mismo en sus mismísimos bigotes fue instalada la Nave Mayor, y, un poco más atrás, la Nave Menor; con esto, la bella Cande (la Candelaria de los Patos) desalojó por un buen rato a todo tipo de malvivientes, malhechores y trácalas, entre los grandes escritores de la nota roja; ora sí ya no había patos de los unos ni de los otros, ni güilotitos ni cacomixtles ni nahuales ni...

En esa época todavía el pulque venía de Apam y los chichicuilotitos, chilitos de biznaga, tripas de pato, acociles y gusanos de maguey, de por todos los rumbos del tres veces terrenal estado de Hidalgo.

De por Texcoco, San Juan Teotihuacán, Amecameca, de algunas regiones de Tlaxcala, llegaron los vendedores de los tecitos y las yerbas masticadas, serenadas, alcanforadas, santiguadas, para el mal de ojo, el empacho, el espanto y cuestiones menos sofisticadas como las hemorroides y los dolores de muelas, los aires en los ojos (perrillas, dícese en los tugurios de la clase media) o las soltadas del estómago por combinar jugos de naranja con huevos estrellados.

Ya antes habían reculado, pues estuvieron en las riberas del lago de Texcoco y anduvieron pregonando sus virtudes por las calles del México de don Porfirio.

Por supuesto que Carlos Castaneda no escribía su *Enseñanzas de Don Juan* ni María Sabina era parte de la mitología de la cultura popular en los internacionales años sesenta.

Total que, ya instalados en pleno despegue del «milagro económico mexicano», en la ruta del «desarrollo estabilizador», solidarios y apuntados para la futura «Alianza para el Progreso», que construyen el mercado de Sonora, que no se llama así, pero que —como todo lo oficial— si no corresponde a las necesidades de la gente, se le deja de lado. Y mercado de Sonora se le quedó, apretadísimo vecino de la Central de Bomberos y del sumamente lujoso para estos lados cine Sonora, con la no menos ambiciosa avenida Anillo de Circunvalación, exactamente al pie de la avenida Fray Servando Teresa de Mier.

Este mercado, ubicado en tierra de valientes, aún hoy día es la comprobación de que el tiempo es tu tiempo.

¡Cómo estar en el mercado de Sonora y no percibir que en el pasillo de las yerbas quienes se deslizan son, en su mayoría, mujeres, y muchas veces mujeres guapas que susurrantes y apenadas piden su «encarguito» y el «encarguito» es para alguien con fervorosa fe en sus efectos; cómo no conmoverse de la señora afligida que busca la

planta medicinal para combatir el dolor; cómo no desear que efectivamente esas plantas sean mágicas para curar las enfermedades! ¡Cómo no tener respeto por los rostros antiguos que transmiten su sabiduría, y cómo no asombrarse de la mezcla de velas budistas o seudo con la cruz de no sé dónde y el incienso de dudoso origen nepalés, con el maguey tierno y los ajos y herraduras!

Pero eso es sólo uno de los pasillos o túneles que conducen al otro tiempo; están también los pasillos de en medio, que chisporrotean de colores que antes estuvieron en papel de china, cartón con engrudo, formas de hoja de lata o madera, es decir la artesanía de los caminos de Michoacán, hoy los colores persisten en materiales de plástico en figuras de Batman o acá del Chapulín Colorado.

Porque, aunque sean formas de origen extranjero o consumista, en todos estos juguetes hay un dejo de que siguen siendo de La Merced, de Michoacán, de la región mazahua o de plano de los traspacios del mercado de Sonora, y es que la moda, aunque se vista de seda, mona se queda.

Porque los colores ahí están, los trazos de las formas ahí están, el punto de vista del que los hizo ahí está, sólo la figura y el material cambia para satisfacer al consumidor.

Las cazuelas, como reliquias para glorificar la costumbre, ahí están brillantes y de barro, como Dios manda, hondas y extendidas, para que contengan más mole para el guajolote, ora sí, como dice la güera: «Por andar de calientes le atinaron al domingo siete».

Y al fondo, lugar sólo para conocedores, el zoológico de la cultura popular: ¿un gallo colorado para que cante a la medianoche? Aquí hay. ¿Huevos para ponerlos negros cambujos después de pasarlos por un cuerpo? Los que quiera. ¿Guajolotes para la boda? ¡En engorda se les tiene! ¿Un loro para que se aprenda el silabario chilango? Lo tienen con un alto grado de ko-seino. ¿Chivos para empezar la granja que tanto deseo? Nada más pida su crédito en la banca nacional. ¿Ratones blancos para iniciar vocaciones en los laboratorios? Aquí se suministran mediante una módica suma.

Y ya, si de plano se siente internacional, a espaldas del mercado se encuentra, en una casa en construcción, la familia Linares, hacedores de Judas y Albrijes. Pura percepción envuelta en engrudo y papel de colores de pópulo.

Digo, si los mercados públicos están siendo desplazados en estas épocas de *perestroika*, agonía de las tiendas Conasupo, cuestionamiento a la educación de masas, modernización contra fenecimiento del «desarrollo estabilizador», parecería que el tiempo de las tradiciones, costumbres, creencias que alberga el mercado de Sonora está dejando de existir.

Pero ¿no será más bien que el tiempo de los mercados públicos, como antes las plazas y más antes los tianguis, se quedaron en su tiempo, y que lo que contienen estas formas sigue otro tiempo, no el tiempo del progreso, sino el otro tiempo, el tiempo de las esencias que conforman las identidades de los grupos humanos?

Fe machista: De perdida para jugar con la nostalgia

¿POR QUÉ casi siempre donde está una ostionería hay cerca un hotel? La creencia masiva dice que los mariscos son afrodisiacos, que recargan la batería, que la firmeza de la convicción necesita del fósforo que encienda la llama de la vitalidad. Ora sí, como decía Sostenes, refiriéndose al pulque: «Es muchachero, y no te rías, porque cuando pases de los treinta vas a necesitar de ayudaditas».

Quién sabe si serán peras o serán perones, pero las ostionerías siguen, en este final de milenio, tan vigentes como si el condón fuera ese viejo Manuel, compañero desde siglos pasados. Y con aire docto de El Colegio de México diremos: científicamente está comprobado que los ostiones refuerzan la firmeza en cumplimiento del deber.

De fantasmas están atiborradas las calzadas del área metropolitana, pero, a ver, sáquenla de su creencia en la *vox populi*. Es más fácil que le inviten unos ostiones por el centro a que doble el pico la fe machista.

Y pues ya encarrerado el ratón ni modo de no admirar las pinturas murales de las antiguas ostionerías. ¿O es que usted nunca soñó con María Antonieta Pons? ¿O no arribó al deslumbramiento del universo con la sensualidad de Isela Vega? ¿O se hartó de ver las películas de Sasha? ¿O Sofía Loren, Claudia Cardinale, Raquel Welch, fueron un sueño mañanero? ¿O la Kinski, Glen Cos, Sonia Braga, están de gratis? Si no porque se encapuche el negocio los deseos huyeron.

Ante la decadencia de las pulquerías y el orgullo herido de los habitantes de Apam, se pensaba que la bella Anáhuac había echado sus ostionerías a remojar, pero ¡oh sorpresas que da la parafernalia chilanga!

Llámesese por el Centro, deambule por Coyoacán, corree por la Roma, pergeñe por Mixcoac, hágase el contradicho por el mercado Hidalgo, gire por el Periférico, apersónese en la Del Valle, siempre, ahí estarán al paso de su escopeta.

Por supuesto, están las ostionerías disfrazadas de restaurantes, donde se habla de finanzas y política, pero los deseos son esas casas de bolsa que no se atreven a decir sus cotizaciones.

Pero, como decía doña Manuela: «¿Ves estos cinco dedos, ninguno es igual a otro, pero todos son dedos?».

Cierto, en estos días en que se habla de la Cuenca del Pacífico y del comercio exterior, la efervescencia del crustáceo, por los habitantes de la tres veces heroica región del cachondeo es el optimismo, porque peor mañana es el que no se llega a ver.

Y es que por las mesas de la ostionería La Gloria de Atenas corren frases como éstas: «No porque me veas vestido de danzante vayas a creer que soy apache»; y «no porque nos emparejen ya somos iguales»; «una cosa es que me haga y otra que sea».

Tal vez algo tenga que ver, en el consumo de pescado en estos lugares, con lo que

dicen los japoneses: que consumir pescado aviva el IQ; y si nada de esto es cierto, al menos levanta el ánimo a pura fuerza de sugestión.

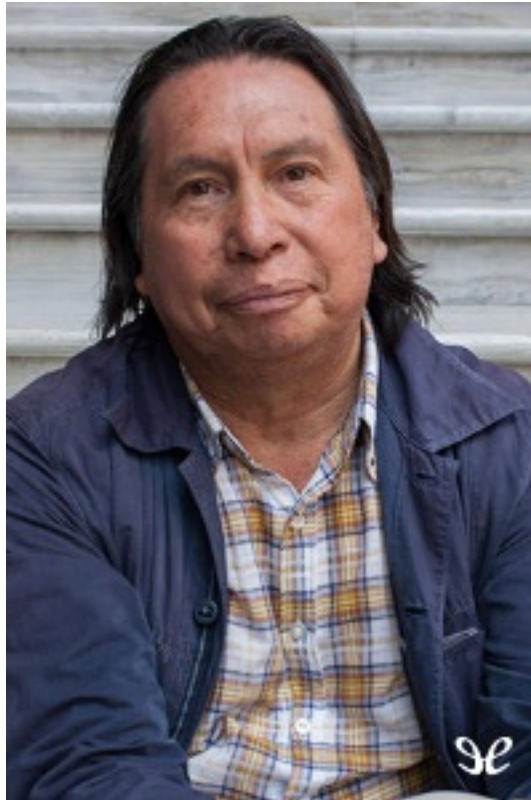
Y ni modo de echarse a perder el optimismo en pleno sabadazo o pago de quincena, pues como dice el bello alejandrino: «La ilusión muere al último». O como aconsejaba aquel viejo mañoso, rebozante de hedonismo: «Pues si no paraguas de perdida para jugar con la nostalgia, y la dicha inicua de perder el tiempo».

A la mayoría de los asistentes a las ostionerías no se les puede acusar de sacar dólares, son sencillos fajadores con la existencia, comensales que en el eructo hacen gala del placer de la cebada, furibundos sabelotodo que dejan apantallado al desesperado conscripto del Servicio Militar cuando le dicen la neta: «Mira, si se las vas a pedir y puede que se enoje y te mande por donde no quieres ir, invítale unos ostiones, y tú te surtes una campechana y la acompañas con una cerveza bien helada, pero de esas con que huelas a hombre. Y ya que tengas sabor varonil, le cantas al oído, le dices que le está hablando la virgencita, que... pues total, si se lo han de comer los gusanos, pues mejor los mortales..., y ahora que si te sorraja una cachetada, tú tranquilo, deja ahí la cosa... te le aparecen unos días después, le hablas, le dices que te perdone, que no sabías lo que pedías, que estabas borracho. Y si te perdona, ya cayó... en la siguiente docena de camarones...».

Claro que una cosa son las intenciones y otra las crudas realidades; a veces recetarse cucharadas de más permite conocer la ciudad a gatas, pero no se recomienda, porque así fue como la república perdió.

Por supuesto, que no se descarta que algún parroquiano se tire un platillo a la marinera, por el puro placer de ser, ahora sí que en gustos se rompen géneros.

Pero usted, humilde mortal de la bella Tenochtitlan, no se amilane; las ostionerías ahí están a la vuelta de la esquina, para quien ande necesitado; ya ve, no todo es culto al progreso y a las vitaminas, no todo lo posmoderno sabe mejor, ni se goza más, aunque como dice Tío Sanjasmeo, eso de los ostiones y los camarones es hacerse como Tío Lolo. ¿Cómo? Pendejo solo.



ARMANDO RAMÍREZ irrumpió en el mundo de la literatura a principios de los años setenta con *Chin Chin el teporocho*, novela que marcó un hito en la narrativa nacional por su desenfadado y crítico acercamiento a la vida en la ciudad de México y por su vigoroso retrato de las clases populares que en ella habitan. A esta primera obra le siguieron *Violación en Polanco*, *Noche de califas*, *Tepito*, *Quinceañera*, *La Casa de los Ajolotes*, entre otras. Algunos de sus trabajos han sido llevados con éxito al cine y al teatro. En conjunto, su obra narrativa tiene un sello inconfundible que se advierte en el uso del lenguaje y en el rescate de la vida y costumbres de cierto sector de la sociedad. Ramírez se ha desempeñado también como guionista, reportero y realizador de programas de televisión.